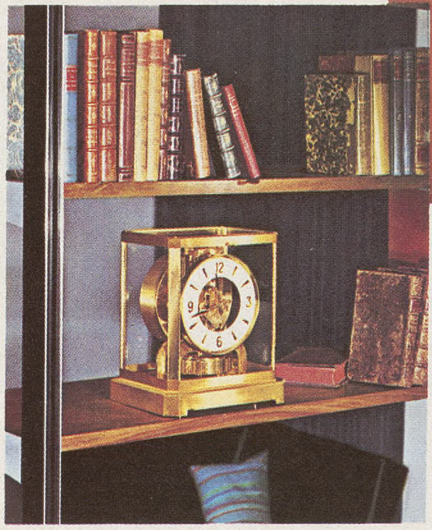
MUNDO HISPÁNICO

N.º 331 - OCTUBRE 1975 - 50 Ptas.



REFLEXIONES SOBRE LO AMERICANO • LA IDEA DEL PARAISO EN LA CONQUISTA DE AMERICA • CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ: UN MAESTRO • LAS UNIVERSIDADES DE AMERICA, HIJAS DE SALAMANCA • EL MUSEO ESPAÑOL DE ARTE CONTEMPORANEO • LOS LLANOS DE VENEZUELA • V JORNADAS CULTURALES EN CANARIAS • FOLKLORE PANAMEÑO EN ESPAÑA • EL CENTRO ESPAÑOL DE SALVADOR-BAHIA


ATMOS



12 DE OCTUBRE





SALAMANCA

SANCHEZ ALBORNOZ

LOS LLANOS VENEZOLANOS

NUEVO MUSEO EN MADRID

PARAISO PERDIDO







sumario

MUNDO HISPÁNICO

DIRECTOR: JOSE GARCIA NIETO - OCTUBRE 1975 - AÑO XXVIII - N.° 331

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos
Ciudad Universitaria, Madrid-3

TELEFONOS

Redacción......... 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS

Apartado de Correos 245
Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
DESPLA S. L.
Altos Hornos, 16.
BARCELONA

IMPRESO POR HERACLIO FOURNIER, S. A. - VITORIA
ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1969. NUMBER 258, «MUNDO HISPANICO» ROIG SPANISH BOOKS, 29 WEST 19th

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA Y PORTUGAL.—Un año, 500 ptas. Dos años, 800 ptas. Tres años, 1.200 ptas.

IBEROAMERICA Y FILIPINAS.—Un año, 14 dólares. Dos años, 24 dólares. Tres años, 34 dólares.

EUROPA, ESTADOS UNIDOS, PUERTO RICO Y OTROS PAISES.—Un año, 20 dólares. Dos años, 35 dólares. Tres años, 50 dólares.

En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

Depósito legal: M. 1.034-1958

DANIEL
D. VIDART

REFLEXIONES SOBRE LO AMERICANO

Para esta edición de Octubre, el mes americano por antonomasia, escogemos este sugerente ensayo —publicado en «Ficción» de Buenos Aires— de Daniel D. Vidart. Lleno de sugerencias, plantea de nuevo el debatido tema de Hispanoamérica ante la historia europea y ante su propia historia.

CUANDO los americanos queremos justificar nuestras faltas colectivas o nuestros desajustes individuales recurrimos a una excusa cronológica. Somos conciencias recién amanecidas, decimos. Habitamos en países nuevos, con poca experiencia institucional. Nuestra historia es breve y de ahí que paguemos tributo a la improvisación, a la inquietud, a la vehemencia de la edad juvenil.

Pero ¿valen filosóficamente estos argumentos? ¿O constituyen erróneas y consoladoras interpretaciones de una realidad escamoteada por las apariencias?

Julio Camba, a veces más sociólogo intuitivo que humorista profesional, formuló acerca de los «países nuevos» un agudo juicio:

«¡Los países nuevos! He ahí la América española que debiera ser como una España juvenil, libre de todo prejuicio. Pues en gran parte de la América española se vive hoy como en la España del año de la Nanita. Lo que hay de nuevo allí no tiene nada de español. Lo que hay de español es viejísimo. En la América española se conservan costumbres que han sido abolidas ya de los rincones más remotos de España.»

Tiene razón Julio Camba. Pero no olvidemos que América no es herencia de España solamente. América ostenta una ascendencia múltiple y su trastienda cultural es antigua, pese a que fuera habitada por el hombre no hace más de 12.000 años.

Las civilizaciones andinas tienen raíces milenarias. Los indios silvanos, los menospreciados «chunchos», andan aún con la prehistoria al hombro. Y las tradiciones, las cosmogonías y los mitos aborígenes laten bajo la epidermis técnica de las ciudades como el corazón empecinado de una terrígena serpiente.

Los legados del Viejo Mundo, por su parte, no sólo nos transmiten las supervivencias de las culturas nacionales —la española, la portuguesa, la inglesa, la italiana, la francesa— sino que también nos hacen partícipes del rumor ilustre de las civilizaciones primarias, del eco solariego de las comunidades arcaicas, de la remota cadencia de la rueca neolítica. Y para rematar está el tercer ingrediente antropocultural. Areas extensas de nuestro continente suman al «basso continuo» del indio y a la melodía atlántico-mediterránea del europeo el tam-tam mágico del negro africano. Esta es la realidad de la «joven» América, con sus tres raíces hundidas en el limo de las más viejas tradiciones culturales.

Pero nosotros insistimos en llamarnos nuevos y en proclamarnos bisoños porque lo valedero para el americano es lo político y no lo cultural, lo que señala el calendario con sus efemérides republicanas y no lo que afirman las canciones de cuna de la abuela europea o la leyenda de lobizones del aya mulata.

PAISES SIN PAISAJES

El paisaje modifica a la naturaleza con los precipitados temporales de la cultura. La geografía, así fecundada por la historia, recibe el impacto del espíritu y registra el paso de las generaciones humanas.

No busquemos paisajes en los Andes inhospitalarios o en la selva virgen. Ni en el Chaco, gran cazadero etimológico y cotidiano del indio; ni la Pampa, ilimitada yacencia de la tierra; ni la Sabana, llanura herbácea con islotes arbóreos, eran paisajes antes de la llegada del hombre blanco. Y aún hoy presentan zonas que conservan su telurismo plenario, su castidad natural.

Hay paisajes solamente —y no es la primera vez que quiebro una lanza por esta teoría— donde el hombre ha tatuado a la tierra con sus obras o con sus sueños. El paisaje escribe en el contorno la historia de las sucesivas culturas, que en él se decantaron. O es el escenario prestigioso —no importa si ascético— de las culturas andariegas. Hay paisajes extrovertidos como el francés o introvertidos como el castellano. Las orillas del Sena enseñan las cristalizaciones paisajísticas, dispuestas en camadas, de la Francia paleolítica, la céltica, la romana, la gótica, la renacentista, la barroca, la romántica, la contemporánea. La severa meseta castellana, en cambio, evoca la epopeya del Cid, la trashumancia de los ganados y pastores mesteños, el heroico desvarío del Quijote, el desenfado de la picaresca, el misticismo de Teresa de Avila, la frescura carnal del Romancero. Los paisajes franceses son tangibles, son esculturas; los paisajes castellanos son poesías, viven historia adentro, resplandecen en la aventura de las humanidades que cruzaron la meseta con su alma en vilo y su pasión a cuestas.

Pero los americanos no tenemos, por lo menos con la densidad de coagulación necesaria para crear una estratigrafía histórica, una escala significativa de paisajes que nos suture a las tradiciones culturales de nuestros mayores.

En América hemos fundado países sin antes haber construido paisajes. O hemos construido paisajes al borde del mar y hemos empujado sus fantasmas hacia un interior regido por la naturaleza absoluta. Pero esas puras abstracciones volaron menos que nuestros propósitos. Antes de tener paisanos, antes de haber efectuado la gran inferencia paisajística que supone ir de los múltiples pagos a la constitución de un país, quisimos poseer formas políticas. Es decir, nos contentamos con la cáscara institucional sin haber madurado antes el fruto cultural de los paisajes. Porque un país no se deduce sino que se induce. Va de la célula al organismo y no del decreto centralista a la vaga periferia.

Es a la vez una síntesis cuantitativa y un análisis cualitativo, un equilibrio entre el caso concreto de la región y las escalas abstractas de la capital.

Los paisanos deben previamente construir los paisajes; los paisajes deben agruparse afectiva y económicamente en pagos —mezclas del «terroir» y el «pays» francés—; los pagos se deben coser con el hilo telúrico y teleológico de la voluntad nacional.

Y sólo después de este triple proceso surge un país.

Un brasileño que advirtió la íntima relación existente entre los paisajes y la historicidad dijo que cada cien kilómetros recorridos desde la costa hacia el interior de su patria se retrogradaban cien años.

En cierto sentido este aforismo puede aplicarse a toda América, modificando naturalmente las distancias. Nuestro continente posee una sociología litoral, un «hinterland» etnológico y un meollo prehistórico. Y esta concéntrica «coetaneidad de lo no coetáneo» (el término es de Pinder), tan distinta a la supervivencia folklórica europea, provoca uno de los desajustes más graves del ser americano.

Hay además otra carencia. Y no es por cierto menos significativa aunque sea menos espectacular que la apuntada.

Nuestros escenarios naturales no han atraído con unanimidad a los escritores ni han inspirado mayormente a los artistas. Y eso les impidió que constituyeran por lo menos lo que yo denomino protopaisajes.

Un paisaje se construye o se intuye. Se objetiviza o se interioriza. En el primer caso es un paisaje pleno, un rasgo de la geografía humana. En el segundo es un protopaisaje, un producto de la geografía espiritual. Pero en ambos extremos necesita un hombre a su lado, sea aldeano, sea poeta.

Exagerando líricamente las cosas Unamuno escribió un día: «cuando haya surgido el poema de la ingeniería moderna puede muy bien hundirse ésta.» Lo dicho significa que el hombre puede volatilizar y aun sustituir la técnica con el soplo ideal de la fantasía; que los ríos pueden ser tanto cruzados por puentes como por pensamientos. Pero para ello estos ríos deben estar humanizados, deben ser asientos de la civilización. En cambio los inmensos ríos de América (pensemos en el Mackenzie, en el Madeira) están rodeados de selvas heladas o ardientes que también se dilatan en el orden de lo inconmensurable. Y de este modo se hace cierta aquella sentencia de Julián Marías, quien afirmó que los ríos de América arrastran más agua que los de Europa pero menos versos. Pocos hombres civilizados habitan las márgenes de los mismos. Y ninguno de ellos, en lucha con la naturaleza, sin la placidez rousseauniana de Thoreau en Walden, tiene tiempo o gana de cantarles. Los hombres de la costa, por su parte, consideran a esos ríos como criaturas fabulosas: gigantes cautivos en los hielos del bosque boreal o líquidas divinidades del calor. Pero en todos los casos lejos del alcance de las manos y de los corazones. Esta carencia de paisajes provoca un fenómeno antinómico: la ahistoricidad del alma americana por un lado y la ultrahistoricidad de nuestro destino por el otro.

LO AHISTORICO Y LO ULTRAHISTORICO

Hegel, en su «Filosofía de la Historia Universal», afirma que América es el continente del porvenir. Y agrega —escribía alrededor de 1830— que en tiempos futuros mostrará su importancia histórica, «acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur». Pero después de esta poco grata profecía nos niega el acceso al ruedo de la historia universal: «América debe apartarse del suelo en que, hasta hoy, se ha desarrollado la historia universal. Lo que hasta ahora acontece aquí no es más que el eco del Viejo Mundo y el reflejo de vida ajena.»

Según Hegel, pues, somos ahistóricos y ultrahistóricos, entendiendo por ultrahistórico lo que está mas allá de la historia vivida. No tenemos pretérito y nos aguarda un más o menos importante (y catastrófico) porvenir. Constituimos un mero presente, un hoy amasado «con las barreduras de Europa». Por eso «los americanos viven como niños, que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifiqüe pensamientos y fines elevados».

No hay duda que un orgulloso etnocentrismo europeo gobierna el pensamiento de Hegel, aunque entre sus aciertos esté el de haber advertido que las civilizaciones indígenas americanas padecían una gran desventaja frente a las del Viejo Mundo ya que no conocían ni el hierro ni el caballo. La afirmación de Hegel acerca de la ahistoricidad del americano me parece correcta. Pero creo que se puede fundar con más profundidad y menos capricho, dado que no somos niños y que sabemos cultivar pensamientos y fines elevados como cualquier pueblo de la tierra.

A mi entender, una de las causas por las cuales los americanos estamos al margen de la historia universal (leer Europa «in petto»), es por no haber construido o destruido la suficiente cantidad de paisajes, relacionando así a la provincia con el universo. Advierto, al margen, que he hablado de destrucción de paisajes porque los llamados «pueblos sin historia», como los mogoles del Asia Central, han entrado en la misma cada vez que vulneraron las áreas paisajísticas marginales a la estepa, ejemplificadas por los ricos valles de China, India o Persia.

Al considerar los paisajes dejamos de lado lo telúrico y desechamos los ángeles fatalistas del determinismo geográfico. Tomamos sólo en cuenta el coeficiente humano de esa paisajística que es historia mineralizada y alusión cotidiana de un pasado significativo. Antes de pensar en Keyserling y en su tercer día de la Creación recordemos que los inmigrantes que occidentalizaron a América —nuestros antepasados— traían consigo un paisaje óptico y espiritual y que su verdadera empresa fue volverlo a instaurar, ya sobre las culturas del indio, ya sobre la soledad primicial de las costas y mesetas.

América, pese a sus declinaciones regionales, es una sola. Desde Alaska hasta Tierra del Fuego. En un determinado instante, meditando sobre estos temas que atenazan a todos los americanos que quieren interpretar su destino, hice una división tripartita y supuse que Europa era el continente del humanismo, Norte América el del tecnicismo y Sud Amérida el del telurismo. La clasificación era seductora pero no bien comencé mi período emiliano de viajes comprendí mi error. En la Europa humanística nació la técnica y es en la Inglaterra de los Midlands, la Alemania del Ruhr y la Italia del Norte donde se exhiben las expresiones contemporáneas de la Revolución Industrial.

En los Estados Unidos, junto a las más acabadas muestras de tecnicismo se hallan desiertos salinos y llanos estacados que evocan las primitivas fuerzas del mundo.

Y en Sud América, Córdoba la docta y Volta redonda la siderúrgica nos ilustran acerca de dos creaciones del espíritu superpuestas a la naturaleza denominadora. Y estos ejemplos no son por cierto los únicos. Por eso, porque hay una sola América pese a la distancia geográfica y ecológica que media entre Chicago y Tupiza, leí con profundo interés unas páginas de Guido Piovene («Europa ante la civilización americana») que corroboraban mis actuales ideas acerca de la ahistoricidad paisajística de nuestras culturas.

Dice Piovene que en comparación con Europa, América es inmensamente joven, pero también inmensamente vieja: es contemporánea y prehistórica. El panorama de América —Piovene se refiere a los Estados Unidos pero el ejemplo sirve para ambos hemisferios— es «un panorama en que el técnico vestido de bata blanca se mezcla con el arqueólogo que vuelve a descubrir el sentido de la civilización pasada». Y de esto Piovene deduce dos caracteres de la civilización americana: por un lado es racionalista dado que la técnica y la arqueología «son abstractas y sólo se sirven de la inteligencia», por el otro, la presencia constante del elemento primitivo —etnológica y geográficamente considerado— «tiene algo de cósmico y no de histórico». El racionalismo abstracto, representado por las ciudades, que constituyen las máximas expresiones del paisaje, y la presencia cósmica de la naturaleza, desvían a la civilización americana del sentimiento de la historia. Y Piovene deduce entonces que «por esto es poco histórico, pero intuitivo y aún poco artístico el modo como la civilización americana reacciona frente al resto del mundo y particularmente de Europa, porque la conciencia personal y nacional del individuo no tienen aún densidad».

La ahistoricidad de América se explica para mí, exteriormente —ya expondré en otro momento los mecanismos internos de esta tesis— por intermedio del ya citado proceso paisajístico.

El hombre es la medida de todas las cosas. La sentencia presocrática no ha perdido su oportunidad en el mundo actual: la ha acrecentado. Mediador entre las potencias de la tierra y las potencias celestes de todas las religiones, el hombre halla su centro cuando puede equilibrar las obras de la naturaleza con las obras de la cultura, cuando sobre el pedestal indiferente de la geografía física construye el monumento axiológico de la geografía humana. Pues la geografía humana es la decantación de la historia en el espacio, la presencia objetiva del pasado que inicia a las actuales generaciones en el conocimiento intuitivo de sus raíces espirituales.

Los europeos inmigrantes, que conservaban en el socavón de su nostalgia el paisaje materno, lo reconstruyeron sin poder restaurar las docentes etapas de los siglos anteriores. Por su parte los americanos, al perder contacto con el tenue y fragmentado paisaje de los pagos, se encontraron al llegar a las ciudades con una realidad extraña a sus categorías mentales y sentimentales. El aldeano europeo se cría a la vista de la torre gótica, a la vera del mercado de la ciudad provincial. Y de allí nace el campo, que sólo lo es con relación a la ciudad. Antes de la ciudad, dice Redfield («The Primitive World and its Transformations»), no hay campesinos sino salvajes. Los campesinos son hombres del campo que residen en el área de influencia de una ciudad con la que tienen intercambios económicos y espirituales. Pero el americano mediterráneo, si bien no es un salvaje —aunque muchas veces lo sea— no tiene contacto con la pequeña ciudad reguladora. La soledad y la lucha contra los elementos lo han rebarbarizado. Y cuando el éxodo lo arrea a la ciudad tentacular se halla doblemente desposeído, socialmente despistado, culturalmente marginalizado. El concepto de la historia no le viene al pueblo por la frecuentación académica de los libros, reservados a las «élites» universitarias, sino por la pedagogía paisajística de las aldeas, de las catedrales, de los acueductos, de las viejas casas patinadas por los siglos, de las fuentes inmemoriales, de los dólmenes misteriosos. En este sentido el pueblo europeo tiene asegurada su armonía con el medio y bebe la cultura de la savia humanizada de los paisajes.

Pero en América dialogan, sin la intervención de un coro de intermediarios, la civilización maquinista y la naturaleza absoluta. La superposición del rascacielos a la desnuda costra del planeta, el surgimiento de la ciudad-hongo en el claro de la selva virgen, el establecimiento del puerto en la ribera agreste, son hechos desconcertantes que ciegan con su relámpago técnico la inocencia brutal de la tierra. Y el hombre se convierte entonces en un desheredado, en un náufrago cultural, en un paria de la historia.

No estamos al margen de la historia universal, como postulaba Hegel. Más bien la historia universal está al margen de nosotros. Por eso los profetas de Europa y los utopistas de América nos reservan un brillante lugar en los siglos futuros.

Pero nosotros, que vivimos y sufrimos el presente, queremos comprenderlo para construir nuestro destino. Hemos usado y abusado de la política sin poseer antes la «Polis», el término ideal entre el campo ciudadanizado accesible y la ciudad campesina atenta al contorno.

El imperativo de América es construir paisajes. No alcanza sólo con poblar. Gobernar es hacer paisajes, es trascender la tierra, es buscar razones históricas a la vida de una comunidad. Y podemos hacerlo. No somos ya niños. Y si el europeo Hegel así calificó a nuestros bisabuelos, procuremos ser como aquéllos motejados de niños por los egipcios, que al final resultaron ser los griegos. Los americanos, como los griegos, tenemos un Mediterráneo para colonizar. El de ellos era marítimo. El nuestro es telúrico. Pero en ambos casos se trata de una bella hazaña humana.



MIRADAS EUROPEAS AL NUEVO MUNDO

Por GERMAN ARCINIEGAS

LA VORAGINE COMIENZA EN LONDRES.—La crónica sobre el Putumayo provocó, hace muchos años, la indignación de los ingleses. Apareció en la revista «Truth» bajo un título que se hizo famoso: «El Paraíso del Diablo». Dos jóvenes exploradores americanos, Hardenburg y Perkins, habían visitado las caucheras de la Casa Arana y describían atrocidades semejantes a las que había denunciado Roger Casement en el Congo Belga. En lo del Congo había quedado comprometido el rey Leopoldo; en lo del Putumayo, los ingleses: la «Peruviam Amazon Company». Hubo tal presión de sociedades antiesclavistas o de protección de los indios, que el gobierno inglés acabó nombrando una comisión investigadora: Entre los investigadores figuraba sir Roger Casement.

Lo del Congo ocupó diez años completos de la vida de Casement. Los primeros informes eran espeluznantes. En las propias tierras del rey de Bélgica se trataba a los negros caucheros como si el mundo no se hubiera civilizado: «Cada aldea y cada distrito estaba obligado a entregar cierta cantidad de caucho a la jefatura del comisariato, los domingos. La recolección se hacía a la fuerza: los soldados llevaban a los negros al bosque. Si alguno resistía, lo mataban. Se llevaban como trofeos al comisario las manos... Manos, de hombres, mujeres y niños se ponían en filas para que el comisario pudiera contarlas y cerciorarse de que no se habían gastado más balas de las necesarias. El comisario pagaba a un penique por libra de caucho. Había interés en recoger todo el caucho posible... Diez años hubo de luchar para vencer las maquinaciones del rey Leopoldo. Diez para que dejaran de cortar manos a los caucheros.»

Con los antecedentes del Congo, lo menos que podía hacer el gobierno de Inglaterra era enviar a sir Roger Casement a Iquitos. Bastó entrar en contacto con las primeras víctimas para ver la esclavitud a que estaban reducidos los indios por los funcionarios de Arana. Era cierto cuanto habían dicho los jóvenes americanos. La barbarie en el Putumayo superaba a lo del Congo. Quienes no llegaban con la cantidad de caucho exigida, eran flagelados. Se supieron mil cosas: los destruidos por el látigo se echaban al fuego. Se conocieron las torturas en los cepos, los asesinatos de muchachas, los indios decapitados después de las flagelaciones... Arana, fino y cortesano, había tratado de mostrar a los americanos como chantajistas y a sir Roger Casement de mentiroso. Se impidió por meses que el informe de Casement se publicara, hasta que un día «The Times» se apoderó de una copia. Y vino el escándalo. Se publicó el «Libro Azul» que impresionó al mundo. Casement fue a Washington y lo del Putumayo conmovió los dos continentes.

Olarte Camacho recogió, en un libro publicado en Bogotá, las piezas esenciales del escándalo. Y, años después, José Eustacio Rivera «La Vorágine». Pero el primer principio fue el «Paraíso del Diablo» de la revista de Londres.

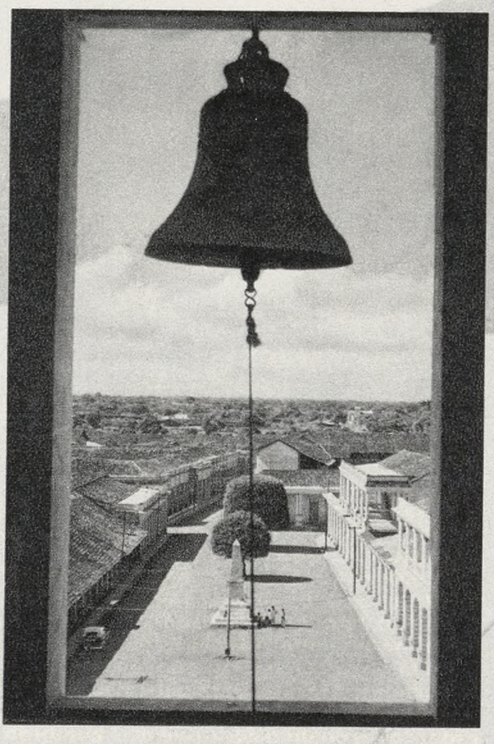
LOS ALEMANES ANTE LOPE DE AGUIRRE.—La producción alemana sobre el tirano Aguirre es tenida por muchos europeos como la mejor película del año.

Pocas veces en la historia del cine se ha podido ver al hombre endemoniado surgiendo de entre las llamaradas verdes del infierno tropical, en forma tan avasalladora, tan caníbal. El arte consiste, sin embargo, en llegar al imposible de que los hombres le tengan más miedo a Aguirre que a la selva. Los indios asustadizos, el negro lleno de espantos, sumados, no alcanzan a temblar con tanto miedo como los blancos. Como Ursúa, jefe de la expedición. Como Guzmán, coronado por Aguirre emperador. Cuando vemos a Aguirre con sus arreos militares sentado en las piedras del río, en los troncos caídos de la selva, parece más tigre que el tigre, más culebra que la culebra. La mujer de Ursúa, el fraile entregado, podrían llegar tranquilos a un nido de culebras, pero se les muere el alma cuando están delante del vasco cojo asesino. Aguirre reúne a la tropa y le dice: «Aquí ya no hay Pizarros a quienes obedecer: volveremos a Lima, en Lima montaremos nuestra monarquía y nos hartaremos; aquí ya no hay rey de España: el infeliz monarca, que se quede tranquilo en Europa: nosotros lo desconocemos, yo soy el traidor: el que no se sienta traidor es un infeliz gusano...» Y luego, dándole de cuchilladas a Ursúa: «Señores, se acabó Pedro de Ursúa.» Y luego, dándole de cuchilladas a Guzmán «el emperador»: «¡Señores, se acabó el emperador!» Es tan avasalladora la obra del terror que cuando todo se hace más trágico en la película, cuando los actores se hunden en los abismos del espanto, es cuando no se oye ni el zumbido de una mosca. Mientras la selva vibra, mientras los micos gritan, mientras las ranas croan, mientras los insectos silban, esa orquesta de todos los diablos divierte, distrae, acompaña. Cuando el ruido se va, se acerca la muerte. La muerte baila en los ojos verdes de Lope de Aguirre.

El productor alemán se dio cuenta de que no podría acercarse a los caminos húmedos, resbalosos, traicioneros de la selva amazónica sin tener a unos cuantos peruanos, a un grupo de indios que quisiera compartir con él la aventura. El miedo que se ve en las caras de los indios de hoy, no es miedo de comediantes para hacer teatro. La selva da miedo, y mucho más si es la selva por donde una vez pasó vivo Lope de Aguirre, por donde hoy mismo camina su sombra, su recuerdo, rojo como una flor de sangre entre las ramas verdesmeralda. Los alemanes acostumbrados a los mansos ríos de Europa, a corrientes de agua civilizada que corre entre praderas y ciudades, llegan a los afluentes del Amazonas y se dan cuenta de lo que son los ríos salvajes. Llegan al Amazonas, y no alcanzan, con las mejores lentes, a ver la raya del horizonte que tiembla de fiebre tropical. Se los traga la selva. En la película, no alcanzan al final de la vida de Aguirre. No se atreven a ver cómo acaba matando a la hija, y sigue asesinando hasta que llega alguien a cercenarle la cabeza y llevarla al gobernador, balanceándola como una mochila, de los cabellos rojos. Para nosotros, la película se quedó en mitad del camino. Aguirre no sale en ella por las bocas del Amazonas al Mar, no llega a Margarita, no arrasa las islas. Quedaron muchas muertes por lograrse. Pero ya era bastante, y la película, inconclusa, es fabulosa.

LA TIERRA DE GRACIAS A DIOS

Por Ernesto GIMENEZ CABALLERO



LA «Tierra de Gracias a Dios» es el verdadero y secreto nombre de Nicaragua. Porque así la bautizó Colón un 12 de setiembre de 1502 al salvarse de un naufragio inevitable. Porque desde entonces, y desde antes, la sigue salvando Dios de todos sus volcanes y terremotos. Porque gracias a Dios le naciera un poeta, como Rubén Darío, cuyos poemas, desde principio de siglo, vienen siendo su mejor monocultivo y su más sublime exportación a diferencia de otros países con menos gracias a Dios que producen y envían petróleo, cobre, café, fosfatos o marihuana.

Durante casi quince años de embajador de España en América mi preocupación era colocar en España la carne excedente, el tanino, la madera, las curtimbres, el azúcar para que nuestra balanza de pagos se compensara mediante nuestra exportación de bienes de equipo. Pero desde que volví a Madrid y encontré a mi antiguo colega en Brasil, el embajador de Nicaragua, Justino Sansón Balladares, toda mi misión consistió en colocar sobre la madre patria bronces del Poeta de Managua, que valieran para avivar la conmoción de esa patria madre cuando allá acaecieran temblores y catástrofes como la de 1974 en la capital, haciéndola donativos por casi un millón de dólares. Lo que pondría de relieve el valor de la poesía y su rendimiento en divisas. ¿Cuántos Rubenes colocamos en España? Por lo menos una veintena: en Madrid, Valldemosa, Ciudad Real, Barcelona, Cartagena, Vigo, León, Granada, Gijón, Cáceres, Huelva, Santander, Trujillo, Aspe, Cabra, Segovia, Avila, Cádiz, Córdoba, Palos de Moguer, Alicante... Y en mi caso, además del discurso circunstante y artículos en la prensa hasta llegué a filmar todo un documental para NO-DO sobre la tierra del revelador de Rubén con «Azul», don Juan Valera: una «Cabra, la cordobesa (balcón poético de España)». Proponiendo al gran alcalde de la ciudad don Manuel López Peña la institución de un Premio Internacional «Rubén Darío» para los Festivales egabrenses en los otoños.

Alguien creerá que aparte de los parabienes de mi colega yo recibiría, así como otros escritores y poetas que ayudaran esa siembra de fama nicaragüense, las más encendidas gracias de aquel pueblo y Gobierno. Ese alguien se equivocaría. Y se equivocaría porque en ese divino, providencial país, las gracias sólo se deben dar a Dios como desde Colón quedara acordado. Ya que ése era su nombre secreto. Su destino. Al vivir de milagro.

Yo recuerdo que en sola una noche allá sentí temblar el suelo siete veces.

De ahí que los misioneros españoles antes de catequizar a las gentes subían a sus volcanes para calmarlos con agua bendita. Salvo a su Momotombo que nunca se calmaba. Ni aun con los versos de Rubén.

Momotombo se alza lírico y soberano
yo tenía quince años y una estrella en la
y era mi Nicaragua natal. [mano
Sentí en sus terremotos la bravura de
[la tierra.

¿Cuántos volcanes tiene Nicaragua? Yo recuerdo el «Consigüina» que horrorizó en 1835 hasta el lejano Yucatán. El «Cerro negro», de carcajadas diabólicas. El «Masaya», cuyas cenizas matan. El «San Cristóbal», altísimo. El «Telica», el «Casita», el «Rota», el «Mombacho». Pero, de todos, el más inolvidable: ese «Momotombo» con su «Momotombito», como una cría elefantíaca, el Momotombo cantado por Hugo y ya descrito en 1637 por el fraile Tomás Gage: «Montaña ardiente que revienta por la cima.»

Nicaragua —la Tierra de «Gracias a Dios» subsistente— aun a pesar de sus volcanes y de sus revueltas volcánicas en la política por lo que requiere regímenes providenciales—» es un triángulo de 138.000 kilómetros bañado por dos océanos y con un mar interior, el «Dulce» de los españoles y el «Cocibolca» de los nativos.

Esa «Tierra de Gracias a Dios» posee oro y ensueños. Pero su dios, aparte de Rubén, es el maíz. Que se aparece con innumerables rostros (como Rubén con innumerables ritmos). Como «Chilote», «Elote», «Yoltamal», «Atol», «Guirila», «Pinol», «Histe», «Posol»...

Allí esta el sol bebiendo posol,
allí esta la luna comiendo aceituna.

Tuvo esta «Tierra de Gracias a Dios» un conquistador español que supo convertir en mestizaje de amor la conquista con un simple requiebro a una mujer, allá entre Riva y el Puerto de San Jorge donde hoy se levanta por eso la llamada «Cruz de España».

Pero ¿qué español no se siente capaz de instaurar la «Fiesta de la Raza» por su cuenta viendo a las nicaragüenses?

Recuerdo que una noche mientras cenaba con unos poetas en Managua —allí son todos poetas y ellas volcanes ¡qué atmósfera lujuriante y cálida— pregunté:

—¿Qué es un volcán?

—Un pecho de mujer.

—¿Y el otro pecho?

—Otro volcán.

¿No vio aquí Colón además de la Gracia de Dios la de esta Tierra con gracia de mujer? Como un «Pecho de mujer»? «En ese pezón marino estaba el Paraíso o fuente de cosas preciosas y una diversidad de estrellas.»

Alguien dijo —creo que yo mismo— que las pirámides de estas culturas fueron también pechos sagrados y que pirámides y volcanes son los senos de Teotihuacán, de Copán, de Momotombo...

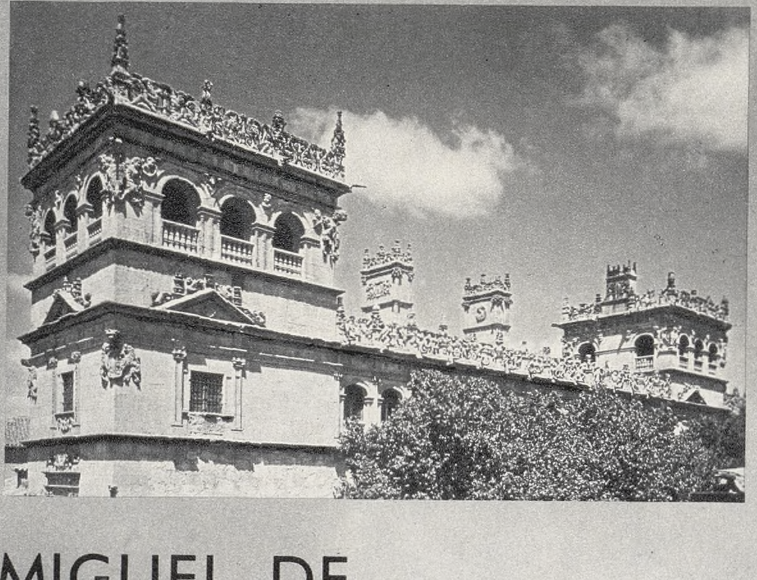
Nicaragua, tierra del Amor (gracias a Dios). Que hizo posible a un hijo suyo como Rubén volcanear, con augurios de Vida y de Esperanza, a la vieja Madre España cuando tras el 98 agonizaba. Cuando los demás hijos de América la abandonaban como un cadáver histórico, cuando los libertadores —de Bolívar a San Martín, de Martí a Rizal— se alejaban de ella, se «liberaban» de ella... Sólo Rubén, ese nicaragüense, por eso inmortal para el corazón español supo libertarla de aquel desfallecimiento que era sólo un simple signo de resurgimiento y «cantar nuevos himnos».

Por lo que un día de 1950, antes de nadie y acompañado del entonces embajador nicaragüense Vega Bolaños, instauré en la entraña de Madrid, en la Puerta del Sol, en el «Antiguo Café de Levante» al que acudiera siempre Rubén, un bronce con este título, que se hará histórico: El Libertador de los Libertadores. Porque con su Poesía de amor y Fe en la Madre Patria libertó a los que se creían emancipados. Bronce de Rubén, que al ser insensatamente transformado aquel «Antiguo Café de Levante» (donde también fueran Bolívar, Rizal, Martí) en una zapatería, hoy, ese bronce rubeniano, ocupa un altar en mi casa, para todo hispánida que quiera venir a rendirle homenaje.

Yo no pediría a gobierno alguno nicaragüense me mandara un diploma o la Gran Cruz de Rubén Darío. Me contentaría con dos cosas: que el pueblo nicaragüense —alguien, cualquiera de sus innumerables poetas o de sus bellas mujeres—, se acordara de mi nombre. Y que los gobiernos de esa tierra de poema, en lugar de condecorar a los políticos y diplomáticos extranjeros con solemnes quincallas y sedas, les regalara los versos de Rubén. Y así podrían dar de veras las Gracias a Dios. Es decir: a Nicaragua.

LA TORRE DE MONTERREY A LA LUZ DE LA HELADA

MIGUEL DE UNAMUNO



HIELA, corre un cierzo que corta el respiro; pero desde el azul acerado vierte un sol desleído una luz clarísima que corta también las sombras y dibuja los relieves del campo como si fuesen de arquitectura.

Porque esa luz limpidísima, clara como el hielo, sin brumas, diríase que, no ya luminiza, sino civiliza a la Naturaleza; hácela civil, que es hacerla más que humana. Que humanizar es ya mucho; pero civilizar es más. Civilizar, hacer civil —o si queréis ciudadanizar—, es sobrehumanizar. Humanidad nos parece para el hombre todo; pero civilidad es para él más; es más que todo, porque es el porvenir que jamás acaba de cumplirse, es el ideal. Todo es lo que hay, y lo que hay de permanente; pero más que todo es lo que sobre lo que ha habido y hay habrá. Todo es el pasado que se condensa en el presente; más que todo es la eternidad, que abarca el pasado, el presente y el futuro. Todo es el universo, y más que todo es el pensamiento porque el pensamiento sobrepuja a todo lo pensado y a todo lo pensable, y rebasa de ellos.

También la ciudad es Naturaleza; también sus calles, sus plazas y sus torres enhiestas de chapiteles son paisaje. Y sus líneas son como las líneas de estos campos. Algunos dicen que barrocas. No todas.

Los escarpes de esos arribes que del vasto tablazo de la Armuña bajan a las riberas del Tormes son como contrafuertes de una gigantesca seo, son arquitectónicos. Hay lugarejos que parecen esculpidos en la tierra del páramo, en la roca más bien. Y tal negrillo junto a la espadaña de una iglesiuca lugareña, que a mucho mirar acabaríase por dudar cuál es el árbol y cuál la torre. Y ahora que los árboles en esqueleto, en mondos huesos negruzcos, parecen columnas de templo arruinado al que se le hundió la bóveda.

Corriendo las tierras ibéricas, de estas desnudas, de roca ¿no se os ha ocurrido imaginaros a lontananza que aquel teso es una catedral barroca?

Y aquí, en cambio, en la ciudad, créese uno en vasta formación geológica. Los hombres, como madréporas, levantaron estos pardos corales o estos corales de oro que reverberan al sol desnudo del invierno.

Cada una de estas fábricas de piedra de estos edificios diríase una inmensa frase arquitectónica, un aforismo de líneas. En una frase culmina y se condensa todo un sistema de ideas, de pensamientos. «En el título del drama inmortal de Calderón, de la pareja del «Quijote», en «La vida es sueño», está condensada —acabo de leer que dice justamente Farinelli (en su obra «La vita é un sogno»)— la sustancia de todas las filosofías mundiales.» Por una frase perduraba en la memoria de los suyos, de los de su casta, cada uno de los siete sabios de Grecia; pues estos siete sabios eternizáronse en el pensamiento de su pueblo como padres de siete sendas sentencias. Y una frase, una sentencia civil, civil más que humana, es un edificio de pensamiento, en que la economía de material y de esfuerzo bruto se llevó al colmo del triunfo. Las Pirámides son inmensas frases de piedra que se alzan de las arenas del desierto; una inmensa frase, como un período demosteniano, o mejor como un período pericleano, tal y como Tucídides nos lo ha legado para siempre, es el Partenón. Y estas torres son frases también, frases civiles, sentencias de civilidad hecha Naturaleza.

Yo no sabré traduciros en palabras sonoras, y que aun siendo aladas queden —se queden volando y cerniéndose—, lo que esta armónica frase de piedra tallada que es la torre de Monterrey me dice, nos dice, a la luz cortante y fina de estas mañanas arrecidas de invierno, cuando la helada duerme en vano en las cresterías de su pingorota; pero sé que es una frase cuando se destaca sobre la azulez del cielo. Y si los hombres pasan y quedan, estas piedras quedarán diciéndole a la Naturaleza que hubo Humanidad, hubo civilidad, hubo pensamiento; quedarán hablándole de plan, y de orden, y de proporción al universo.

¿Y por qué no han de saber geometría, matemática, esos planetas que recorren el espacio según las leyes que ellos mismos le enseñaron a Kepler? ¿No es una gran ciudad, la ciudad de Dios, el Supremo Arquitecto y habitador de ella, esta máquina única del Universo mundo?

Todo esto es un sueño, ¡conforme! Pero este sueño de piedra, a la luz cernida por la helada, nos dice que el sueño es lo que queda, lo duradero, lo permanente, lo sustancial, y que sobre él, sobre el sueño, como sobre el mar las olas, pasan rodando nuestros dolores y nuestros goces, nuestros odios y nuestros amores, nuestros recuerdos y nuestras esperanzas. Las olas son del mar; pero las olas pasan y el mar se queda; los dolores y los goces, los odios y los amores, los recuerdos y las esperanzas, son del sueño, del sueño de la vida; pero ellos, dolores, goces, odios, amores, recuerdos, esperanzas, pasan y el sueño queda. Y se queda así, hecho piedra, piedra terrena, pero civilizada, piedra civil, o piedra espiritual, frase acuñada para siempre, monumento «aere perennius», más duradero que el bronce.

Este sueño de piedra entra al alma y cae en ella, dentro de ella, más dentro de ella: en el alma del alma, en lo que está más dentro del alma misma, y arrastra a ésta, a nuestra alma, al cimiento de las almas todas, como las olas, pasajeras, al mar de las almas. ¿Es un mar? ¿Es un líquido? ¿No es más bien un páramo, una llanada, un cimiento pétreo de toda laya de edificios para albergar el pensamiento humano civil? ¿Y no es cada una de nuestras almas un sillar que la vida talla —la talla a golpes, con dolor y goce, con odio y amor, con recuerdo y esperanza— para que forme en la gran seo humana, civil, en el templo y casa de nuestro Dios civil y humano?

Fue ayer, fue hace un momento; es decir, fue hace más de veinticinco años —el tercio de una vida bien cumplida— cuando te vi por vez primera, torre de Monterrey, y me llevas allá, mucho más allá de esos veinticinco años, a cuando, sin haber nacido, te contemplaba —¿dónde?—, y con ello me llevas de aquí a dentro de veinticinco años, más allá, mucho más allá, a cuando, después de muerto y bien muerto, te siga contemplando, siga yaciendo y posando en el fondo del mar de las almas esta mi visión de ti que se me acuña en el alma en estas montañas de rayos de sol cernidos por la helada. El sueño queda. Es lo único que queda: la visión queda.

El espíritu, cuando sufre o goza, cuando odia o ama, cuando recuerda o espera, se hace tierra, se hace agua, se hace fuego o se hace aire; y la piedra, cuando piensa civilmente, se hace espíritu permanente, cuajado, cristalizado, sustantivado. Esta torre es un diamante de espíritu.

¿Y qué dice? No dice nada que no sea ella misma; se dice a sí misma, se proclama inmortal, se afirma. No importa que un terremoto o un bombardeo de guerra humana —que es otro terremoto— u otro accidente traído por el odio de la Naturaleza o el de los hombres, abatiéndote a tierra, te derrumbe, esparciendo sin orden ni concierto tus sillares, torre de Monterrey, porque tu visión quedará. Quedará hecha cimiento de las almas que te contemplen.

Y al alma que te contempla le dices, torre de Monterrey, que dice cuanto decir cabe quien se dice a sí mismo, quien acierta a expresar su persona, quien logra ponerse desnudo de espíritu a la luz de helada del mundo civil y se convierte así, para los otros, en estatua. Lo sumo que pueden ver los hombres es a otro hombre, y si una vez le vieran del todo, se lo llevarían consigo para siempre.

Y esta torre y otras torres nos meten al ánimo el ansia tormentosa de decir lo indecible, de dejar en la alada palabra que vuela sonora, y pasa, y se pierde, lo que no pasa ni se pierde: la visión que queda. Decir lo que se ve y decirlo de modo que se vea oyéndolo; ver lo que se oye: he aquí todo el secreto del Arte. El Arte hace ver a los ciegos —y lo son muchos que espejan con los ojos en la mente lo que tienen delante—, y les hace ver con la palabra; el Arte hace oír a los sordos —y lo son muchos que resuenan con los oídos lo que les suena en su derredor—, y les hace oír con la visión reproducida. Un poema da vista al ciego; un cuadro da oído al sordo. El Arte funde los sentidos, descendiendo a lo que les une a su común cimiento, y ascendiendo a lo que los une también coronándolos.

Mi torre de Monterrey, no esta que tengo ante los ojos al salir de casa en estas mañanas arrecidas y de sol acendrado, cuando voy a leer con ellos, con mis alumnos —¡lástima de hermosa palabra, degradada por el abuso oficial!—, al divino Platón; mi torre, la que llevo en el cristal de la mente como una visión que, espejada en un lazo, al cristalizarse éste, quedase por encantada magia en él para siempre, esta mi torre me dice que quien se dice queda para siempre también. No te importe, alma mía, lo que digas si te dices. ¿Es que eres más que una frase del pensamiento de Dios?

El pensamiento de Dios es la Historia: la historia humana, la historia civil, la historia de esta humanidad civil en que Dios se hizo hombre, y habitó entre los hombres, y proclamó que su reino, el reino de Dios, esto es, el reino del Hombre, el reino del Dios-Hombre, no es de este mundo de dolores y goces, de odios y de amores, de recuerdos y de esperanzas. Porque el reino de Dios, el reino del Hombre, es del pensamiento, que está sobre dolor y goce, sobre odio y amor, sobre recuerdo y esperanza, aunque con ellos se haga, como con piedras se hacen las torres que en la Historia quedan. El pensamiento de Dios es la Historia; la Historia es lo que Dios piensa, lo que va pensando. Y el que vive, de un modo o de otro, más o menos visible y audible, por dentro de ella que sea, en la Historia, vive en el pensamiento de Dios y en él se queda, y se queda con el pensamiento en Dios. Y vive en la Historia todo el que, queriéndolo o sin quererlo, a sabiendas o no, contribuye a hacerla; todo el que tiene, por oscura y vacilante que sea, conciencia civil. La muerte absoluta es la inconciencia.

Y esta mi torre de Monterrey me habla de nuestro Renacimiento, del renacimiento español, de la españolidad eterna, hecha piedra de visión, y me dice que me diga español y que afirme que si la vida es sueño, el sueño es lo único que queda, y lo otro, lo que no es sueño, no es más que digestión que pasa, como pasan el dolor y el goce, el odio y el amor, el recuerdo y la esperanza. Sí; la vela sin sueño no es más que digestión y respiración, aliento que se va. Soplo, aliento, «pneuma, anima, spiritus», llamaron a lo que sobre nuestro cuerpo no es sueño; y el soplo pasa, pero el sueño queda.

«¡La vida es sueño!», afirmó el hombre español que creía en lo eterno y en lo sustancial, y los que no creen en ello dicen en la necedad de su corazón diciendo: «¡La vida es un soplo!». Y la torre de Monterrey, mi torre de Monterrey, mi torre del renacimiento español, de la españolidad renaciente, me dice que la vida no es soplo que pasa y se pierde, sino sueño que queda y se gana.

Cuando al salir por las mañanas la torre me dice: «¡Aquí estoy!», yo, mirándola, le digo: «¡Aquí estoy!».

Salamanca, 28-XI-1916.





EN EL CENTENARIO DE LA ACADEMIA MEXICANA

A reserva de ocuparnos en próximas ediciones de la celebración del centenario de la fundación de la Academia Mexicana en la forma que el acontecimiento merece, nos sumamos hoy a esta gran fiesta de la cultura hispánica con la información que hallará el lector en este mismo número, trayendo a nuestras páginas a una de las grandes cifras de la superior cultura mexicana: Alfonso Reyes. Como un símbolo del indestructible vínculo cultural que ha unido y unirá a México y España, reproducimos estas finas evocaciones de don Miguel de Unamuno debidas a la pluma magistral de quien escribiera «Tertulia de Madrid».

UNAMUNO

Por ALFONSO REYES

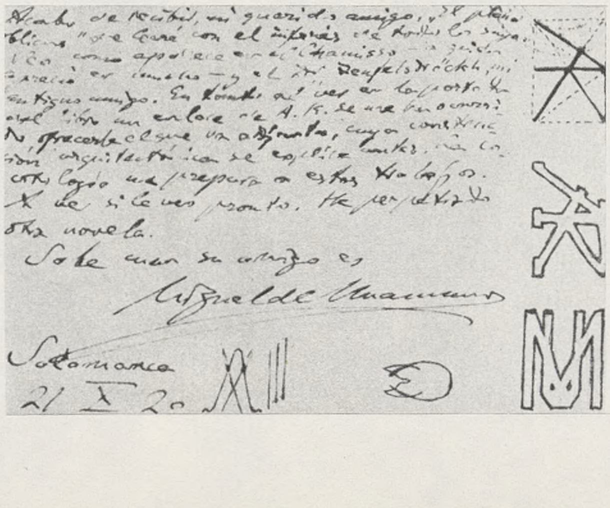












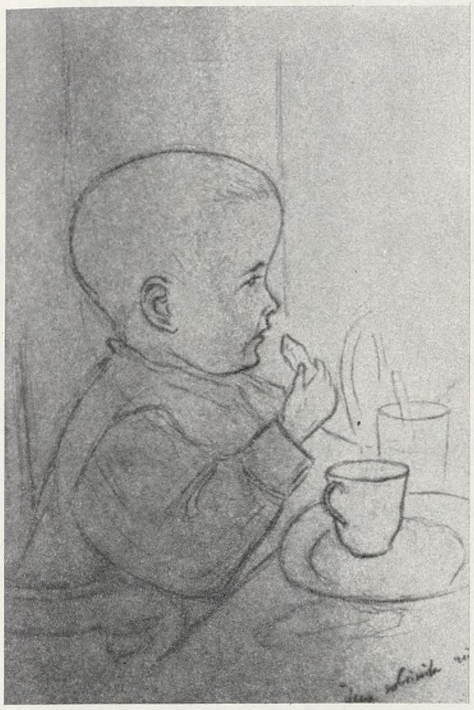
Los dibujos de Unamuno a que se refiere Alfonso Reyes. En esta página, de izquierda a derecha, retrato de Amado Nervo, gran amigo de Unamuno, autorretrato de la juventud, Ramón, niño, hijo de Unamuno; debajo, un paisaje, y un potro de tormento. En la página siguiente, una sobrinita de don Miguel, retrato del señor Richet, y retrato de una actriz.

VIVE don Miguel de Unamuno —¿quién no lo sabe?— en Salamanca. Toda visita a Salamanca acaba en una tarde de conversación con él. Nos habla de los últimos libros; pero se ahoga, no cabe en el cuarto cerrado, y entonces nos lleva de paseo por las afueras, a las orillas del Tormes. Nos recita sus versos. Relampaguea, truena y lanza rayos hablando de los males y las esperanzas de la patria. Se acuerda de América, y se estremece. Se acuerda de Portugal, de Portugal resuelto a vivir, «con la muerte ibérica a la espalda». Parece que está alerta al grito de todos los pueblos. Parece, alguna vez, que aplica su oreja sobre nuestro corazón, como un médico. Es inútil disimular. Estamos delante de un hombre. Un hombre: ángel y demonio, rebeldía santa y santa humildad, guerra civil en la conciencia; acometividad y sed de concordia al mismo tiempo, y, sobre todo, sentimiento trágico de la vida.

Allá en sus ocios, allá en su interior doméstico de padre de familias, se distrae con sus pajaritas de papel (otro día hablaremos de ese arte filosófico y de sus preceptos esenciales: nunca usar de goma ni de tijeras, etc.), o bien se entretiene con sus dibujos. Unamuno, como dibujante, es poco conocido. Hace muchos años, la *Revista Moderna*, de México, publicó el retrato de Amado Nervo visto por Unamuno. Es un diseño rápido, pergeñado en un rato de conversación, donde acaso lo mejor es la mano. Sus dibujos tratan unas veces de fijar los rasgos de una cara; otras, de reproducir las labores de la piedra en las iglesias y catedrales, los gestos animales y humanos, la calma extática de los campos de Castilla.

La pequeña colección que poseo contiene, sobre todo, retratos: Nervo; autorretrato antiguo; el pequeño Ramón de Unamuno, en dos posturas; la sobrinita; el Sr. Richet; la actriz; hay luego un paisaje de poco valor en sí mismo, pero curioso como ilustración de ciertas frases descriptivas que el mismo D. Miguel ha puesto de su puño y letra a modo de comentario del dibujo; hay un potro de tormento con una inscripción que recuerda los caprichos goyescos; y hay, finalmente, un proyecto de monograma que se puso a trazar, como un ocio de la

DIBUJANTE EN SALAMANCA







pluma, en la tarjeta en que me acusaba recibo del *Plano oblicuo*.

Para Unamuno, el sentimiento de la línea es mucho más vivo que el del color. Anda mucho a pie, y es un cazador de paisajes. Palmo a palmo ha recorrido España en busca de esas emociones que, para él, sustituyen la emoción musical. Prefiere el paisaje de valle y río al paisaje marino, porque encuentra cierto agrado geométrico, de dibujante, en esa demostración palpable de la mayor arruga de la tierra, resultante de las vertientes, por donde corren los ríos. También le gusta dibujar animales pastando, y tiene toda una colección de ranas y ratones, proyecto para cierta Batracomiomaquia en que alguna vez ha pensado (1923).

OTROS RECUERDOS DE UNAMUNO

Estos días, Luis A. Santullano ha contado por ahí sabrosas anécdotas de Unamuno, y me ha puesto en vena de recuerdo.

Entre otras reliquias del maestro —dibujos, monogramas— tengo una carta de Salamanca, 7 de julio de 1920, que dice así:

No conocía casi a Juana de Asbaje (se me figura, no sé por qué, que debe ser *Asuaje*). Ha sido para mí un descubrimiento. Quiero glosar aquello de

Si es para vivir tan poco
¿de qué sirve saber tanto?

Debió decir:

Si es para saber tan poco
¿de qué sirve vivir tanto?

Don Miguel no llegó nunca a escribir este comentario. El solo enunciado del tema está preñado de sugestiones. Teofrasto, el sucesor de Aristóteles en el Liceo, aquel delicioso autor de los *Caracteres* que fue también, como su maestro, un escritor enciclopédico, vivió cien años, y se quejaba del poco tiempo que la suerte le había concedido para desarrollar sus estudios, y de lo mucho que, en cambio, la naturaleza concedía a ciertos animales, a los que ninguna falta les hacía una vida larga. Góngora, por su parte, se lamentaba de tener que morir cuando apenas comenzaba a ver claro en sus investigaciones poéticas. En estos dos ejemplos —y podrían multiplicarse fácilmente— la idea es la misma de Sor Juana. Pero la cuestión que Unamuno plantea es muy otra, y es, en verdad, más trágica.

El caso se le ofreció con motivo del libro de Amado Nervo, que yo le envié. De Nervo siempre fue muy amigo, e hizo un fino dibujo de su cara.

Sería curioso juntar todos los testimonios de la relación que Unamuno tuvo con México. Su padre había pasado la juventud en México, de donde se llevó algunos libros. Entre otros, un álbum de prohombres americanos: Washington, Lincoln, Juárez. La foto del presidente mexicano andaba entre los primeros recuerdos de Unamuno. También databa de sus tres o cuatro años la imagen vívida y patética, que él nunca olvidaría, del fusilamiento de Maximiliano representado en cierto museo de figuras de cera.

Muchas veces me dijo, y creo que lo dejó escrito, que, de haber sido más joven, él también hubiera deseado trasladarse a México.

Lo vi en París por última vez. Estaba desterrado, pero —claro está— seguía viviendo con la imaginación puesta en Salamanca. Nos recitaba sus versos sin hacer caso del tráfago callejero: uno de sus sonetos contra el Directorio Militar de Primo de Rivera estuvo a punto de costarnos la vida en una bocacalle de los Grandes Bulevares. Cerraba los ojos ante la magnífica Avenida del Observatorio, y exclamaba con un ademán de impaciencia: «¡Gredos! ¡Gredos!» Andaba perdido en su sueño.

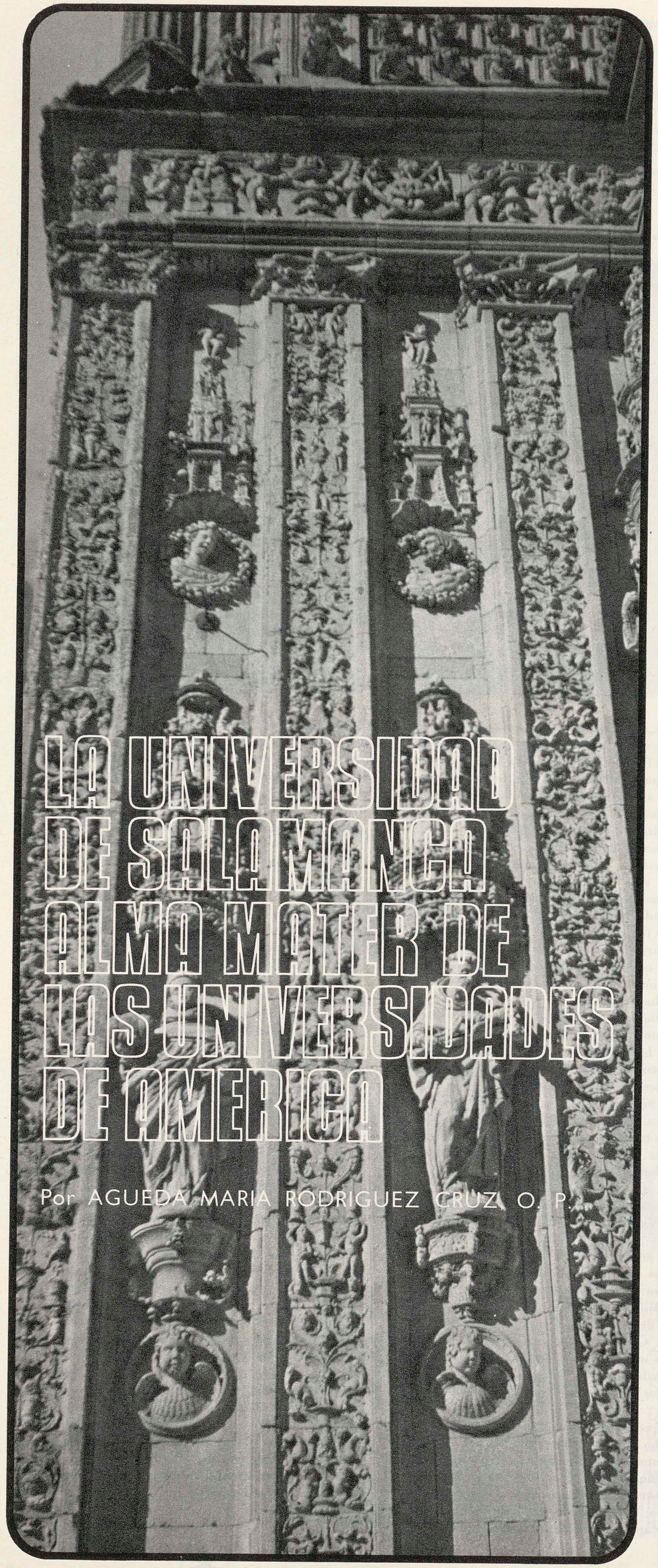
Lo que menos se imaginaba es que su figura de búho, con aquellas gafas, aquel sombrero en punta, aquella barba en collar, aquel traje negro, aquel cuello de pastor protestante, aquella chaqueta sin solapas que no daba sitio a la corbata, todo ese aire que Toño Salazar ha logrado captar en un par de trazos, estaban creando una moda allá por los barrios de los artistas, en los cafés de la orilla izquierda, en la Rotonda —donde se trazó un día el primer programa de la revolución soviética—, en el Domo y en los Vikingos. Por todos lados nos salían al paso Unamunos de pega —mejor llamarlos Unamúnculos— que se contentaban con imitar las exterioridades del terrible maestro, ya que los adentros no era fácil porque un volcán no se remeda.

Vivía en un cuartito junto a la Plaza Magdalena, no lejos de Hédiard, el proveedor de conservas mexicanas: chile, mole de guajolote y demás primores de bizantina complicación. Tenía un ejemplar de Proust sobre la mesa, y le preocupaba no sé qué kantiana noción sobre el fluir del tiempo y el desfilar de los espacios, que creía sorprender entre las escenas mundanas del novelista.

Para no perder la costumbre, hacía sus bolitas de miga de pan a la hora del café. Y como le cayera en las manos una hoja de papel, se entregaba a los deleites de la Cocotología o arte de las pajaritas. Había de ser sin usar cortes ni pegaduras, con el mero uso de dobleces, que aquí estaba la perfección técnica. Y aquel pequeño creador del mundo disponía sobre el mármol de la mesa sus elefantes, águilas, canguros, pingüinos, en medio de la curiosidad general que poco a poco lo rodeaba, obligándole a huir de repente, y abandonar a sus criaturas en manos de las chicas, modelos de Montparnasse, que se disputaban el botín. «¡Monstruos! ¡Monstruos!», decía abriéndose paso nerviosamente. Quería estar solo y no lo dejaban. Quería estar solo y tampoco quería estar solo. Alma en guerra civil, allá en lo íntimo de su ser relampagueban todas las tormentas de España.

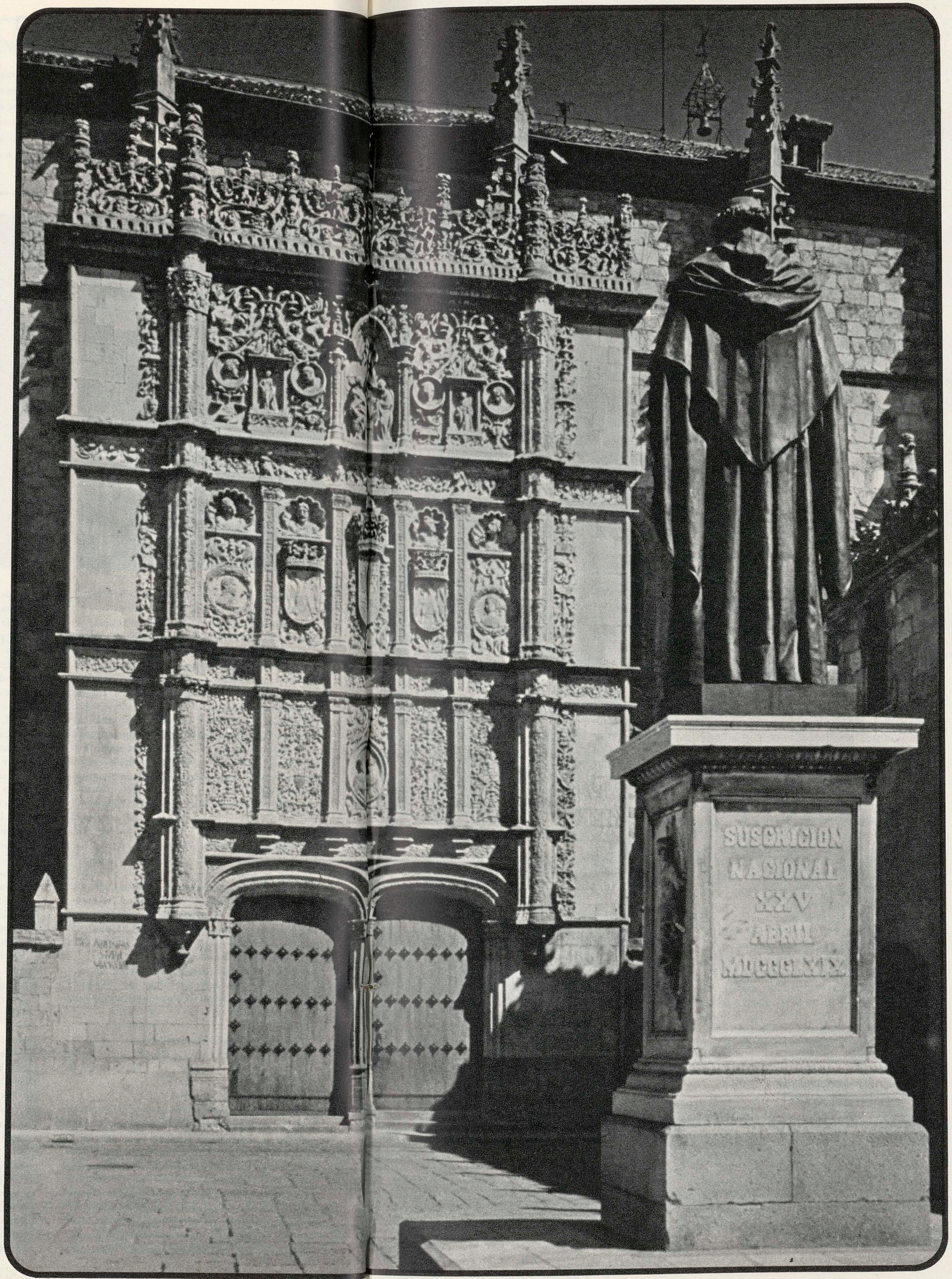
Y entre tirios y troyanos, un día dejaron a este gran español sin la España de sus pecados. Y falleció junto a su chimenea, conversando socráticamente y sin darse cuenta. Dicen que calló de pronto, como si se adormeciera un poco, y se vio que se le estaban quemando las pantuflas. Ya estaba muerto.

México, VII-1945.



LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA ALMA MATER DE LAS UNIVERSIDADES DE AMERICA

Por AGUEDA MARIA RODRIGUEZ CRUZ, O. P.



LAS universidades y colegios que florecieron en todo el territorio americano fueron los pilares básicos en que se apoyó la obra civilizadora de España. España dio a América cuanto tenía. La organización universitaria, hecha experiencia secular en Salamanca, es transplantada al Nuevo Mundo. Salamanca fue el modelo mil veces invocado por los papas y por los reyes de España para conformar a él las nacientes instituciones universitarias. Cuantas veces fue necesaria una reforma, hacia Salamanca volvían los ojos reyes y reformadores y conforme al patrón salmantino estatuían y legislaban. Y fue precisamente en el momento cumbre de la cultura española, cuando la Universidad de Salamanca, que ya había arrebatado el cetro a la famosa parisiense y enseñaba al mundo entero por boca de sus grandes maestros, se vuelve hacia América y cual *Alma Mater* da vida y semejanza a sus universidades, escribiendo la página más brillante de su peculiar misión docente.

Salmantica docet! No en vano había ya grabado esta frase en su escudo, con intuición profética, en los esplendores del XVI, cuya realización histórica ha sido y es la esencia de su misión, cumplida de un modo fecundísimo en Hispanoamérica. Vamos a recorrer los momentos más importantes de aquella gloriosa epopeya cultural, y en la entraña misma de la historia y organización de las universidades hispanoamericanas descubriremos la vena salmantina que aún no ha cesado de latir.

Antes de adentrarnos en la narración de las fundaciones universitarias me parece oportuno y conveniente hacer aquí una breve referencia a la calidad y características de las universidades que nacieron en América durante el período hispánico, a partir de 1538, fecha áurea de la historia universitaria de la Hispanidad, primera piedra, por así decirlo, de las universidades del Nuevo Mundo.

Pronto se vio que las universidades de Lima y México no bastaban para la educación de la juventud criolla, en el amplio territorio americano. Radicadas céntricamente, una al norte y la otra al sur, constituyeron pronto una especie de capitales universitarias acabando por ser el prototipo oficial, en cuyas venas latía la noble alcurnia salmantina. Pero de los lugares extremos se hacía dificultoso a la juventud llegar a sus aulas, mucho más que trasladarse a Salamanca. De ahí que los obispos, comunidades religiosas, reales audiencias, etc., de las ciudades más importantes, reclamaran del papa y del rey los privilegios universitarios para facilitar la adquisición de los grados académicos a numerosos estudiantes. Esta necesidad perentoria fue el origen de multitud de universidades que van surgiendo teniendo generalmente como base una fundación conventual o colegial, sobre todo de dominicos y jesuitas.

Son las universidades llamadas menores, de cátedras y privilegios limitados, con facultades restringidas para graduar, universidades caseras, de categoría inferior a las grandes oficiales o mayores. La *Recopilación de Indias* las llama simplemente universidades particulares, sobre las cuales apenas legisla, de un modo concreto y especial, mientras que se detiene largamente sobre las dos oficiales de Lima y México, a las que llama generales, o de estudios generales. La ley segunda del título veintidós, sobre universidades, se refiere especialmente a las de Santo Domingo, Santafé, Chile y Manila, pero la

norma es general para todas las similares. La misma Universidad Tomista de Santo Domingo, con ser primada de América, fundada en 1538 por la famosa bula *In apostolatus culmine* de Paulo III, no llegó a la categoría de las de Lima y México. Hay que incluirla en el grupo de las universidades menores.

Las universidades oficiales o generales estaban sometidas al real patronato, la corona intervenía en el gobierno, sus rentas provenían principalmente de la real hacienda, tenían una organización similar y gozaban de todos los privilegios de las universidades españolas que no eran otros que los de Salamanca, el *Alma Mater* de la hispanidad universitaria. Entre sus privilegios más importantes figura el de la exclusiva de los grados académicos, de modo que los cursos realizados fuera de su recinto sin su autorización no tenían validez en orden a los grados. Las universidades de Lima y México, lo mismo que las ubicadas en capital de virreinato, ejercieron una especie de jurisdicción, de preponderancia y asesoría con respecto a las universidades menores del territorio, colegios y demás centros de estudio, en cuanto a cursos, colación de grados, incorporaciones. Por eso se opusieron siempre a que se tuvieran lecciones y se hicieran cursos fuera de su recinto en colegios y estudios privados. No se podían hacer cursos válidos para grados sin la autorización de la universidad.

La necesidad urgente de multiplicar las fundaciones universitarias la había previsto el prudentísimo rey Felipe II, cuando escribió a su embajador en Roma para que solicitase del pontífice confirmación de las tres existentes y de las que se fundaran en el futuro. Para sus primeras universidades de ultramar pide al papa la confirmación pontificia y para ellas y para todas las fundaciones posteriores solicita los privilegios de la celebérrima salmantina y de la vallisoletana, como lo encarga a su embajador el 3 de octubre de 1571: «...suplicandole aproue y confirme las erecciones, instituciones y fundaciones que en virtud de las dichas cedulas se han hecho, de los dichos tres studios y, Uniuersidades de los Reyes, Mexico y Santo Domingo respectivamente aprouando los grados que en ellas se hubieren dado... y sea seruido de concederles asi a los erigidos como a los que en adelante se erigieren todos los preuilegios gracias Inmunidades facultades y concessiones que por su Sanctidad y los Summos Pontifices sus predecesores en cualquier manera an sido y estan concedidas a las uniuersidades de la ciudad de Salamanca y Villa de Valladolid...». El papa decide confirmar las que están erigidas y no por el momento las que se hayan de fundar. Tampoco quiere conceder privilegios en general de todas las universidades del reino hispánico sino que pregunta en concreto cuáles son los que se piden. En nueva carta a su embajador, del 8 de mayo de 1572 Felipe II le envía adjunta una copia de los de Salamanca que son los privilegios que quiere para sus universidades de Indias, que es la preferida por la corona y a cuyo patrón desea ver levantarse la institución universitaria en sus tierras de América.

Como fruto de estas gestiones fue otorgada la bula confirmatoria a la mexicana, expedida por Clemente X en 1595, porque ya Lima la había obtenido en julio de 1571, otorgada por san Pío V. En cuanto a la de Santo Domingo, decana de América, fue precisamente erigida según bula pontificia de Paulo III, pero debía referirse a ella seguramente y no a la de Santiago de la Paz, fundada por real cédula en 1558, porque la historia de estas universidades en algunas etapas se entrecruza y se refunde por la poca estabilidad que en todos los sentidos tuvo la de Santiago de la Paz, al menos en sus primeros tiempos. En la primera carta de Felipe II parece identificarse con la de los dominicos, la de Santo Tomás, como si no existiera sino una sola universidad en Santo Domingo, o sea la decana de América.

Una vez fundadas y consolidadas las dos universidades principales de Lima y México, hijas auténticas y directas de Salamanca, herederas legítimas de su espíritu y costumbres, pasaron a ocupar el primer puesto como madres y modelos de las futuras fundaciones, lugar que Salamanca había ocupado plenamente en el XVI. Avanzada la obra civilizadora de América, y bien afianzadas las academias limeña y mexicana ya no era preciso volver a Salamanca reiteradamente los ojos, aunque bien es verdad que nunca se la perdió totalmente de vista, ni siquiera en los finales del período hispánico, fines del XVIII y principios del XIX. Lima y México fueron sus fieles continuadoras y portadoras de su *perenne mensaje de docencia*.

Lo que París significó en Europa y Salamanca en España, eso mismo representaron Lima y México en la América hispana. Por ello podemos hablar con toda propiedad y seguridad de influjos salmantinos indirectos con respecto a las universidades menores, aunque no faltan documentos, si bien esporádicos, de un influjo salmantino muy directo. Las cincuenta y siete leyes del título veintidós del libro primero de la Recopilación de Indias sobre las universidades, están la mayoría inspiradas en las constituciones de la universidad limeña. Y ya sabemos que estas leyes, en muchos de los casos, tienen carácter universal con respecto a todas las universidades. Cuando se pedían al papa privilegios se ponían como medida los de Lima y México, como en los primeros tiempos los de Salmanca. Así, por ejemplo, fueron pedidos y otorgados a las universidades de Quito y Santafé en 1685 y para Guatemala en 1687. Cuando la corte dispuso que la Universidad de Córdoba redactara las propias constituciones le ordenó «arreglarse en formarlas a las Constituciones de la de Lima, que es la más cercana, como se hizo con México en las de Guatemala». A raíz de la fundación de la facultad de cánones en la Universidad Javeriana de Santafé, dispuso el rey que hiciera sus estatutos «teniendo por Norte los de la Universidad de Salamanca, y los de las dos de Lima y México, que son de su prohijación». Y también con motivo de la reorganización de la Tomista, de la misma ciudad, dispuso el rey que en lo relativo a grados se atuviera a lo establecido para la Universidad limeña: «aprovando la determinación que tomó la misma Audiencia para que respecto de no tener constituciones esta Universidad de Religiosos Dominicos, se arregle su Rector a los de España, Lima y México.» Al otorgar el padre Frías Herrán constituciones a la Universidad de San Francisco Javier de Charcas o La Plata, ordenó que en las cosas no previstas se recurriera a las constituciones de la Universidad de Lima, «las cuales doy y señalo juntamente por Constituciones de esta dicha Universidad».

Haremos el estudio de cada universidad según el orden cronológico de fundación, papal o real, o sea, según su documento

LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA ALMA MATER DE LAS UNIVERSIDADES DE AMERICA



de erección, tal como las he ordenado en el cuadro sinóptico al final de este estudio. La de Santo Domingo nació pontificia, con los privilegios de Alcalá y Salamanca, y al impulso y calor de la orden de predicadores; también regia, pues no consta que se le negara el *placet* a la bula fundacional, y más tarde fue expresamente reconocida. Las de Lima y México nacen regias, con real cédula expresa, y luego obtienen bula pontificia de confirmación. La primera es solicitada por el cabildo secular y se desarrolla provisionalmente al amparo de la orden de Santo Domingo. Por la de México clamó todo el virreinato pero la iniciativa fue de su primer obispo. Las dos son fundadas con los privilegios salmantinos, primero limitados y luego concedidos en toda su plenitud. Las otras fundaciones del siglo XVI que obtuvieron también documento ereccional propio y específico fueron la Imperial de La Plata o Charcas, que no entró en funciones (Charcas logró la realización universitaria en posterior centuria), la de Santiago de la Paz, en Santo Domingo, la Tomista de Santafé y la de San Fulgencio de Quito. Las dos primeras nacieron regias, muy al estilo de las mayores y con los privilegios salmantinos. Las dos segundas son pontificias pero con *placet* regio, del tipo convento-universidad, como también lo fue la de Santiago de la Paz en su desarrollo histórico. La real cédula de la de La Plata ya he dicho que resultó letra muerta.

En el siglo XVII tenemos a la del Rosario de Chile, la Javeriana de Bogotá, Córdoba en Argentina, San Francisco Javier de la Plata o Charcas, San Miguel de Chile y Mérida de Yucatán (México), todas conforme al tipo convento-universidad. La del Rosario de Chile funcionó en el convento dominicano; las demás en la Compañía de Jesús. Las jesuíticas, basadas en los privilegios generales de que hablaremos en seguida, la dominica con privilegio concreto y específico, porque la orden de predicadores acostumbraba pedir siempre documento ereccional específico. Todas son pontificias, pero con *placet* regio. La Universidad de San Carlos de Guatemala fue regia y pontificia, del tipo de las mayores oficiales, salmantina por doble línea, directa y a través de la mexicana, su modelo próximo. La de San Cristóbal de Huamanga, real y pontificia y con los privilegios de Lima, también se fundó independiente de toda orden religiosa, y se asemeja mucho a las grandes oficiales. Estudiaremos también las siguientes universidades conventuales: las jesuíticas de San Gregorio de Quito y San Ignacio del Cuzco, a base de los privilegios generales, algunos de valor jurídico discutible, tratándose de la primera, anulada en determinada ocasión. Las dominicas de Santo Tomás de Quito y San Antonio del Cuzco, con privilegio específico. La primera con los privilegios de Lima y México, y por lo tanto los salmantinos. La agustiniana de San Nicolás en Santafé, más bien de tipo privado, pero con privilegios específicos. Todas estas últimas conventuales, con existencia condicionada hasta la erección de universidad propiamente oficial o pública, y con *pase regio* bajo ciertas limitaciones.

Las tres universidades principales del siglo XVIII fueron La Habana, Caracas y San Felipe de Chile. Nos referiremos también a otras instituciones de este siglo —seminarios, colegios—, que obtuvieron licencia para graduar convirtiéndose en universidades, que llegaron a alcanzar escaso relieve, mas hijas y continuadoras al

fin y al cabo de las grandes universidades hispanoamericanas, herederas de Salamanca, herencia no interrumpida a través de los siglos, proyección fecunda con gloriosa repercusión en el presente. La Universidad de San Jerónimo de La Habana fue instituida conforme al modelo próximo, la Universidad de Santo Domingo, y su legislación, en la que hubo mutuas influencias, es casi de un mismo tenor. Como a la de Santo Domingo, le fueron concedidos los privilegios de las Universidades de Salamanca y Alcalá, que en últimas no son otros que los mismos salmantinos, ambicionados por todas las universidades.

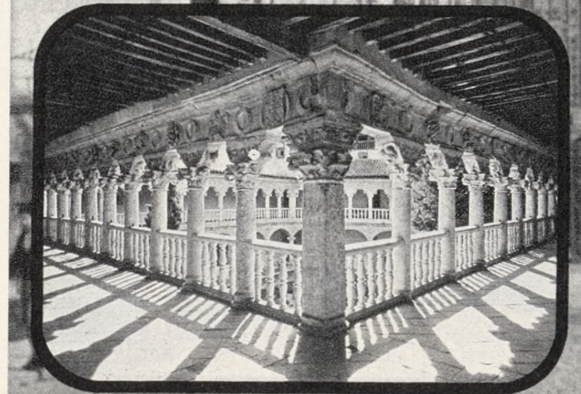
La Universidad de Caracas también fue fundada conforme a la de Santo Domingo y con estos mismos privilegios, pero su legislación no se inspiró en la de las dos anteriores. Es de las más salmantinas, sin duda por influjos directos y a través de Lima; la cancelaría fue organizada en ella en todo conforme a las prácticas de Salamanca. La Universidad de San Felipe de Chile es también hija de la Universidad de Lima, cuyas constituciones vivió siempre, ya que las propias, fiel copia de las limeñas, nunca alcanzaron la aprobación real. Pidió al rey los privilegios salmantinos que no consta le fueran concedidos, pero a través de Lima, su madre y modelo próximo, se enraizó profundamente en el glorioso y secular árbol salmantino, *Alma Mater* de la Hispanidad. La de Guadalajara (México), como universidad pública, al estilo de las mayores, tuvo influjo salmantino y de la mejicana, su modelo próximo. También oficial y pública fue la de León de Nicaragua, con base en el seminario conciliar y con adopción de las constituciones guatemaltecas. La de Buenos Aires nació *de jure* como universidad pública del virreinato de La Plata, pero no entró en funciones en el período hispánico. Son de orden inferior, la de Mérida de Venezuela y la de Oaxaca de México, episcopales, nacida la primera y gestionada la segunda en los respectivos seminarios tridentinos, y con sola facultad para otorgar grados menores. La de Mérida de Venezuela sin autorización para llamarse universidad y la de Oaxaca detenida en trámites. Todavía de un orden más inferior fueron las de Popayán (Nueva Granada), Panamá, Concepción (Chile), basadas en los privilegios generales de la compañía, y la de Asunción del Paraguay, en virtud de breve con privilegio de graduar concedido a los dominicos, autorizado por real cédula.

Como vemos, las universidades que nacen o se tramitan en el período hispánico no son todas de la misma naturaleza y categoría: unas nacieron oficiales, generales, al estilo de las mayores; otras fueron menores, particulares, del tipo colegio-universidad, convento-universidad o seminario-universidad. Algunas no fueron universidades propiamente dichas sino academias universitarias con facultad para graduar y que lucharon en esta etapa para conseguir el título de universidad, con privilegio concreto y específico.

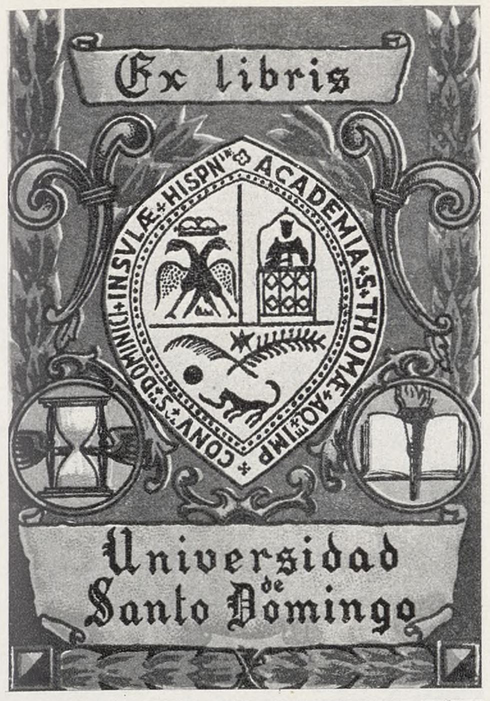
LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, *ALMA MATER* DE LAS UNIVERSIDADES HISPANOAMERICANAS.

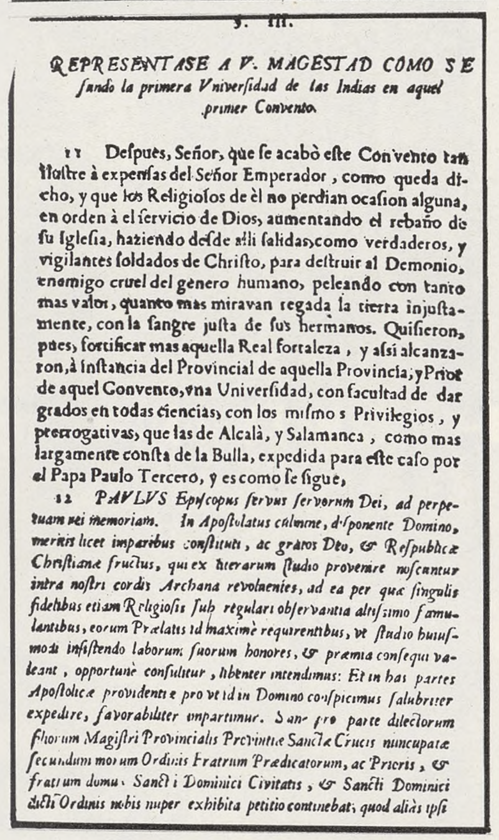
Las universidades son hogares auténticos y superiores de las ciencias, forjan las naciones y son el índice de la cultura de un pueblo. Nacen al amparo y calor de la Iglesia, madre y maestra de la cultura, como transformación paulatina de las antiguas escuelas catedralicias.











§. III.

REPRESENTASE A V. MAGESTAD COMO SE ſundo la primera Vniverſidad de las Indias en aquel primer Convento.

11 Deſpues, Señor, que ſe acabò eſte Convento tan Iluſtre à expenſas del Señor Emperador, como queda dicho, y que los Religioſos de èl no perdian ocaſion alguna, en orden à el ſervicio de Dios, aumentando el rebaño de ſu Igleſia, haziendo deſde alli ſalidas, como verdaderos, y vigilantes ſoldados de Chriſto, para deſtruir al Demonio, enemigo cruel del genero humano, peleando con tanto mas valor, quanto mas miravan regada la tierra injuſtamente, con la ſangre juſta de ſus hermanos. Quiſieron, pues, fortificar mas aquella Real fortaleza, y aſsi alcanzaron, à inſtancia del Provincial de aquella Provincia, y Prior de aquel Convento, vna Univerſidad, con facultad de dar grados en todas ciencias, con los miſmos Privilegios, y prerrogativas, que las de Alcalà, y Salamanca, como mas largamente conſta de la Bulla, expedida para eſte caſo por el Papa Paulo Tercero, y es como ſe ſigue,

12 *PAVLVS Epiſcopus ſervus ſervorum Dei, ad perpetuam rei memoriam. In Apoſtolatus culmine, diſponente Domino, meritis licet imparibus conſtituti, ac gratos Deo, & Reſpublicæ Chriſtianæ fructus, qui ex literarum ſtudio provenire noſcuntur intra noſtri cordis Archana revolventes, ad ea per quæ ſingulis fidelibus etiam Religioſis ſub regulari obſervantia altiſsimo famulantibus, eorum Prælatis id maximè requirentibus, vt ſtudio huiuſmodi inſiſtendo laborum ſuorum honores, & præmia conſequi valeant, opportunè conſulitur, libenter intendimus: Et in has partes Apoſtolicæ providentiæ pro vt id in Domino conſpicimus ſalubriter expedire, favorabiliter impartimur. Sane pro parte dilectorum filiorum Magiſtri Provincialis Provintiæ Sanctæ Crucis nuncupatæ ſecundum morum Ordinis Fratrum Prædicatorum, ac Prioris, & fratrum domus Sancti Dominici Civitatis, & Sancti Dominici dicti Ordinis nobis nuper exhibita petitio continebat, quod aliàs ipſi*

Arriba, un exlibris de la Universidad de Santo Domingo; debajo, página del capítulo del memorial donde se presenta la Bula del Papa Paulo III sobre la fundación de la primera universidad del Nuevo Mundo.

LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA ALMA MATER DE LAS UNIVERSIDADES DE AMERICA



La Universidad de Salamanca es una de las primeras que se incorpora al movimiento universitario europeo y castellano en el famoso siglo XIII, alba de las universidades, junto con Bolonia, París y Oxford. En España la precedió la palentina, que se extinguió cuando Salamanca daba los primeros pasos.

Hay que tener en cuenta, como dice el sabio investigador dominico Vicente Beltrán de Heredia, que «la Universidad de Salamanca no es un centro más en la serie de Academias que fueron erigiéndose a partir del siglo XIII. Es prácticamente la primera de España, la de mayor rendimiento y la que mantuvo entre todas la hegemonía durante medio milenio».

El estudio general de Salamanca que eclipsa al de Palencia y se convierte en el foco luminoso de la cultura hispánica fue fundado por Alfonso IX de León (1188-1229). No se conoce con precisión la fecha de la fundación por no conservarse documento alguno que lo atestigüe. Mucho se ha escrito sobre el particular. Desde luego consta con toda certeza que la fundación la realizó Alfonso IX. Después de firmar la paz con su hijo Fernando III el Santo, en 1218, y después de una ofensiva contra los moros en la zona de Cáceres, se decidió a realizar la fundación. Tenemos los testimonios de su hijo, san Fernando; de su nieto, Alfonso el Sabio, y de su biznieto, Sancho IV, a los que hay que añadir el texto básico del Tudense. Beltrán de Heredia, apoyándose en dicho texto del cronista coetáneo del hecho, dice que «es preciso situarla entre el levantamiento del sitio de Cáceres y la campaña para la conquista de la fortaleza de Cavias, esto es entre agosto de 1218 y el invierno siguiente».

La vida de la Universidad en el siglo XIII es de reorganización interior. Comienza a diseñar sus rasgos genuinos y a perfilar su imagen. Alfonso IX le había dado el impulso vital y ahora, en pleno siglo XIII, su hijo Fernando III el Santo confirma todos los privilegios que él le había concedido, por real cédula dada en Valladolid el 6 de abril de 1243, el documento más antiguo que conserva el Archivo Universitario de Salamanca y la primera simiente de multitud de disposiciones universitarias por parte de los reyes. Todos, una vez posesionados del trono, van confirmando los privilegios concedidos a la salmantina por sus antepasados. El papado tampoco se quedó atrás y desde los primeros momentos le dispensó sus favores y concedió privilegios. Así, la Universidad iba cobrando alientos, se fortalecía y cimentaba su estructura, mimada por los papas y por los reyes, hasta llegar a la plenitud de su grandeza y de su desarrollo en el siglo XVI, que conoció sus mejores días de gloria.

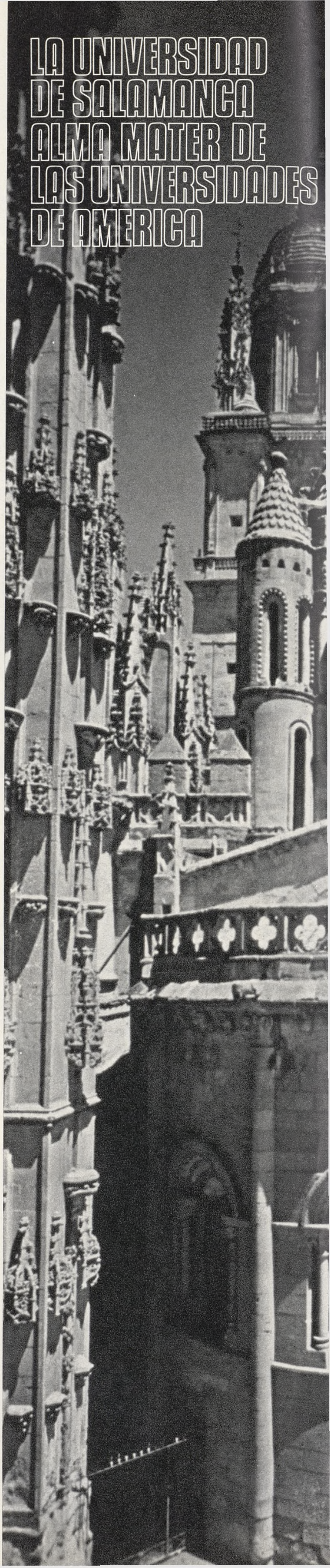
La salmantina sigue su ruta ascendente y comienza a derramar sus luces por doquier y a ejercer su sapientísimo magisterio. Como escribe Beltrán de Heredia, «a partir de principios del siglo XV el desenvolvimiento de la ciencia castellana sigue una ruta paralela al curso de nuestra Universidad, viniendo a resultar como una prolongación de la misma. Los grandes impulsores del despertar en la mente interés por la investigación científica, los fundadores de nuevos centros académicos, los escritores que encabezan la abundante y prodigiosa producción literaria que aún se estudia con interés, salieron de la antigua Escuela, como manifestación de la vitalidad de la misma. Con razón puede ser considerada como la cuna del renacimiento español por su antigüedad, por su principalidad y sobre todo por el influjo permanente de su función directora en las actividades del pensamiento». La empresa de Colón también encuentra decidido apoyo en los maestros salmantinos, como nos dicen los distintos historiadores de la ciudad. El *Salmantica docet* que grabara en su escudo, adquiere cada día más vigorosa realidad.

Es sumamente interesante la pragmática dada por los Reyes Católicos, llamada *Concordia de Santa Fe*, en Granada, el 17 de mayo de 1492, por la que regulan el fuero universitario salmantino, y que luego influyó mucho en otras universidades. Limitan por primera vez la jurisdicción del maestrescuela. Se inicia una nueva política de intervención de la monarquía, que va adquiriendo mayor relieve hasta llegar a tales extremos que será necesaria la autorización regia para las cosas más nimias. Uno de los casos más patentes de cómo la intervención real va siendo cada vez mayor en los asuntos universitarios es la introducción del derecho del rey a enviar visitador a la Universidad, costumbre que introdujeron los Reyes Católicos. Por otra parte, continúan las luchas entre las autoridades y vecinos de la ciudad con el gremio escolar y autoridades académicas, por la intromisión de los primeros en la vida universitaria. Ante estas violencias los reyes multiplican sus reales cédulas de protección, con graves penas para los ofensores de la Universidad. Pero estas luchas se van atenuando gradualmente con el desarrollo esplendoroso del Estudio hasta llegar a extinguirse la antigua rivalidad entre universidad y ciudad llegando a una identificación cada vez más íntima.

El siglo XVI es el período áureo en la historia universitaria salmantina. Este mismo siglo conocerá las facetas más destacadas de su proyección en América. Hay un gran declive del influjo pontificio en la vida universitaria, que se inicia cuando Paulo III le concede en 1543 facultad para reformar los propios estatutos y constituciones con aprobación de las dos terceras partes del claustro, pero ya la Universidad había promulgado sus primeros estatutos en 1538, a raíz de una visita realizada por orden real. La intervención regia en la vida universitaria iniciada con la *Concordia de Santa Fe*, se acentúa cada vez más, especialmente con la subida de Felipe II al trono. Se multiplican las visitas iniciadas en 1480 con el gobierno de los Reyes Católicos, que son el elemento principal de este intervencionismo directo de los reyes en la vida académica. Fruto de esas visitas son los distintos estatutos que se elaboran en esta época, que complementan las constituciones dadas por Martín V. Carlos I mismo la visitó personalmente como también lo hicieron otros monarcas. El 14 de octubre de 1538 la corona aprueba los primeros estatutos que elaboró la Universidad como cuerpo docente. En su composición intervino el maestro fray Francisco de Vitoria, según consta por el acta del claustro inserta en este cuerpo legislativo. Fueron la base jurídica de los que se redactaron después, y el complemento de las constituciones. Recogían todas las experiencias anteriores y las sugerencias indicadas en las dos visitas que la precedieron, uniendo las de la visita que realizaba entonces el deán de Córdoba.

Estos estatutos, junto con las constituciones de Martín V y los estatutos posteriores de 1561, fueron el fundamento principal del derecho universitario hispano-

LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA ALMA MATER DE LAS UNIVERSIDADES DE AMERICA



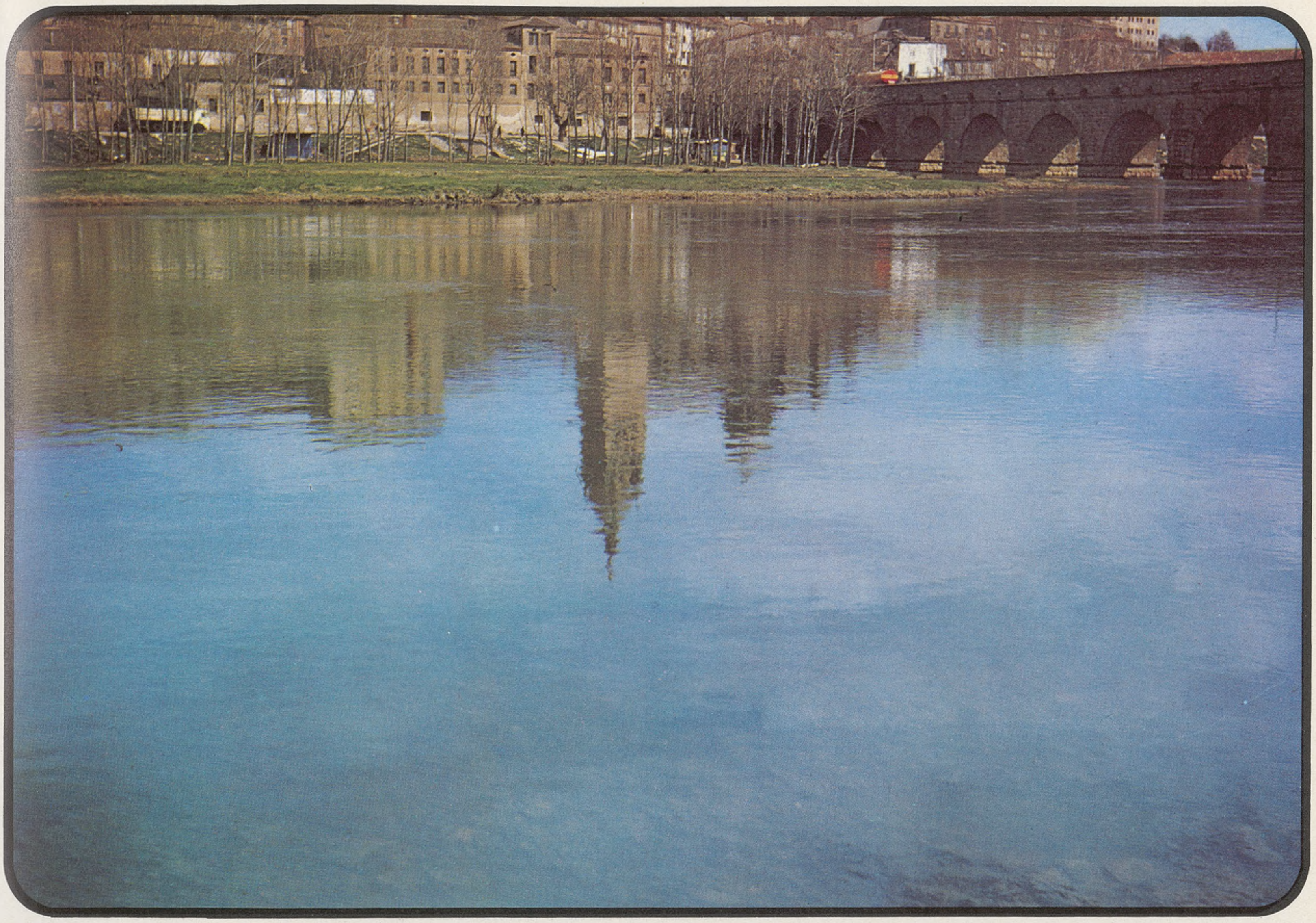
americano, especialmente del de Lima y México, cabezas principales y fundadoras de otras universidades que se inspiraron en ellas y a las que traspasaron la savia salmantina. Los más importantes del período fueron éstos de 1561, correspondientes a la visita de don Diego de Covarrubias y Leiva, célebre jurista, obispo de Ciudad Rodrigo, antiguo alumno y catedrático de la salmantina. Los estatutos de Covarrubias, aprobados por real cédula de 15 de octubre, son el índice del máximo desarrollo alcanzado. Toman como base la legislación anterior, reformando los puntos necesarios y cortando los abusos y desórdenes introducidos. En 1594 fue realizada la segunda visita importante del período, por el licenciado don Juan de Zúñiga. Se elaboraron nuevos estatutos, también de gran relieve en la historia universitaria, aprobados por el rey el 29 de octubre. Reformaron muchos de los anteriores, principalmente en lo relativo al plan de estudios.

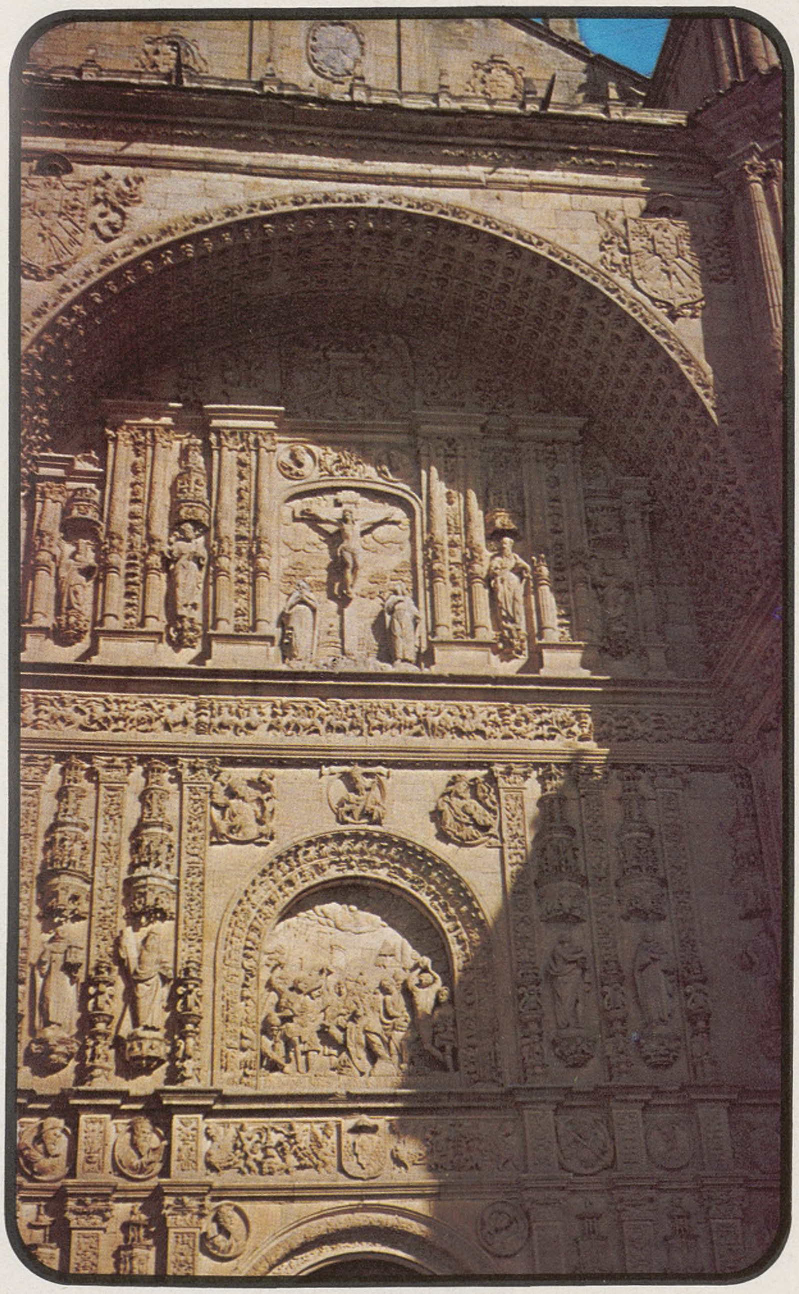
Los reyes se preocupan incesantemente por el cumplimiento de estos estatutos y constituciones. Las constituciones tienen más bien un carácter substantivo, que contrasta con el carácter verdaderamente adjetivo de los estatutos. Los estatutos no se oponen a las constituciones sino que en gran parte las complementan. Regulan la complejísima vida universitaria de la época. Esta misma complejidad y riqueza de organización y de alumnado no permitían a la Universidad anquilosarse y estancarse en una legislación que con el correr de los años necesitaba vitalidad y renovación, para no quedar anticuada. A eso se deben las distintas reformas de los estatutos a lo largo de la historia de la ilustre academia. Constituyen documentos interesantísimos para la historia cultural de un pueblo y de una época porque reflejan la mentalidad, ambiente, costumbres. Al estudiar los estatutos universitarios salmantinos vemos cuán prolijos y detallistas eran en prescribir aun las más mínimas observancias del régimen universitario, carácter que luego heredaron los estatutos universitarios hispanoamericanos principalmente los de México, que son los más ceremoniosos.

En esta etapa las luchas las encontramos entre las propias autoridades académicas, por el cumplimiento de los deberes respectivos, y luchas también, las más de las veces violentas, en las oposiciones a cátedra, y entre catedráticos. Tirantez hay con los colegios, que siguen aumentando su número.

La Universidad es como nunca antorcha luminosa de la cultura hispana. Es consultada por los reyes y por los papas. En sus aulas explican los grandes maestros, que llenan el siglo. Es un largo y glorioso desfile de excelsas figuras el que se va formando a la sombra de sus claustros, cuyo fruto precioso fue el *Siglo de Oro* español. El número de sus alumnos rebasa con creces en muchas ocasiones la cifra de cuatro mil. La máxima registrada en los libros de matrícula que se conservan en el archivo es la de 6.778 en el curso de 1584-85. Sus cátedras principales son más de sesenta sin contar otra multitud de actividades intelectuales. El lema universitario, *Omnium Scientiarum Princeps Salmantica docet* que aparece ya en este período en su escudo es fiel reflejo de la más auténtica realidad y nunca volvería a alcanzar una realización tan plena. En toda la Hispanidad universitaria no se ha conocido un caso semejante. Esta es la época en que los dos elementos —universidad y ciudad— se funden en una sola palabra, evocadora de luz, de saber y de grandeza: ¡Salamanca! La universidad lo llena todo y Salamanca era toda universidad. A su calor y a su impulso van surgiendo las grandes empresas españolas que constituyen los puntales más gloriosos de la cultura patria. Aparición de la primera gramática de nuestra lengua, elaborada por uno de sus maestros, Antonio de Nebrija, en 1492. Protección científica al descubrimiento de América. Difusión de la imprenta. Nacionalización del Renacimiento. Fundación de la famosísima escuela de teólogos españoles. Creación del derecho internacional. Gloriosa y fecunda presencia en el concilio de Trento. Y para finalizar esta lista, que sería interminable, proyección en Hispanoamérica seguida de una asombrosa floración de universidades filiales, la gran «epopeya» de la cultura española.

En el siglo XVII con motivo de la visita del doctor Juan Alvarez de Caldas, en 1601, se elaboraron nuevos estatutos, confirmados por reales cédulas de 16 de septiembre de 1603 y de 28 de febrero de 1604. Las reformas de Caldas fueron también muy variadas pero más breves en relación con las anteriores. Entre otras medidas, reformó completamente el plan de estudios de las regencias de artes. Poco después el licenciado Gilimón de la Mota en su visita de 1618 ordenó treinta y cinco nuevos estatutos, aprobados por real cédula del 20 de octubre. Sus reformas se refieren principalmente al cargo de diputado, aunque también afectan a otros puntos. El piadoso rey Felipe III fue el monarca español que más se interesó por la definición del dogma de la Inmaculada Concepción; para hacer mayor fuerza ante la Santa Sede encarga a la Universidad escriba al papa insistiendo sobre el mismo asunto. ¡Qué potencia veían los reyes en ella! La salmantina elabora una fórmula de juramento del misterio y un estatuto para que todos los que se gradúen juren que enseñarán y defenderán pública y privadamente que la Santísima Virgen fue concebida sin pecado original. El rey le da las gracias por ello y le comunica que el estatuto ha sido confirmado por el consejo de justicia y poco después lo confirma definitivamente. La Universidad celebró grandes fiestas y regocijos con motivo del establecimiento de este estatuto, práctica, como veremos, que será muy seguida y enraizada con gran celo en sus filiales de ultramar. Felipe IV, para evitar los abusos y sobornos quitó a los estudiantes el derecho a votar en la provisión de cátedras y dispuso que en adelante se proveyeran por el real consejo. Era el siglo de decadencia de la salmantina que daba motivos para que el estado interviniera más de cerca mermando su libertad e independencia. Como hecho notable de este período debemos también consignar la recopilación de los estatutos universitarios que se hizo en 1625. En esta edición figuran recopilados los estatutos de Covarrubias (1561), Zúñiga (1594), Caldas (1604) y Gilimón de la Mota (1618), excepto aquellos puntos que sufrieron reforma, más las constituciones de Martín V y bulas apostólicas y reales provisiones y cédulas. Como Covarrubias adoptó literalmente la mayor parte de la legislación de 1538, figuran como suyas en la recopilación cantidades de disposiciones que ya habían sido legisladas y aprobadas en los estatutos de 1538. A la recopilación precede una muy deficiente reseña histórica de la Universidad. Felipe IV imitó a su antecesor y padre, el rey Felipe III, en su celo por la definición del dogma de la



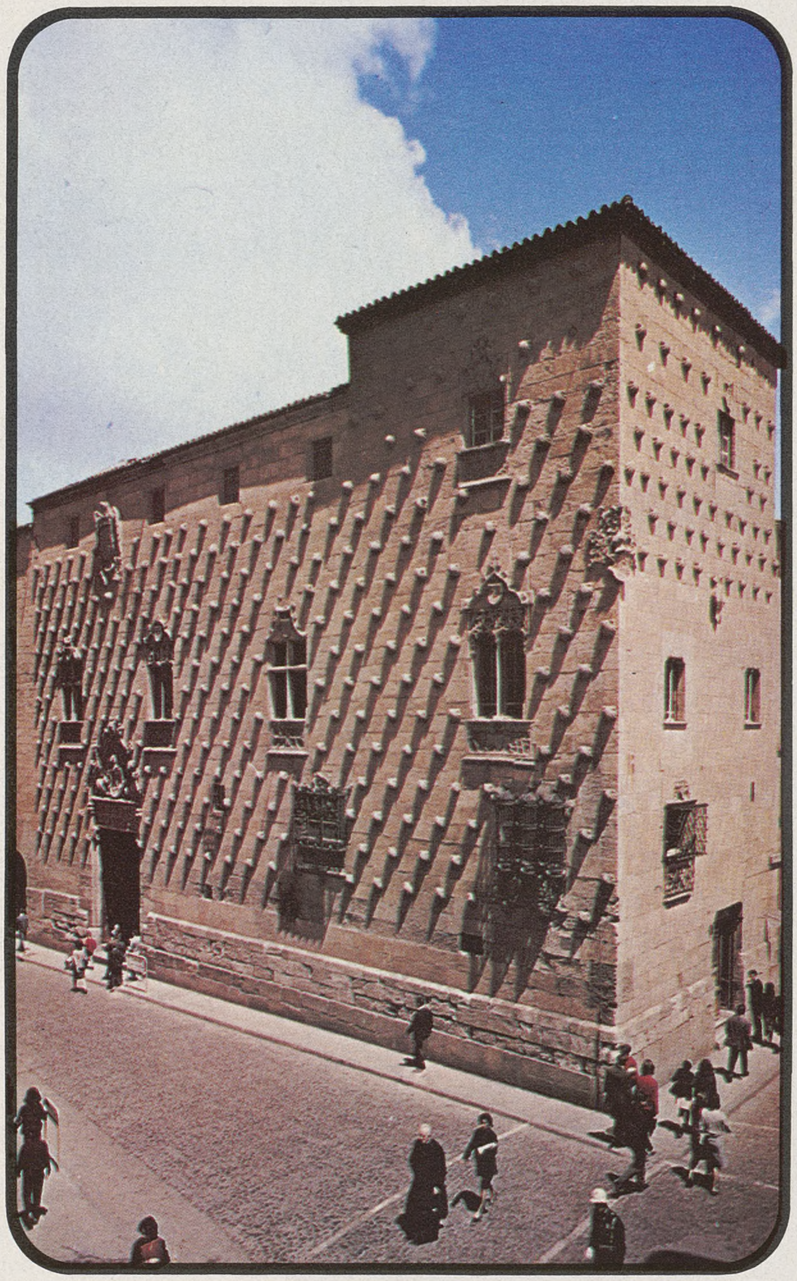




La riqueza arquitectónica de Salamanca corre parejas con la historia cultural de la ciudad. No hay, puede decirse, una sola calle salmantina en la que el transeúnte no quede prendado de alguna piedra singular, de una arquitectura poderosa, de un ambiente majestuoso y lleno de claridad.

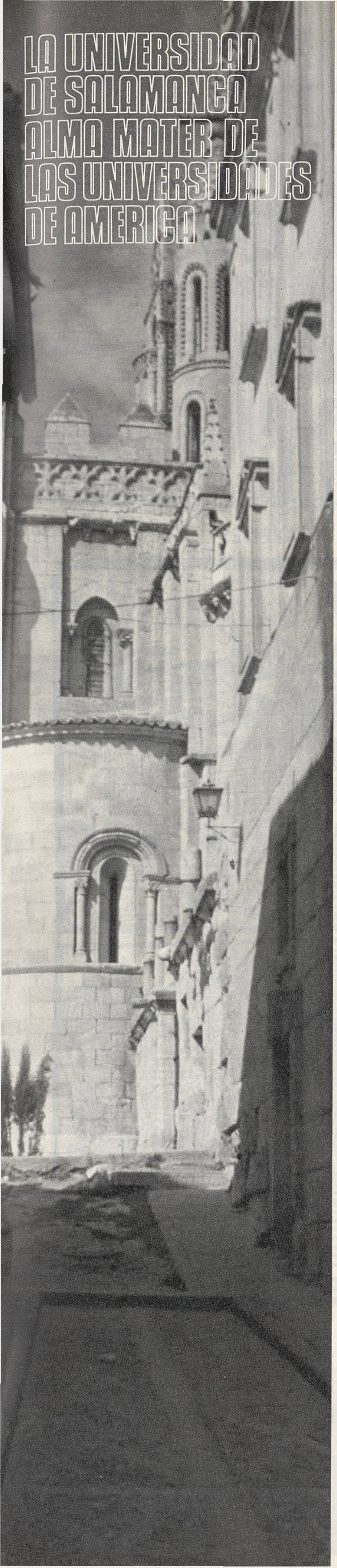






El perfil del conjunto arquitectónico de la catedral y otros edificios, se levanta de manera inolvidable a la vista del viajero. Y la Casa de las Conchas, una de las glorias artísticas de Salamanca, no es sino un testimonio señero, pero no único, en la muchedumbre de belleza que nos acoge en la maravillosa cuna de las Universidades de América.

LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA ALMA MATER DE LAS UNIVERSIDADES DE AMERICA



Inmaculada. Con respecto a la salmantina, hace hincapié para que todos los graduandos hagan el juramento de enseñar y defender este misterio, bajo pena de no ser recibidos a los grados ni admitidos a regentar cátedras si se negaran a ello, lo que la Universidad impuso con entusiasmo y rigor, lo mismo luego sus émulas las hispanoamericanas. En los reinados que siguieron hasta Carlos III fue progresiva la decadencia de la Universidad. Los reyes que se sentaron en el trono español continuaron la misma trayectoria de los anteriores en cuanto a la intervención en la vida universitaria.

Carlos III sometió a reforma radical las bases fundamentales de la organización universitaria. Sus importantes reformas, que no se apartan en sus líneas principales de la tradición, le dieron nuevo pero transitorio esplendor. Afectan a las autoridades académicas, plan de estudios, oposición a cátedras, grados, etc. Una revisión completa de la vida académica. En 1771 fue puesto en vigor el nuevo plan de estudios. En él se trataba de conservar en lo posible las costumbres antiguas. Fue aprobado con las reformas introducidas por el fiscal del consejo, Campomanes, a cuyo examen fue sometido. A raíz de la expulsión de los jesuitas, hecho que comunicó a la Universidad, le ordena extinguir de ella, como de todos los estudios del reino, las cátedras de la escuela jesuítica y prohíbe que se use de los autores de la compañía para la enseñanza. Por real cédula del 23 de mayo de 1767 recomienda a la Universidad el libro *Incommoda probabilismi*, escrito por el dominico fray Luis Vicente Mas de Casavalles, catedrático de prima de la Universidad de Valencia, en que impugna la doctrina del regicidio y tiranicidio. El consejo resolvió que todos los graduandos y catedráticos de las universidades, antes de posesionarse de su cátedra, hicieran el juramento de observar y enseñar la doctrina contenida en la sesión quince del concilio de Constanza, celebrado en 1415, y no oír ni enseñar la del regicidio y tiranicidio contra la legítima autoridad. Ambas comunicaciones y órdenes las veremos también hechas extensivas a las de Indias.

En esta última etapa de la reseña histórica se inicia la decadencia de la Universidad. En el primer tercio del siglo XVII todavía conservaba mucho del pasado fulgor, pero a partir de entonces la decadencia aumenta progresivamente, y va paralela a la ruina política de la nación. La salmantina había quedado al margen de los adelantos científicos de la época, entregada a un puro formalismo en el saber y a las luchas internas que degeneraron a veces en debates sangrientos. Todavía en el siglo XVII enseñan y estudian en sus aulas figuras notables, pero el número de alumnos va disminuyendo hasta sólo alcanzar la cifra de dos mil al finalizar el siglo, debido entre otras razones a las luchas y rivalidades y sobre todo al traslado de la universidad de Alcalá a Madrid, residencia de la corte. Aparece de nuevo el dualismo universidad y ciudad. Son numerosas las reyertas entre vecinos y estudiantes, produciendo muertos y heridos de lo que no se escapó ni el corregidor. Menudean los pleitos de la Universidad con los colegios mayores, cada día más poderosos, con el ayuntamiento, el cabildo catedral y con otros organismos. La vida universitaria se reduce a rencillas entre órdenes religiosas y a preocupación exagerada por las ceremonias y etiqueta. El regalismo caprichoso de los últimos reyes de la casa de Austria también contribuye a precipitar la ruina de la salmantina.

En el último tercio del siglo XVIII las reformas de Carlos III, el plan de estudios de 1771, que no se aparta en lo fundamental de la tradición, dan a la Universidad un nuevo resurgir que llega hasta la guerra de la Independencia, volviendo a ser Salamanca el centro más importante de la cultura patria. Lástima que no hayan tenido mayor vigencia, pues hubieran conducido a la Universidad a un nuevo siglo de oro. Los sucesores de Carlos III no se preocuparon por continuar su obra organizadora. A finales del siglo XIX vuelve a despertar la Universidad de esa larga decadencia, en la que había permanecido extenuada, podríamos decir, por el inmenso peso de sus glorias. Este renacimiento intelectual salmantino sigue animando «la llama inextinguible del Estudio» y enrutando sus pasos por nuevos caminos de saber y de grandeza.

Al calor del *Alma Mater* salmantina y como una prolongación de ella, nacen, se desarrollan y se extinguen durante cinco siglos los colegios universitarios. Como instituciones docentes incorporadas a la Universidad estuvieron intensamente ligadas a su vida y completaron su labor formadora. Mientras se mantuvieron en la piedad, el estudio y la disciplina, prestaron grandes servicios a la cultura patria. De ellos salieron muchos de los hombres de valer que formó Salamanca, santos, sabios, hombres de temple para el gobierno, tanto eclesiástico como civil. No pocos pasaron a América en misión de evangelización y cultura, en la mayoría de los casos investidos de cargos muy importantes.

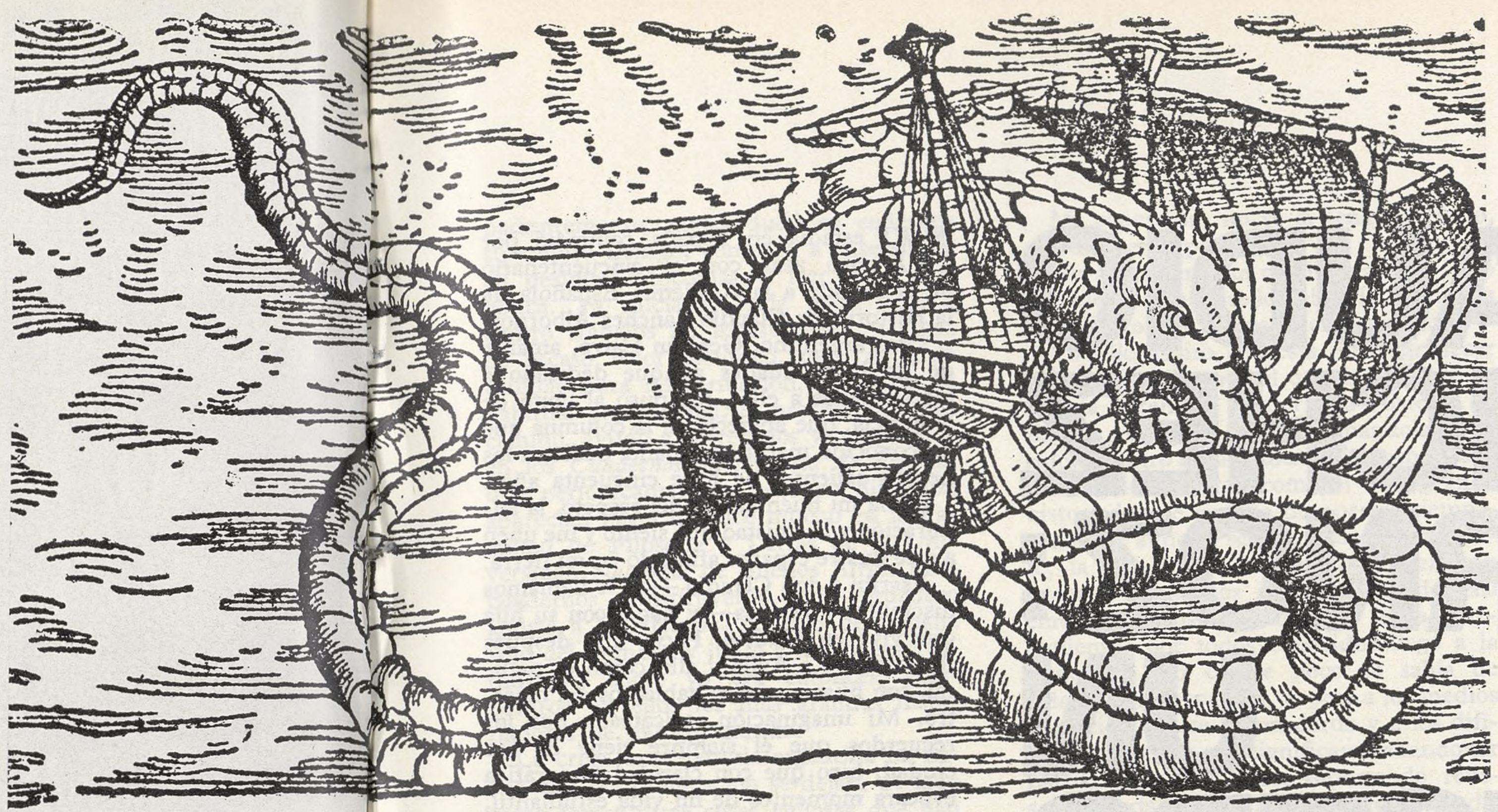
Unos eran colegios religiosos y otros seculares. Entre los primeros había órdenes monásticas, canónigos regulares, órdenes mendicantes, redención de cautivos, clérigos regulares y congregaciones religiosas, más el grupo especial de las órdenes militares. Entre los seculares los había dedicados a la formación clerical de un modo exclusivo, precursores de los seminarios tridentinos. Otros, clasificados de mayores y menores, según la amplitud de sus privilegios, recibían a toda clase de escolares.

Los colegios seculares fueron creados, según la mente de sus fundadores, para impulsar los estudios universitarios y facilitar el acceso a las aulas a los estudiantes que carecían de medios suficientes para proseguir sus estudios. Pero más tarde torcieron este grandioso ideal, fueron perdiendo este carácter de pobreza y se convirtieron en los colegios más aristocráticos. De los seis colegios mayores españoles, cuatro eran salmantinos, todos hijos e imitadores del Colegio Mayor de San Bartolomé, que a su vez se inspiró en el de San Clemente de Bolonia. Se le llamaba también el Viejo, por ser el más antiguo de los colegios mayores españoles. Le siguieron el Mayor de Santiago el Zebedeo o de Cuenca, el de San Salvador de Oviedo y el del Arzobispo o de Santiago el Zebedeo, que fue el modelo conforme al cual fundó el arzobispo fray Cristóbal de Torres el Mayor del Rosario de Santafé, en el Nuevo Reino de Granada, en cuyas constituciones se basó. También fueron fundados en Salamanca numerosos colegios menores.

La etapa fecunda y gloriosa de fundación de colegios en torno a la vieja escuela salmantina, se inicia en el XIV, tiene su plenitud en el XVI y declina en el XVIII.

A. M. R. C., O. P.

LA IDEA DEL PARAISO EN LA CONQUISTA DE AMERICA



Por CARLOS GIGIREY PAREDES

EL gusto por la maravilla y el misterio casi inseparable de la literatura de viajes en la era de los grandes descubrimientos marítimos, ocupa espacio singularmente importante en los escritos quinientistas de los castellanos sobre el Nuevo Mundo. Desde la narración que el propio Colón hizo de su descubrimiento hasta el *Paradiso en el Nuevo Mundo* de León Pinelo escrito en Perú entre 1650 y 1655 pasando por Gómara, Francisco de Xerez, Ruy Díaz de Guzmán, Antonio de Herrera, Carvajal, Las Casas o Acuña, la sospecha de que las tierras recién descubiertas se escapaban por completo a las coordenadas mentales a que estaban acostumbrados los europeos, hizo caer a los cronistas castellanos y no castellanos en la tentación casi irresistible a contemplar el Nuevo Mundo bajo el prisma de las tierras encantadas de la fantasía medieval.

Pero no era sólo lo fantástico lo que tendía a encajarse entre lo europeo y lo americano. Si lo desconocido había de ser relacionado con algo más que con lo extraordinario y lo monstruoso esta relación debía hacerse por vía de los elementos más sólidamente establecidos de la herencia cultural europea. Y por supuesto sólo las tradiciones cristiana y clásica eran las que estaban en condiciones de mostrar un inmejorable punto de partida para cualquier evaluación de las Indias. El proceso de trasmutación de mitos comenzó en el mismo momento en que Colón avistó por primera vez las islas del Caribe. Las alusiones al Paraíso y a la Edad de Oro estuvieron presentes desde el primer instante.

Se sabe que para los teólogos de la Edad Media, el Paraíso Terrenal no representaba sólo un mundo intangible, incorpóreo, perdido en el comienzo de los tiempos o alguna fantasía vagamente piadosa. Por el contrario, se trataba de una realidad aún presente en algún sitio recóndito pero afortunadamente accesible. Dibujado por numerosos cartógrafos, buscado con ahínco por viajeros y peregrinos, pareció descubrirse por fin en los primeros contactos de los españoles con el Nuevo Continente. El hecho de que esta idea estaba continuamente presente en la imaginación de los navegantes, exploradores y pobladores lo denuncian las primeras narraciones de viajes y los primeros tratados descriptivos en los que en todo momento se reitera el mismo tópico de las visiones del Paraíso que, inaugurado en el siglo IV en un poema latino atribuido a Lactancio y más tarde desarrollado por San Isidoro, alcanzará, sin sufrir mudanzas apreciables, notable longevidad.

En efecto, entre los escritores peninsulares de la Edad Media hay toda una línea continuada de perseveración del mito que arranca en medios hispánicos de las Etimologías isidorianas, pasa por los Milagros de Nuestra Señora de Berceo, algún poema de Don Juan Manuel y llega al *Diario* de Cristóbal Colón, para ser luego retomado por Las Casas en su Historia comenzada a escribir en 1527.

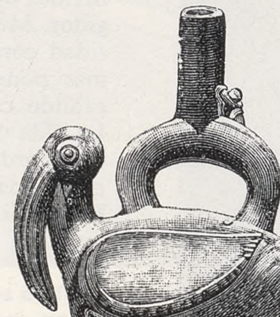
El punto de partida para las descripciones medievales y renacentistas del Paraíso se encuentra, naturalmente, en el Génesis donde se narra cómo habiendo creado Dios al hombre en quien insufló el aliento de la vida y lo hizo así alma viviente, plantó para su habitación un huerto «de la banda de Oriente». Del mismo huerto sale un río que se dividía al dejarlo en cuatro brazos: El Fisón que rodea la tierra de Hacila, donde hay oro y



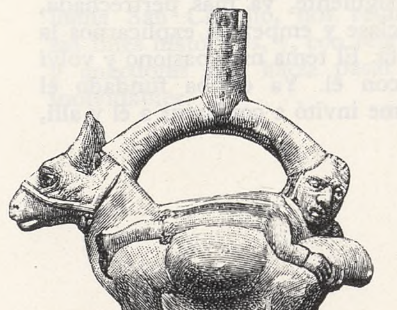




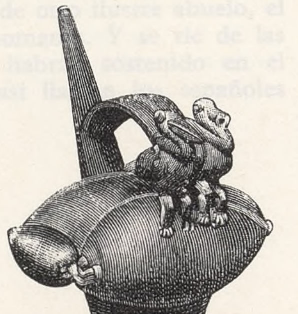












piedra sardónica; el Gión que rodea toda la tierra de Cush; el Hidequel que corre para el este de Asiria y finalmente el Eufrates. Sobre este núcleo inicial perteneciente al Génesis ampliado con trazos originales del Apocalipsis y después de nuevos y sucesivos atributos tomados generalmente de las creencias del paganismo grecolatino (no olvidemos el cuadro de la Edad de Oro que se ostenta en el Pórtico de las Metamorfosis) se irán engastando poco a poco los juicios interpretativos de los padres de la Iglesia y de los teólogos para formar, finalmente, la idea medieval del Paraíso Terrestre cuyos elementos constitutivos son el perfecto acuerdo entre todas las criaturas que en él habitan, la feliz ignorancia del bien y el mal, la ausencia de todo trabajo penoso y fatigante, la ausencia del dolor físico y la muerte, la eterna primavera, la abundancia de metales preciosos, la fuente Juventa, la Sierra del Oro y un largo etcétera de múltiples caracteres más de plural origen. Cuando Colón se lanza a la aventura americana, lo que por supuesto él no sabía, no estaba lejos de todas estas concepciones corrientes durante la Edad Media acerca de la realidad física del Edén y por ello él lo situaba en algún lugar del globo. Y nada lo desprendió de la idea verdaderamente obsesiva en sus escritos de que precisamente las nuevas Indias para donde lo guiara la mano de la Providencia, se situaban en la orla del Paraíso Terrenal.

El espectáculo que más fuertemente le impresionó en La Española, por ejemplo, fue la hermosura de aquella tierra cubierta de árboles de mil maneras, tan altos que tocan el cielo y que, según creía, jamás pierden hoja (tengamos en cuenta que él los ve en noviembre). Se trata de un trazo inseparable del paisaje edénico, el de la eterna primavera. Delante del Cabo Hermoso exclama extasiado: «Y llegando yo aquí a este cabo, vino un olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra que era la cosa más dulce del mundo.» El gentío de Cuba es a su vez un pueblo «de amor y sin codicia y convenible para toda cosa... que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra; ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo y mansa y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mujeres como sus madres los parieron». Ni siquiera falta en esas descripciones el ruiseñor canoro, pájaro en verdad desconocido en aquellos parajes, pero que constituía desde la literatura helenística un atributo fijo e inmutable de las primaveras poéticas, de los bosques umbríos y de los jardines de delicias.

No es de extrañar que con tales presupuestos a la vista de Haití, Colón se creyera en la bíblica Ofir. La interpretación dada a los nombres indígenas afirmará su obstinada convicción fruto de su segunda idea fija, de que había llegado al Extremo Oriente. Cibao, por ejemplo, sería una simple variante fonética del Cipango de Marco Polo y en el propio nombre de *caníbales* asociado a los indígenas más intratables de aquellas islas, llegaba a descubrir una alusión evidente nada menos que al Gran Can de Tartaria.

El propio oro, tan vivamente presentido y ya tocado con la imaginación, aún antes de dar de sí muestra menos equívoca que la

(pasa a la pág. 78)

CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ: UN MAESTRO

Por MARIA DEL PILAR LAGUZZI RUEDA

Mi estadía en España coincidió por puro azar con el cincuentenario de la llegada a la Academia Española de la Historia, de Claudio Sánchez Albornoz.

Otro argentino, Germán Calvo, amante de las humanidades aunque dedicado a tareas ajenas a ellas, me puso al tanto de la noticia, que aparecía en la columna que un conocido matutino español dedica a los hechos salientes de hace cincuenta años.

Sabía mi buen amigo del respeto, la admiración y la amistad que siento y me unen a este ilustre español afincado en mi tierra.

Escribí a don Claudio —así le llamamos discípulos y amigos— y hablé con su hija que vive en Madrid. Pocos días después iba con ella a Avila y allí, como es natural, con hijas y yernos hablamos del maestro. Mi imaginación, acicateada por los recuerdos que él siempre tiene de esa ciudad, hizo que con claridad fotográfica evocara momentos de mi vida estudiantil, y naturalmente, unida a esa evocación, está la figura de Sánchez Albornoz por ser, a no dudarlo, el impacto magistral más importante de mi carrera universitaria. También porque conocí Avila sin verla, a través de sus relatos y manejando documentos bajo su riguroso control, para hacer un pequeño trabajo de investigación histórica.

Recordé cómo llegué a frecuentarlo. Mi padre, que había seguido unos cursos que dictó en Buenos Aires en 1933, lo admiraba por su erudición y amenidad, y siempre lo recordaba.

Al enterarme de que iniciaba clases en la Facultad de Filosofía y Letras, sentí la tentación de oírlo y asistí a ellas; pero mis conocimientos en materia de Historia Medieval eran tan precarios (recién regresada del colegio secundario donde sólo me enseñaron algunas generalidades) que me era dificilísimo o casi imposible seguirlo; en dos ocasiones hube de abandonar el intento de adentrarme de su mano en la Historia de España.

Aún veo su señorial figura ataviada sobriamente de negro, el porte distinguido, la frente inteligente y los ojos vivaces tras los cristales de sus gafas.

Me llamaban la atención los movimientos elegantes de sus hasta hoy (a los ochenta y dos años) hermosísimas y expresivas manos.

Con voz suave, que subía de tono por el entusiasmo, explicaba el devenir de los acontecimientos con rapidez y naturalidad. Luego de la clase conversaba con cada uno de nosotros.

Me intimidaba el que todos los asistentes fueran mayores que yo, pero no quería abandonar lo que intuitivamente me parecía interesante.

Un día, pese a mi timidez ante el maestro, le confesé mis dudas de poder continuar, porque no entendía mucho de lo que él decía; con sus habituales bromas y su poder persuasivo me convenció para que siguiera y me recomendó algunas lecturas.

Al año siguiente, ya más pertrechada, volví a la clase y empezó a explicarnos la Reconquista. El tema me apasionó y volví a hablar con él. Ya estaba fundado el Instituto, me invitó a concurrir a él y allí,

pacientemente, nunca dudó en cedernos su valioso tiempo, comenzó a enseñarnos en pésimas fotocopias, a leer letra visigótica. Ya iniciada, pude hacer tres o cuatro trabajos de investigación, tal vez de escaso valor histórico, pero de gran utilidad para mi formación, pues con su habitual generosidad, el profesor me encaminó, ayudó a corregirlos y los publicó en los *Cuadernos de Historia de España*, que periódicamente y bajo su dirección aparecían hasta no hace mucho en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Esos cuadernos constituyeron un verdadero aporte a la Historia, no sólo de España sino del mundo; y junto a los jóvenes estudiosos, como yo era entonces, colaboraron en ellos los más grandes historiadores de todo el mundo.

La crisis universitaria argentina ha hecho que esa publicación se dejara de lado como tantas otras cosas valiosas que han desaparecido. La consulta de los índices de los *Cuadernos* puede probar mi afirmación a quienes los desconozcan.

La apertura y la simpatía del maestro atrajo mucha gente al Instituto y los pocos que empezamos pronto fuimos seguidos por muchos más.

Funcionaba en un local precario que don Claudio, con su habitual sentido del humor, llamaba «buhardilla» a veces y otras «palomar»; el hecho es que en invierno padecíamos frío y en verano calor. Lo que siempre se mantuvo fue su mala iluminación. Pero con todo, gracias al profesor, era un verdadero centro científico en donde aprendimos la seriedad y el rigor de su método, el no aferrarnos a ninguna teoría, sino el estudiar sobre las fuentes y, antes de lanzar una opinión, realizar la comprobación de lo sostenido.

A través de sus lecciones se avivó el amor a España y surgieron verdaderas vocaciones de investigadores. Algunos quedaron en el camino; otros, como María del Carmen Carlé o Hilda Grassotti, son hoy día auténticas discípulas y seguidoras de los rumbos del maestro.

Las lecciones de don Claudio suscitaban el mayor interés; contagiaba su entusiasmo y nos animaba a aprender. El trato que nos brindaba era tan cordial que se creó entre todos y con él un auténtico vínculo de amistad. Se ocupaba no sólo de nuestra formación histórica, sino del desarrollo de toda nuestra actividad universitaria. Estaba atento a la marcha de nuestros trabajos en todas las materias, así como del resultado de nuestros exámenes y labores y de los más mínimos problemas personales; le apasionaba seguir nuestra vida sentimental pues decía que en Madrid se habían casado todos sus discípulos y que quería continuar la tradición en la Argentina. Frecuentaba las casas de todos los que trabajábamos con él; conocía a nuestras familias y su casa estaba y está dispuesta a recibirnos siempre

El 7 de abril, su cumpleaños, que el llama San Claudio, nos reunía a todos sin fines históricos, y, con relatos, bromas y anécdotas nos hacía pasar momentos inolvidables.

Mi evocación, no sé si tengo derecho, es puramente personal.

No soy ni erudita ni historiadora. Creo que ese homenaje se lo deben la Academia de la Historia y las instituciones afines.

Yo sólo aspiro con esta nota agradecer a Sánchez Albornoz el que a través de su ciencia aprendí a querer a la Historia de España, conociéndola y palpándola a su lado, y aspiro a que quienes frecuentan sus obras y lo admiran como el más grande historiador de España de nuestro tiempo, conozcan aunque sea muy superficialmente, la dimensión humana de quien con premios y méritos y a la edad de casi cincuenta años, llevados por los acontecimientos por todos conocidos llegó a la Argentina, en donde poco se sabía de Edad Media española, y, pese a los medios precarios que se le brindaron y a los difíciles problemas que significaron abandonar patria, padres e hijos, soportando reveses de toda índole, siguió día a día dedicando esfuerzos para gloria de la historia de su país y para gloria del mío, pues es allí donde ha desarrollado su labor más importante.

Ardua fue su tarea. Carecía de material documental y a nadie escapa que sólo investiga sobre las fuentes; en un último libro se lamenta de no haber podido culminar una obra por no poder consultar toda la documentación que necesitaba porque eso le hubiera obligado a abandonar sus clases y permanecer en Europa más tiempo del que le estaba permitido.

Muchos de nosotros obtuvimos becas, y de esa manera fichamos unos, fotocopiaron otros, lo que el maestro nos indicaba. Generosos amigos le hicieron llegar materiales y así pudo producir los serios y valiosísimos trabajos que ocuparon más de treinta años de su vida.

Muchas veces en tono jocoso y otras con profunda melancolía nos relató su biografía. Trataré de sintetizarla.

Hijo de abulenses, nació en Madrid en 1893. De pequeño fue llevado a su amada Avila y allí hizo sus primeros estudios siendo destacado siempre.

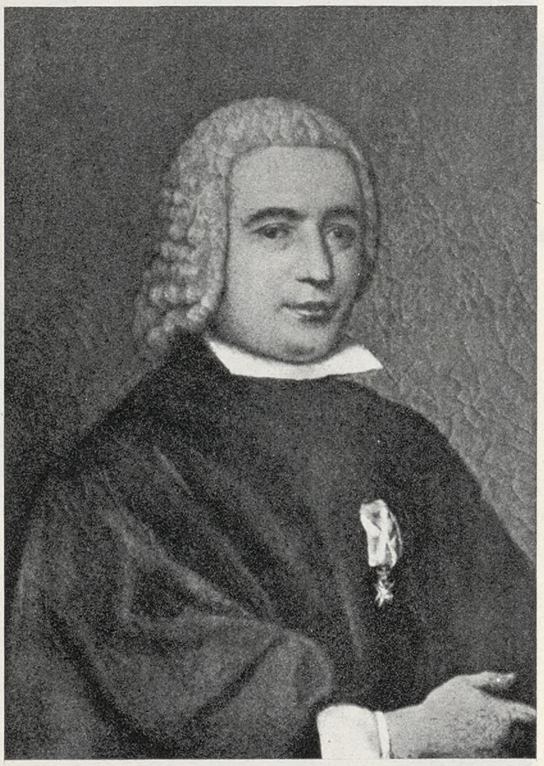
Casi era un niño y ya comenzó a incursionar en la historia. Se trasladó a Madrid para estudiar Derecho y, comenzados sus estudios se inscribió en la Facultad de Filosofía y Letras con el fin de acrecentar su cultura.

Allí conoció a Hinojosa, en 1911, y ese contacto fue el que lo llevó a no abandonar más la historia medieval, pues entendió que era su camino.

Una de sus discípulas argentinas, seguidora de la trayectoria del maestro y continuadora de su labor, Hilda Grassotti (1) publicó en el tomo de Homenaje que le dedicó la Universidad de Buenos Aires con motivo de los setenta años del profesor, una muy completa biografía; de ella extraigo estas líneas: «Pertenecía a una familia de políticos y generales. El se siente orgulloso de su abuelo Gillamas que peleó en Lepanto y en Flandes y fue secretario de Juan de Austria y de Alejandro Farnesio; y de otro ilustre abuelo, el Conde de Campomanes. Y se ríe de las «agarradas» que habrán sostenido en el «otro barrio» —así llaman los españoles



Don Claudio Sánchez Albornoz en su estudio, en Buenos Aires.



El Conde Campomanes, uno de los abuelos de Claudio Sánchez de Albornoz. Debajo, el escudo de los Guillamas, en el Convento de la Adoración, en Avila.



a la otra vida— abuelos de ideas tan contrapuestas un hidalgo segoviano que logró ser millonario antes de 1808 acaparando lanas y vendiéndoselas a los ejércitos de Napoleón, hizo retratar a su cocinero francés M. Jean, y que, afrancesado, murió exiliado en París, y un hidalgo salmantino que organizó una «Partida» contra los franceses, quienes le quemaron la casa y destruyeron sus bienes y estuvieron a punto de matarle, y un asturiano firmante del «Manifiesto de los Persas» que confinado a Avila durante tres mal llamados años, murió mientras los progresistas le cantaban el «Trágala, trágala tú servilón, tú que no quieres constitución», y un vasco liberal, masón y colaborador de Mendizábal, pero que murió pobrísimo por no haber querido comprar bienes nacionales. No le tentaba la milicia e iba a ser abogado. Pero para ampliar su cultura estudió también Filosofía y Letras en el 3er año tropezó con Hinojosa y éste afirmó su vocación de historiador.»

El mismo, en un libro de ensayos *De Carlomagno a Roosevelt* (2) de forma, que en otra obra de la misma índole *Españoles ante la historia*, llama impresionista, señala así el encuentro: «Otoño. Tibio sol. Calles ruidosas. Simones y manuelas arrastrados por pencos matalones. Pregones de vendedores ambulantes. Miradas masculinas, chispeantes de deseo. Un viejo caserón que fue de jesuitas. Una escalera que preside la estatua de Cisneros. Bullicio estudiantil. Alguna toga. Un aula. Un grupo de muchachos en unos duros bancos. Y al otro lado de una mesa un rostro venerable encuadrado por un cabello argénteo y una barba de plata, dos ojos fatigados tras los gruesos cristales de unas gafas y una palabra luminosa y magistral, que por primera vez después de un estío perezoso, diserta sobre el hispano medioevo.»

A los veintiún años se doctoró en Historia con premio extraordinario. A los veintitrés ganó las oposiciones a Archivos. A los veinticinco fue catedrático numerario de la Universidad de Barcelona. A los veintisiete ocupó en Madrid la cátedra que había sido de Hinojosa. En 1921, Menéndez Pidal le pidió que se presentara a un concurso que, para otorgar el premio nacional patrocinaban las Academias de Letras y de Historia; el tema «Covadonga. Historia del reino de Asturias y de sus instituciones.» Acababa de casarse con doña Concepción Aboin, y con ella se lanzó a la búsqueda de documentos recorriendo el Noroeste de la península y empleando para ello los medios de comunicación más incómodos y primitivos. Presentó su obra en cinco tomos. En 1923, casi mientras nacía su primer hijo, Menéndez Pidal le comunicó que se le había otorgado el premio. En 1925 lo eligieron miembro de la Academia de la Historia adonde ingresó en abril de 1926 leyendo su obra *Estampas de la vida en León hace mil años*. Lo recibió don Ramón Menéndez Pidal. Ese mismo año comienza a publicarse en Madrid el *Anuario de Derecho Español* por iniciativa suya.

En 1931, ya instaurada la República, fue diputado por Avila. En 1932 muere su esposa. Lo nombran consejero de Instrucción Pública, después rector de la Universidad de Madrid. Cuando en 1933 estaba dictando un curso en Buenos Aires, tres agencias noticiosas le comunican que lo habían nombrado ministro de Asuntos Exteriores.

Frecuentaba Portugal, y allí tenía serios vínculos intelectuales. Había publicado *La Curia Regia Portuguesa*. Las relaciones de la República española con el país vecino no eran buenas; lo consideraron el más indicado para limar asperezas y lo nombraron embajador en Lisboa. Allí lo encontró el estallido de la Guerra Civil.

Siempre le he oído repetir una frase de un gran pensador cordobés, de origen español —premuslim Ibn Hazm—, quien ante la guerra entre sus compatriotas escribió: «La flor de la Guerra Civil es infecunda»; esa convicción seguramente lo llevó a no querer participar en la contienda. Le dieron una cátedra en la Universidad de Burdeos de la que era doctor «honoris causa».

Durante los años de su brega política igual siguió produciendo historia: dio a luz a unas catorce publicaciones, casi todas monografías. Escribió su *Aybar Maÿmüa. Problemas historiográficos que suscita* y dictó conferencias.

En Burdeos redactó *En torno a los orígenes del feudalismo.*

Cuando la invasión alemana a Francia, debió dejar este país. Sus padres habían vuelto a España después de la Guerra Civil y ahora envió a sus hijos con ellos.

Después de muchos sinsabores, ayudado por la Fundación Rockefeller y la Institución Cultural Española de Buenos Aires, llegó a Argentina en 1940.

Trabajó primero en la recién fundada Universidad de Cuyo, en Mendoza (1940-1942) y desde 1942 en Buenos Aires.

Para él crearon la Cátedra y el Instituto de Historia de la Cultura Medieval y Moderna y que después se transformaría en el Instituto de Historia de España. En 1944 se casó con una argentina, Delia Casco Miguelena, y ese mismo año, comenzó la publicación de los *Cuadernos de Historia de España*, que pasan los cincuenta tomos. En Argentina se publican *En torno a los orígenes del Feudalismo* (tres tomos) y el *Ajbar Maÿmüa*. A éstos siguieron *Ruina y extinción del Municipio Romano e Instituciones que lo reemplazan, El «stipendium» hispanogodo y los orígenes de beneficio prefeudal, La España musulmana, España, un enigma histórico, Orígenes de la Nación española* y cientos de títulos de monografías de capital importancia para la historia. También publicó varios ensayos.

Estamos de acuerdo con su biógrafa del citado homenaje; es en Buenos Aires donde recibió los mayores galardones de su vida; señalemos algunos.

Cuando llegó era doctor «honoris causa» de la Universidad de Burdeos y miembro de la Academia das Ciencias de Lisboa; trabajando entre nosotros fue designado miembro de la Académie des Inscriptions et Belles Lettres del Instituto de Francia, doctor «honoris causa» de la Universidad de Lima, profesor honorario de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, miembro de la Medieval Accademy

of History de los Estados Unidos, de la Hispanic Society de New York, de la Academia de Historia y Geografía de Chile y de la Accademia Spoletina. Doctor «honoris causa» de la Universidad de Gante, miembro de la Accademia Lincei, etc. En 1971 recibió el Premio Feltrinelli que culminó a los otros que ya había recibido.

Ha dictado cursos y cursillos en casi todas las Universidades de Europa y América; pero en mi país fundó una verdadera escuela. Con su certero método, riguroso, pero siempre dispuesto a aceptar y corregir su teoría si comprueba que ha errrado, enseñando a los jóvenes a bucear en las fuentes de la historia y a no aferrarse a teorías sino a efectuar comprobaciones en los orígenes, a revivir los momentos de los pueblos en su totalidad, no ajustándose tan sólo a un episodio sino reviviendo sus instituciones, su economía, sus comunicaciones, sus expresiones culturales y artísticas, siempre sobre el veraz estudio de los documentos. Nunca se dejó tentar por teorías novedosas, pero tampoco las rechazó y no siente ningún rubor en reconocer la verdad de ellas aunque para ello deba rectificar conclusiones obtenidas en su caminar por los acontecimientos históricos.

A veces, mientras investiga, encuentra motivos que llevan a hacer investigaciones que no sospechaba y que dan lugar a nuevos temas. No duda en rastrearlos o entregar los temas nuevos generosamente a sus discípulos y colaboradores para que los investiguen. Más de una vez he tenido en mis manos, siendo joven estudiante, originales de obras y notas que me brindaba sin dudar, para mis trabajos o exámenes. (Recuerdo que cuando cursaba Primer Año de Filosofía y Letras y debía dar «Introducción a la Historia» me prestó una carpeta con notas y me dijo: «Si tiene que hablar de esto y dice lo que sostengo, se sorprenderán; son comprobaciones mías aún inéditas. Si la contradicen, dígales —se refería al tribunal examinador— que yo soy el autor de lo que usted sostiene.») Hasta ese punto llega su desinterés y su amistosa entrega de maestro.

En el «Homenaje en el centenario de Hinojosa» que publica en *Españoles en la Historia* (3) afirma lo que creo explica su labor magistral: «Nuestro deber estriba en consagrar toda nuestra energía vital al progreso y a la difusión de la ciencia patria y en mi caso al progreso y difusión de la ciencia de las dos patrias de que la Providencia me ha dotado: España y la Argentina y como ellas a la común Hispanoamérica. Yo estoy orgulloso de haber cumplido ese deber en el nombre de Hinojosa siguiendo su trabajo intensivo, continuando su aventura de injertar el espíritu europeo en el de España conforme a lo que pudo ser el lema de su esfuerzo: «sostenello y enmendallo» y manteniendo —católico como él— la mano tendida a cuantos han trabajado y trabajan por la ciencia hispana sin sañas partidistas. Que su nombre prosiga guiándome en la larga labor que aún me espera, si la Providencia me diera más plazo que le diera a él.»

El plazo es mayor. Añorando a su patria grande y a Avila, la patria chica, vive a los ochenta y dos años en Buenos Aires trabajando sin descanso en su austera casa de la calle Anchorena. En una carta que recibí no hace mucho, me dice: «Sólo pido a Dios morir en paz y sin sufrir mucho.»

Menéndez Pidal (4) en el discurso de recepción a la Academia hace cincuenta años, le decía: «La mayor parte de los hombres proceden por una serie de esfuerzos discontinuos cada uno de los cuales acude voluble a un objeto diverso: inician sendas en las busca de intereses inmediatos, y a poco de empezadas a abrir, pierden su dirección y las abandonan para emprender otras que miran a opuestos puntos del horizonte. Los que así desarrollan un esfuerzo insigne son los que afrontan o resuelven las urgentes necesidades del momento, los que se mueven entre las multitudes abriéndoles perspectivas de urgencia inmediata.

Muchos menos hombres, en cambio, apartan de si la turba estorbosa de las solicitaciones que les rodean y sienten fuerte, irresistiblemente, el encanto de una lejanía. Hacia ella dirigen su caminar de incansable ilusión: anda, anda, anda, como dicen en los cuentos del pueblo.

Se adentran por regiones solitarias, traspasan las cumbres más enhiestas, son los que realizan los trabajos de exploración más duros y más duraderos en resultados, los que llegan a los países de hadas y de venturas extrañas.

Deseamos a Albornoz, al darle la bienvenida en esta casa las más atrevidas y felices jornadas en el camino sin fin.

Sus jornadas sí fueron atrevidas, pero no siempre felices; por el contrario, hubo muchos obstáculos y sinsabores; pero su vocación de maestro, su amor a España y a la historia hicieron que todo lo malo se ensombreciera para sólo ver en la luz lo que fuera el objeto de su vida.

Las predicciones que Menéndez Pidal hace en su discurso, sí se cumplen. Están al alcance de quien quiera comprobarlo, los títulos de cientos de trabajos de su profunda, honesta y magnífica labor científica.

Cuando me despedí del viejo profesor, para venir a España, ambos nos emocionamos y juntos evocamos tiempos pasados; con los ojos húmedos lo abracé y le di las gracias por lo mucho que aprendí a su lado, pero sobre todo por la lección humana que de él recibí: «Empezar todos los días.»

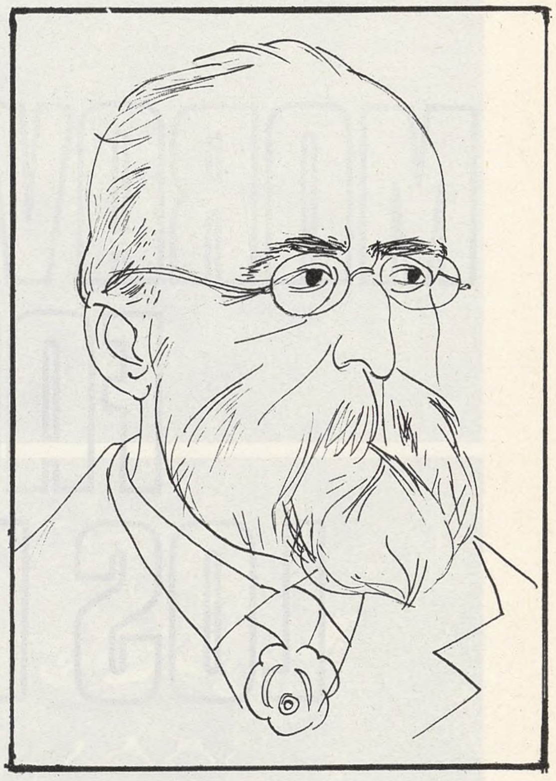
M. P. L. R.

(1) Hilda Grassotti: «Historia de un historiador.» Homenaje al profesor Claudio Sánchez Albornoz. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 1964. Pág. 16.

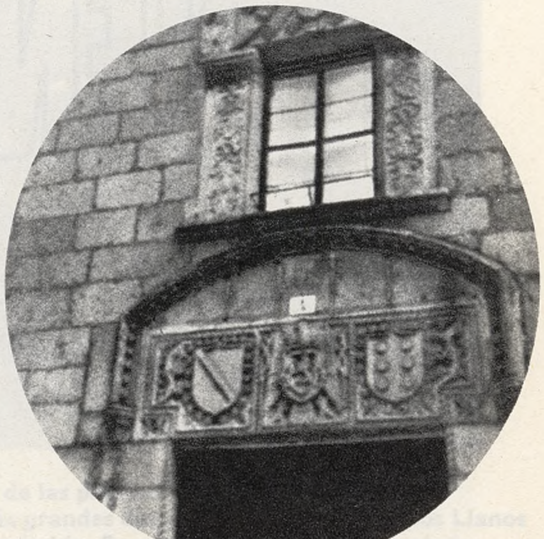
(2) Claudio Sánchez Albornoz: *De Carlomagno a Roosevelt*. Buenos Aires. 1943. Pág. 29.

(3) Claudio Sánchez Albornoz: *Españoles ante la Historia*. 2.ª edición. Buenos Aires. 1969. Págs. 203-204.

(4) Ramón Menéndez Pidal: Discurso de recepción a la Academia de la Historia a don Claudio Sánchez Albornoz. *Discursos*. Madrid. 1926.



El maestro Hinojosa, quien en 1911 decidió la orientación de Sánchez Albornoz como medievalista. Debajo, parte del frente de la casa solariega de Sánchez Albornoz en Avila.



LA MARAVILLOSA FAUNA DE LOS LLANOS DE VENEZUELA

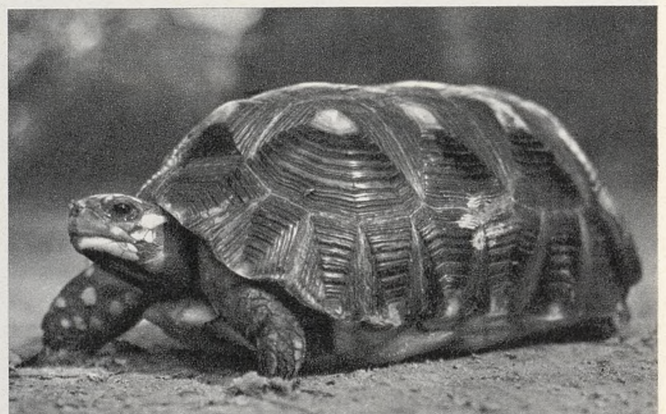
Por Alvaro Silva Mora











En el centro de las páginas, el Chigüire, uno de los roedores más grandes del mundo, encuentra en los Llanos su hábitat preferido. En esta página, de arriba a abajo: el esqueleto de una palmera sirve de base al Aguila Cazavenados; sigue, la temida serpiente cascabel venezolana, estudiada por Humboldt; otra serpiente, la Tragavenados, que no es venenosa y se alimenta sólo de pájaros y roedores; y finalmente el Morrocoy sabanero, capaz de aguantar prolongados ayunos.

LA MARAVILLOSA FAUNA DE LOS LLANOS DE VENEZUELA

ES difícil poder reflejar sobre las páginas de una revista todas las bellezas que encierra al visitante los Llanos de Venezuela, tan difícil como el no pensar en volver a ellos. No obstante, sabiendo que desde un principio no voy a poder ser todo lo explícito que quisiera, he recurrido al elemento fotográfico, indispensable en este tipo de trabajos, para realzar la riqueza de colores y el variado mosaico de fauna, flora y paisaje que el Sur de Venezuela brinda al recién llegado.

Pocos espectáculos hay tan inolvidables como recorrer los llanos durante la estación lluviosa, con sus lagunas y ríos desbordados bañando todo cuanto alcanza nuestra vista y donde crece una riquísima vegetación acuática.

A simple vista se nos presenta como un verde césped alfombrado por pequeñas flores y curiosas palmeras, donde vivaquean una variedad de aves de todos los tamaños, que van desde el pequeño sangre de toro hasta la gran garza blanca americana.

La carretera por donde discurrimos está como arropada por este paisaje que a pesar de su uniformidad nunca se hace monótono. Abandonando el vehículo, y provistos de botas altas de goma, nos adentramos entre la vegetación palustre, buscando los refugios donde las aves tienen sus nidos, con objeto de fotografiarlos.

La marcha en algunas partes se hace difícil pues continuamente hay que abrirse camino entre «eneas» y juncos de apretado frente.

Un chapoteo en el agua seguido de un batir de alas nos indica la presencia de una garza blanca americana (Casmerodius albus egretta). Estas garzas, así como muchas de las zancudas que aquí viven, construyen sus nidos en las copas y ramas altas de los árboles, formando pequeñas colonias.

Diariamente, tanto aves como algunos mamíferos —concretamente el chiguire—, dedican largas horas a reunir su dieta alimenticia buscando entre la vegetación pequeños batracios, peces, insectos y gramíneas, que encuentran sin dificultad, ya que las plantas acuáticas desempeñan un papel importante y constituyen el principal alimento de la fauna acuática, al mismo tiempo que sirven de soporte para el desove y camuflaje de sus larvas.

Estas plantas sumergidas, compuestas principalmente por criptógamas, algas verdes, algas azules, y diatomeas son de tan alto valor nutritivo que ha inducido a algunos científicos a estudiar la posibilidad de su aprovechamiento para la nutrición humana.

La coloración y la forma de las hojas varía muchísimo. Existe la llamada «Bora chigüirera» alimento propicio para el chigüir cuando escasean las plantas forrajeras; ésta forma grandes islas que aparecen engalanadas por vistosas flores azules y blancas.

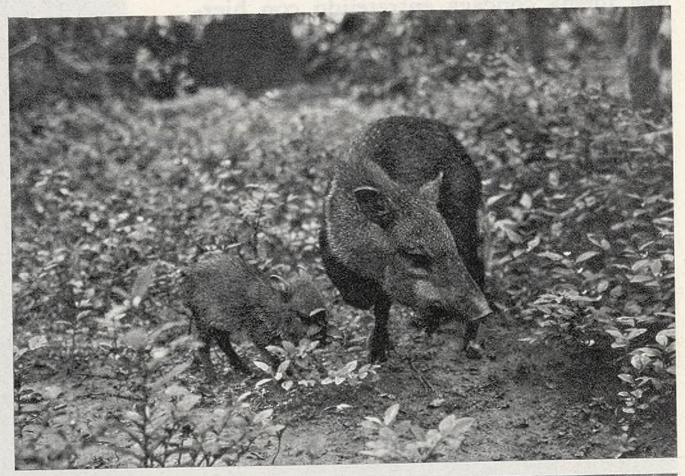
Uno de los ejemplares más representativos en los marjales llaneros es el «Jacinto de agua». Ciertos individuos de América del Sur, según la leyenda, aseguran que en esta flor se encuentra el espíritu de una bella princesa india que desapareció en las aguas.

Siguiendo nuestro camino, nos encontramos en una zona profunda donde un grupo de pescadores trataban de pescar con sus redes «bagres» y «caribes».

El sistema de pesca nos llamó mucho la atención. Sobre una pequeña embarcación de madera, localmente denominada «curiara», iban extendiendo y dejando caer la red en el agua; una vez sumergida ésta procedían a la última inspección, para que la bolsa estuviese perfectamente limitada. A continuación desde la orilla otro grupo jalaba la red, cerrando más y más el círculo hasta que ésta quedaba totalmente fuera del agua, cinco bagres de largos y pronunciados «bigotes» y un «caribe» fueron el resultado de tan laborioso esfuerzo.

Esta modalidad de pesca produce a quienes la practican más de un infortunio, no sólo por las mordeduras del «caribe» o «piraña», abundantísimas en esta zona, sino también porque es el hábitat de las «babas», pequeños caimanes de hasta 2 y 3 metros que sumergidos esperan la ocasión para atrapar alguna pieza.











En el centro, el Trupial, o Turpial, según los países. Es el ave nacional de Venezuela.
En esta página, de arriba a abajo: el Báquiro de collar, con su cría; un caballo busca alimento en la zona encharcada; un nutrido grupo de «Garzones soldados», nombre vulgar que se da al Jaribu Grande en el Llano; y finalmente, el Tordo negro, que presenta un llamativo color en contraste con el medio acuático en que vive.

Nuestro recorrido, a cada paso que dábamos, se nos presentaba más insospechado.

Un trupial de agua con su fuerte color anaranjado cruzó el cielo perdiéndose en seguida en la ciénaga. Esta especie es migratoria y en sus desplazamientos alcanza las regiones templadas de Norteamérica. Durante la nidificación la hembra se encarga de construir el nido e incubar los huevos, el macho solamente se ocupa de buscar alimento. El nido, construido a unos palmos encima del agua, presenta una forma cóncava entretejido con hierbas toscas arrancadas de la vegetación. Los trupiales pertenecen al género de los Icterus, siendo el más representativo el trupial común (Icterus icterus) que es el ave nacional venezolana.

Sobre la orilla opuesta, un pequeño grupo de chiguires arranca los débiles tallos sumergidos del «Lirio de agua» o «Boro» chapoteando una y otra vez con el hocico.

Este roedor es el típico representante del Llano, se alimenta principalmente de gramíneas y es un herbívoro altamente selectivo, escogiendo para su nutrición las partes más apetitosas y nutritivas de las plantas.

Es un mamífero voluminoso de aspecto tosco, poco ágil y de ancha cabeza, presentando ésta algunas características muy curiosas. Las orejas están situadas justo en la parte superior, muy atrás, así como los ojos. Esto le permite adaptarse a los medios acuáticos en que vive, pudiendo seguir manteniendo sus sentidos alerta aun cuando necesariamente tenga que meter la cabeza en el agua en busca de alimento.

Es un mamífero tan adaptado al medio acuático que sus patas están provistas de cortas pero eficaces membranas natatorias que le permiten agilizar su marcha en el agua.

Vive en manadas y su caza la practican los llaneros para utilizar su piel y carne, muy apreciada incluso salada.

Una vez capturados por los expertos «chiguireros», nombre que se da a los hombres que se dedican a su caza, se procede a salar su carne, tarea ésta que requiere una o dos semanas para que esté dispuesta para la venta y consumo.

Parecido al anterior, aunque algo más pequeños y de hábitos eminentemente selvícola, es la lapa. Esta se encuentra en las zonas boscosas y húmedas, principalmente en el Departamento Federal de Amazonas; su caza está protegida debido a su escasez.

Más abundante y repartido está el báquiro de collar, pieza muy apreciada con fines cinegéticos cuya carne es de alto valor nutritivo. Parecido a nuestro jabalí presenta una curiosa cinta o collar blanco alrededor del cuello, se agrupa en manadas en zonas donde la vegetación es menos penetrable. Las crías presentan un collar pardo que irán perdiendo en los años próximos, hasta tomar el pelaje de adulto.

Teníamos interés en observar una manada de estos jabalíes salvajes y para ello abandonamos la zona lacustre para dirigirnos a un «hato» (finca particular) donde fuimos jovialmente acogidos por toda una chiquillería alegre y despreocupada que nos ofrecieron un suculento plato de arepas de maíz recién hechas con queso rallado.

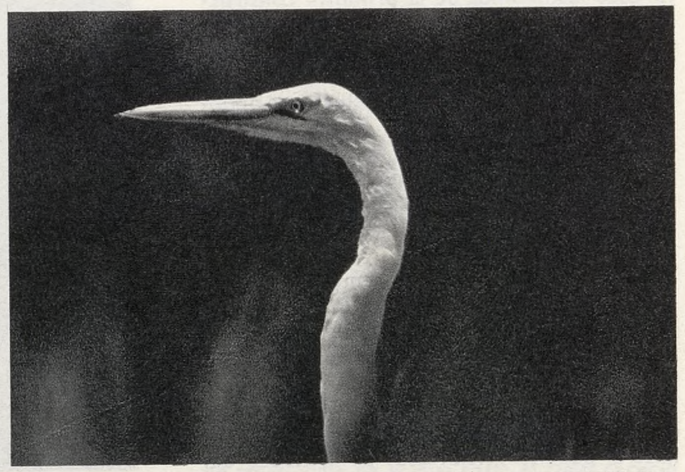
Uno de los pequeños compartía sus juegos con un compañero un tanto original, se trataba de un morrocoy sabanero, tortuga muy difundida en el Llano.

Según opiniones locales estas tortugas aguantan ayunos verdaderamente récords asegurando la gente, que en tales ocasiones viven de su hígado y parece ser cierto ya que cuando el alimento abunda acumulan en esa víscera determinadas sustancias que consumen en tiempo de escasez. Un morrocoy que hizo historia permaneció 11 meses sin comer y al regresar su dueño lo encontró todavía vivo.

No puedo ni imaginar qué habrá sido del morrocoy que tenía mi anfitrión pues al contrario de pasar hambre, éste comía «cambur», «arepas» y todo cuanto su dueño le introducía, si su hígado lo pudo resistir hoy todavía estará con vida.

A. S. M.











Al centro de la página, un grupo de pescadores con red, atareados en la captura de «bagres». En esta página, de arriba a abajo: la garza americana, inmóvil entre las cañas, aguarda a su víctima; sigue un nutrido bando de limícolas, reflejo de la riqueza ornitológica del Orinoco; el pequeño caimán llamado La Baba, en las zonas palustres del sur; y finalmente, otra actitud de la garza americana.

DONDE LA REINA ISABEL QUISO SER ENTERRADA

Por JOSE RICO DE ESTASEN



LA proximidad de la celebración de la Fiesta de la Hispanidad ha empujado mis pasos hasta la Alhambra granadina, lo que me ha permitido experimentar el emotivo placer de visitar el que fue convento de San Francisco, transformado en parador de turismo, que, no obstante las reformas que le fueron hechas en diferentes épocas, conserva valiosos testimonios de la primitiva construcción árabe, la extensa planta de unos baños de la misma ascendencia y el espacio que se habilitó para iglesia del convento, en cuyo presbiterio perdura la tumba donde estuvieron depositados los cuerpos de los Reyes Católicos —el de Isabel, primero; el de Fernando, más tarde— desde su fallecimiento hasta el año 1521, en que, terminadas las obras de la Real Capilla aneja a la catedral, fueron trasladados e inhumados allí.

¡Qué hermosura la de semejante lugar! El ex convento de la seráfica Orden que la mejor de las soberanas españolas eligió para descanso de sus cenizas, se encuentra situado en el corazón de la Alhambra, en una de cuyas torres ondeó la bandera de los ínclitos monarcas y en donde mandaron celebrar la primera misa al penetrar victoriosos en la ciudad del Darro el día 2 de enero de 1492.

Inmediato al palacio de Carlos V y al alcázar árabe; atalayando los horizontes emotivos y dilatados de Sierra Nevada y los floridos confines de la vega granadina; de los arrayanes del Generalife y de la urbana configuración del Albaicín, los religiosos franciscanos a quienes lo legó la gran reina le transmitieron en diferentes ocasiones lo felices que se sentían en aquel paraje delicioso que, estaban seguros que, al propio San Francisco de Asís, acostumbrado a predicar a los pájaros y a las flores en los feraces oteros de la Umbría, le hubiera parecido una auténtica antesala del cielo.

DISPOSICION TESTAMENTARIA

Fue consecuencia de aquellas agradables impresiones por lo que Isabel la Católica, en su testamento, dictado en la ciudad de Medina del Campo el 12 de octubre de 1504, mes y medio antes de su fallecimiento y a los dos meses de encontrarse postrada en el lecho, dispuso que la enterraran allí:

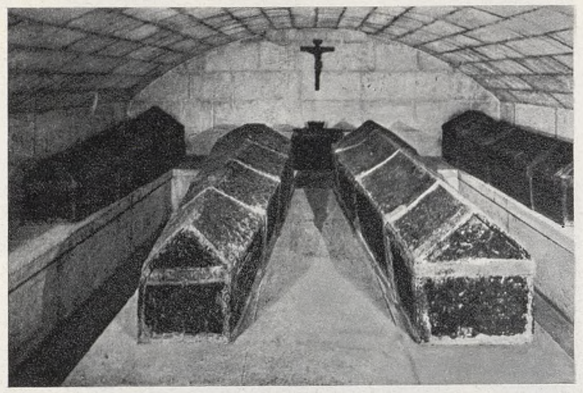
«E quiero e mando que mi cuerpo sea sepultado en el Monasterio de San Francisco que es en el Alhambra de la ciudad de Granada, vestida con el hábito del bienaventurado pobre de Jesu Cristo, Sant Francisco, en una sepultura baxa, en el suelo, llana, con sus letras esculpidas en ella...

»Item, quiero e mando que su falleciese fuera de la ciudad de Granada, que luego, sin detenimiento alguno, lleven mi cuerpo entero, como estuviese, a la ciudad de Granada; o si acaeciese que por la fistancia del camino o por el tiempo, no se pudiera llevar a la dicha ciudad de Granada, que en tal caso lo pongan o depositen en el monasterio de San Juan de los Reyes, de la ciudad de Toledo; o si a dicha ciudad de Toledo non se pudiera llevar, se deposite en el Monasterio de San Antonio, de Segovia, o si a las dichas cibdades de Toledo ni Segovia non se pudiera llevar, que se deposite en el Monasterio de San Francisco más cercano a donde yo falleciese, e que esté allí depositado hasta tanto se pueda trasladar a la ciudad de Granada, la cual traslación encargo a mis testamentarios hagan lo más pronto que pudieran.»

La testadora prevé la coyuntura de que su egregio esposo quiera ser enterrado en diferente lugar:

«Pero quiero e mando que si el Rey mi Señor eligiese sepultura en otra cualquier iglesia o Monasterio de cualquiera otra parte o lugar destos mis Reinos, que mi cuerpo sea allí trasladado e sepultado junto con el cuerpo de Su Señoría, porque el ayuntamiento que tuvimos viviendo, o que nuestras almas espero en la misericordia de Dios que tengan en el cielo, lo tengan o representen nuestros cuerpos en el suelo.»









A la izquierda, vemos el convento de San Francisco, donde la Reina quiso ser enterrada. En esta página, arriba, los ataúdes en la cripta de la Capilla Real de Granada; en el centro, restos del templo del convento de San Francisco, y debajo, la Puerta de Siete Suelos, clausurada desde que penetró por ella, en la Alhambra, el cadáver de Isabel la Católica.

EL CORTEJO FUNEBRE

Todo se llevó a cabo conforme al deseo de la inmortal soberana, cuyo cadáver, amortajado con áspera estameña franciscana, encerrado en un mísero ataúd fabricado con cueros de becerro y envuelto en una funda encerada, que se colocó en un carro arrastrado por mulos, seguido de un gran cortejo de prelados, caballeros, cortesanos y damas de honor entre las que figuraban sus leales e inteligentes servidoras la Bobadilla y la Galindo, emprendió el camino de Granada al siguiente día de su fallecimiento acaecido en los desaparecidos palacios de la plaza mayor de Medina del Campo a las doce de la mañana del miércoles, 26 de noviembre de 1504.

El prior de la catedral granadina y famoso cronista Pedro Mártir de Anglería, que formaba parte del fúnebre cortejo, dejó constancia de aquel viaje en el que hasta el cielo pareció tomar parte en el duelo que acongojaba a la nación por la muerte de la reina:

«Hasta los cielos hizieron sentimiento por esta Señora: lloraron todo el viaje las nubes. Desde el día que partimos con la Reyna de Medina del Campo fue suerte la tristeza del cielo, que en todo el camino no vimos el sol, ni aun estrellas. Llovía de noche i de día; no parezzia que andaua la jente por tierra sino que nauegaba por mar; solamente la descubrimos cuando subiamos algún monte o collado, pero en baxando a lo llano fluetuaban las mulas por las lagunas, no podian salir de los pantanos y se qyedauan de su voluntad en ellos por no yr con nosotros.

»No auia arroyo que no hiziese emulación del Tajo y arrebatese con la corriente algunos hombres y muchas mulas. Tratóse de parar en Toledo mientras cesaba el dilubio, pero venció la orden del Rei, que mandó no se parese en parte alguna hasta llegar a Granada. Non passó tantos trabaxos en la prolixa embajada y camino largo de Babilonia, cómo este de Granada; no uvo en él legua exempta del temor de la muerte.»

¡GRANADA, AL FIN!

Fue así, ciertamente. Entre una incesante tempestad de lluvias y vientos; tempestades de agua que trocaban en arroyos los caminos y las llanuras en mares de lodo, cruzó la doliente real comitiva por los lugares de Arévalo, Cardeñosa, Avila, Cebreros, Toledo, Manzanares, Los Palacios, El Viso, Espeluy, Jaén, Torre-Campo, Iznalloz y Albolote, arribando, por fin, a Granada, el 18 de diciembre de 1504.

El cadáver de Isabel la Católica fue introducido en la Alhambra por la Puerta de los Siete Suelos, que fue inmediatamente tabicada con el fin de que nadie pudiera pasar por ella después de que lo hubieran hecho los despojos mortales de la conquistadora de la ciudad.

Los funerales fueron solemnes. Las predicaciones, a cargo de eminentes religiosos, continuadas; mientras en el presbiterio del templo del convento de San Francisco aguardaba, abierta, la «sepultura llana» que la soberana evocó con el pensamiento durante los días medinenses de su larga enfermedad. En ella fue, al fin, depositado, el cuerpo sin vida de Isabel.

El 6 de febrero de 1516, por su expresa voluntad, dando una prueba de su firme amor conyugal, fue sepultado allí el cadáver del rey don Fernando el Católico. Y allí permanecieron, el de ella, y el de él, hasta el 10 de noviembre de 1521 en que fueron trasladados a la cripta de la Capilla Real.

*

EL MUSEO ESPAÑOL DE ARTE CONTEMPO-RANEO



EL Museo Español de Arte Contemporáneo ha abierto sus puertas al público. Después de los más diversos rumores, entre los que figuraban las dudas del destino del edificio del Museo como tal, hoy puede admirarse en él una buena serie de obras de artistas que han configurado y configuran nuestro arte contemporáneo. Como suele ocurrir el número de obras expuestas es aproximadamente la mitad de las que dispone el Museo en sus fondos, fondos que, por otra parte, hay que suponer en continuo crecimiento, dada la velocidad con que el arte actual renueva sus supuestos y resultados. Se ha pretendido que el espectador no iniciado en el arte de nuestro siglo tenga algunos puntos de apoyo que le permitan situar cada movimiento en el contexto del tiempo en que se produjo. Para ello se han colocado diversos paneles con fotografías y breves textos que hacen referencia a la política, a la ciencia, a la literatura y al arte, etc., y que junto a la señalización de cada recinto indicando el «ismo» a que corresponden las obras expuestas, pueden servir como iniciación al espectador.

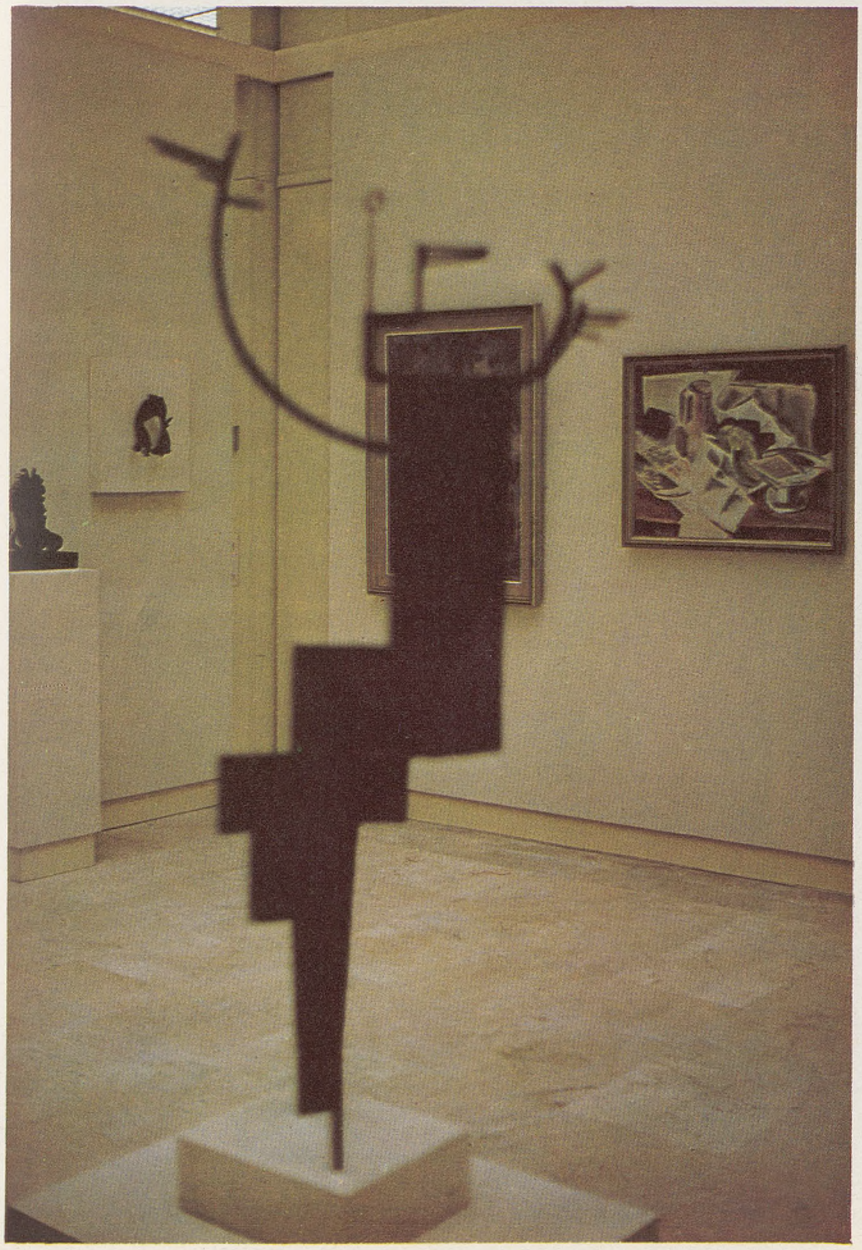
Otros aspectos dignos de tener en cuenta son los relativos a la vida del Museo. Se pretende que éste sea algo más que un recinto para tener una serie, más o menos extensa, de obras expuestas. Así, junto a la pintura y escultura, el dibujo, el grabado, las artes decorativas, la fotografía, el cine, la música contemporánea..., se pretende que tengan su lugar en el Museo en forma de Seminarios y grupos de trabajo, que ofrezcan el fruto de sus investigaciones en forma de exposiciones, monografías, etc. Se cuenta también con una amplia sala de exposiciones temporales, inaugurada al mismo tiempo que el Museo, con una muestra de Millares, el gran artista fallecido en 1972.

Se ha editado un grueso catálogo, en el que el director del Museo, Carlos Areán, estudia en un largo ensayo el arte español del siglo XX e incluye un breve diccionario de las tendencias más habituales en la pintura del siglo.

Ahora la polémica se centra en otros aspectos. Desde el emplazamiento, para unos muy alejado de la ciudad; para otros idóneo, en plena Ciudad Universitaria y lejos de la polución; hasta el capítulo de presencias y ausencias, el Museo puede venir a agitar las aguas de nuestro ambiente artístico. Cosa que, seguramente, es una de sus misiones.

J. M. I.







En la página opuesta, la silueta del edificio del Museo. En esta página, arriba, «El pintor y la modelo», de Pablo Picasso; debajo, a la izquierda, escultura de Julio González, y a la derecha, en el jardín, un conjunto escultórico.

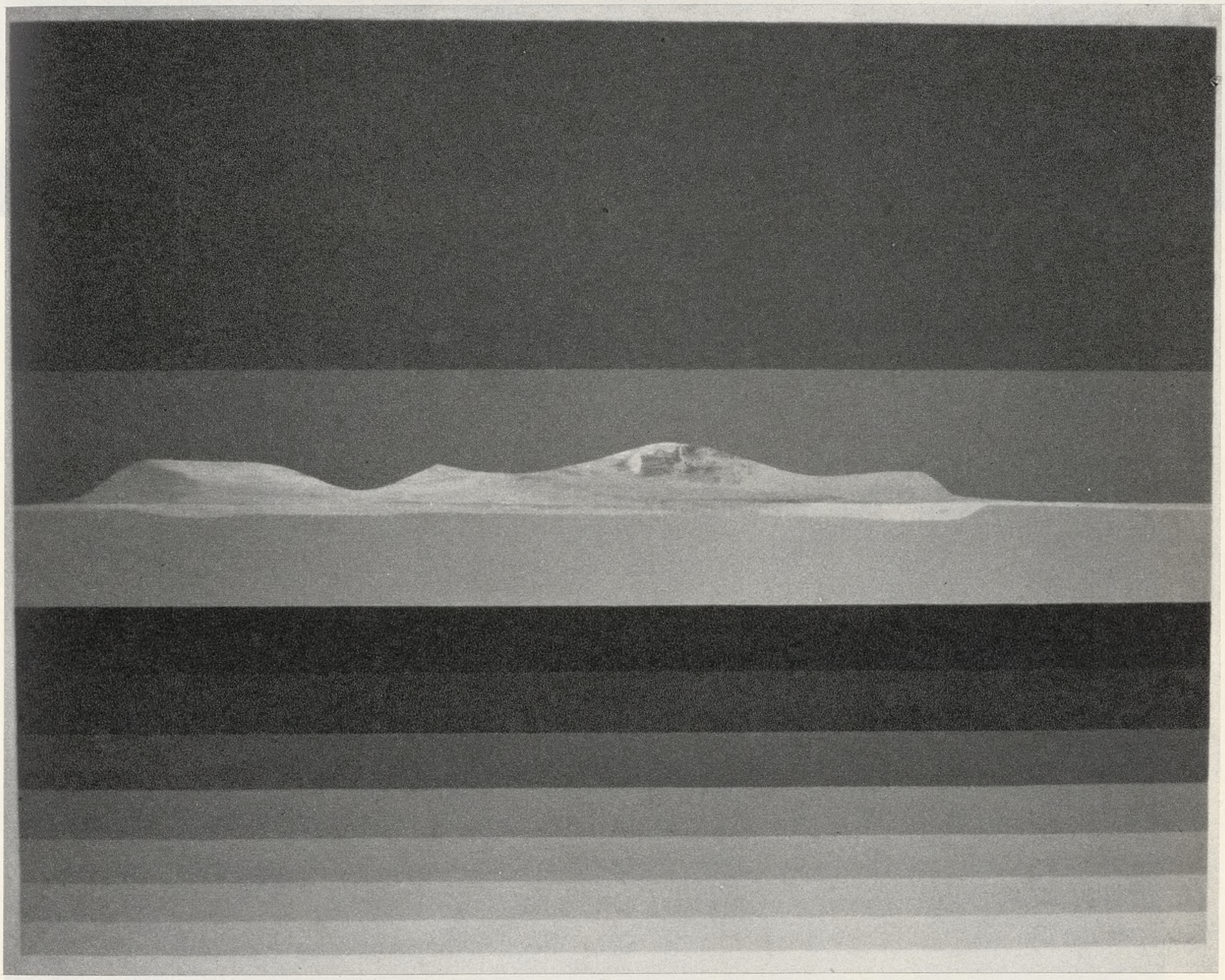


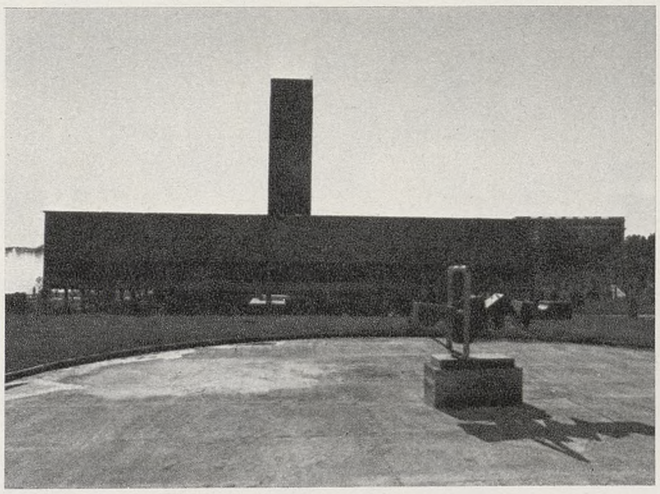


Arriba, una obra de Gaudí en el jardín, seguida de «Don Francisco», de Vázquez Díaz. Debajo, una obra de Juan Miró.

EL MUSEO ESPAÑOL DE ARTE CONTEMPORANEO

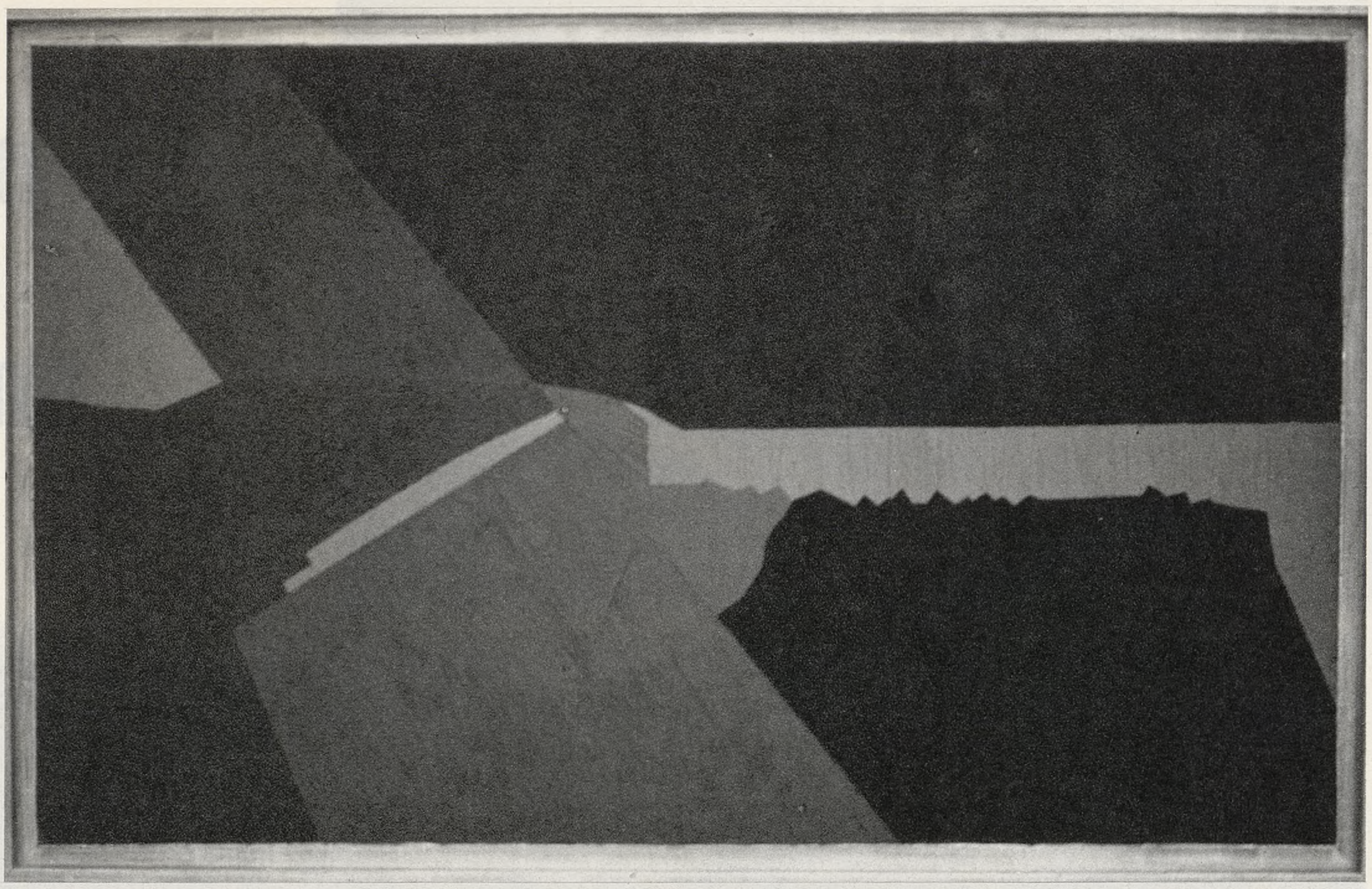








De arriba a abajo: Una obra de José Guevara; una de María Dolores Andreo, y dos perspectivas del edificio general y de los jardines.

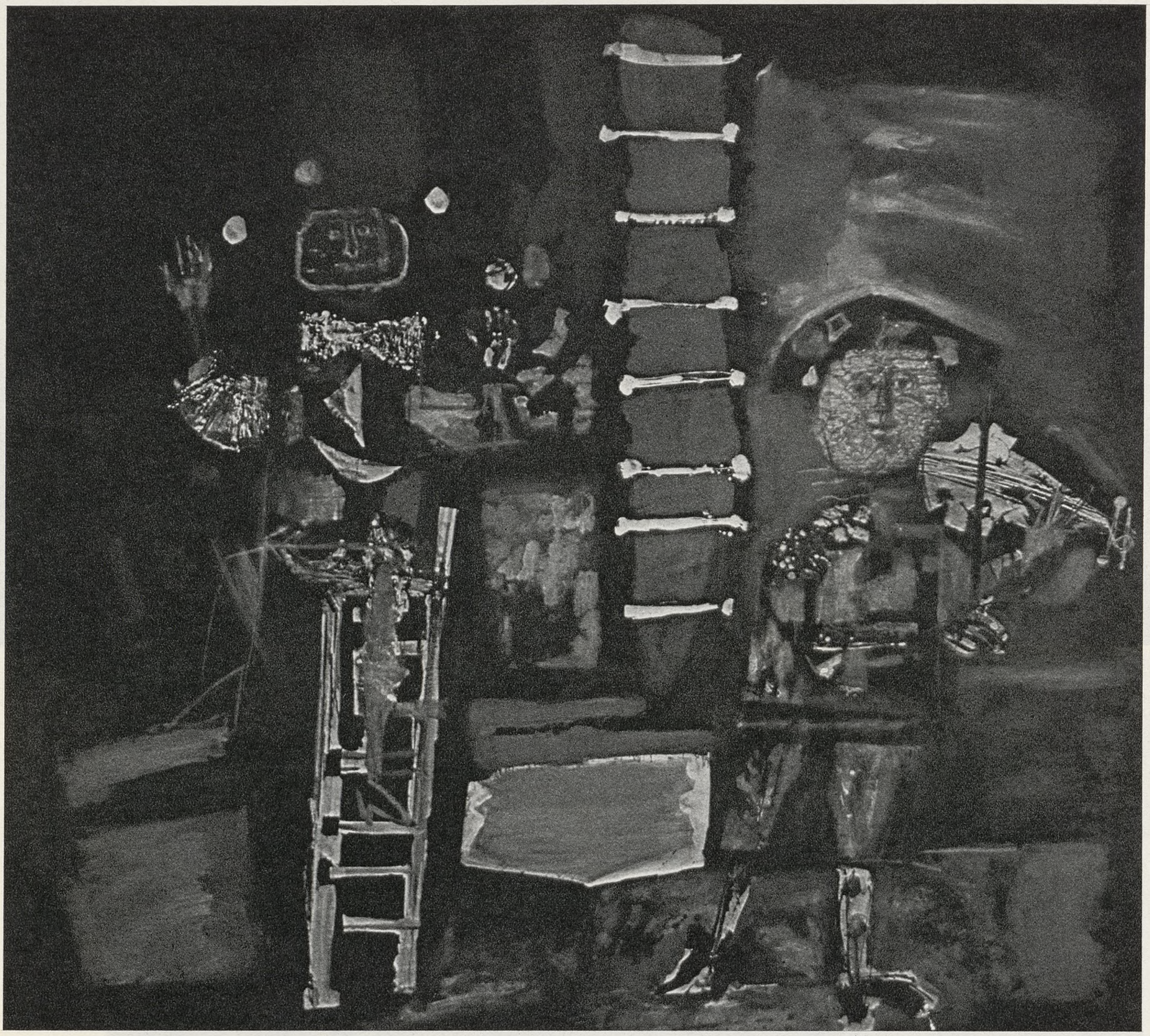


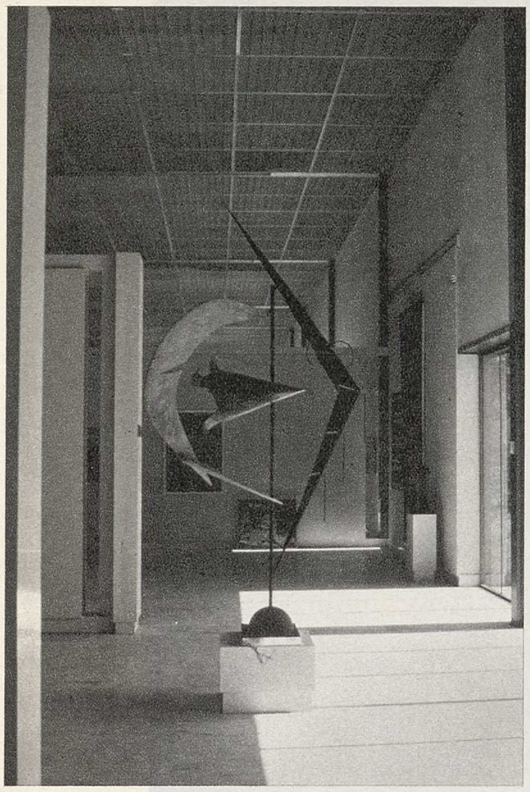


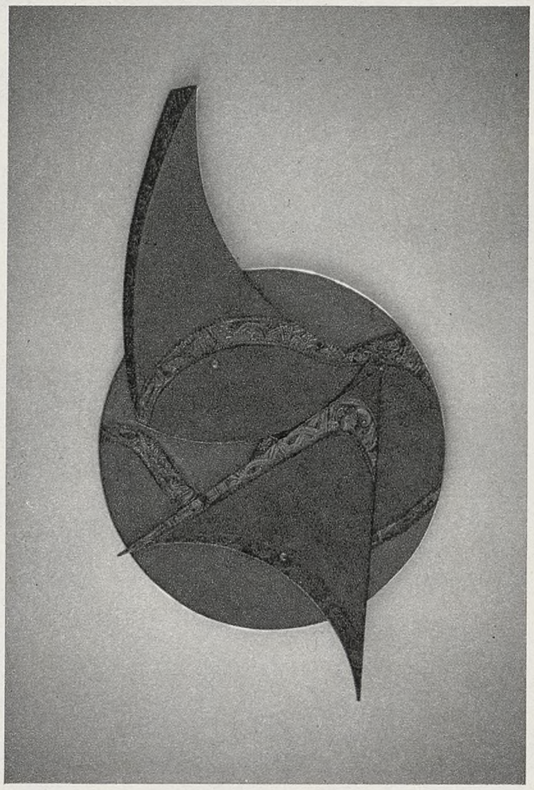




En la página opuesta, arriba, una composición de José María Iglesias, y debajo una escultura de Oscar Estruga en el jardín frontal del Museo. En esta página, arriba, una composición de Guinovart, y debajo una escultura de Baltasar Lobo.









En esta página, arriba, una obra de Clavé; debajo, de izquierda a derecha, escultura de Angel Ferrant, una obra de Julián Martín de Vidales, y escultura de Cena Colmeiro. En la página siguiente, arriba, «Greta Garbo», de Gargallo, y debajo una escultura de Francisco Baron.

HABLA EL DIRECTOR DEL MUSEO

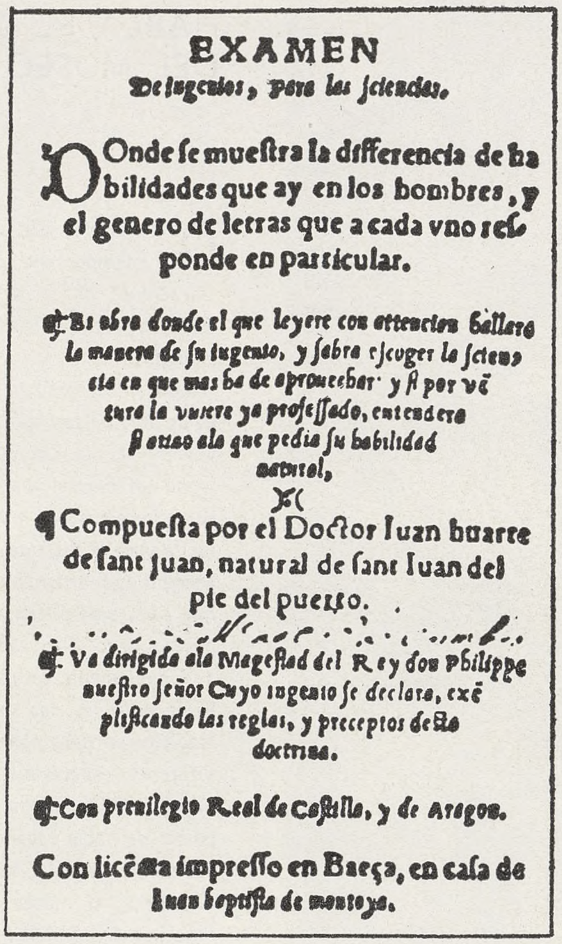


DON Carlos Areán, director del Museo de Arte Contemporáneo, ha hecho a la prensa declaraciones sobre su concepción del Museo. De esas declaraciones tomamos los fragmentos siguientes:

«Considerándolo en sentido amplio, todo museo es un acto de servicio a la educación, a la cultura y a la ciencia. Lo interesante es saber de qué modo un museo puede realizar esta misión de servicio. Existe la manera tradicional, es decir, facilitando el disfrute del público y educando su sensibilidad artística, pero sirve también para que cada país pueda presumir de las obras que posee, dado que cada Gobierno destaca más abundantemente lo nacional que lo extranjero. Estas eran las dos misiones de la museografía tradicional. Sin embargo, la actual es realmente diferente, especialmente la mejicana, la argentina y la colombiana. Me enorgullezco de que países de habla española vayan en esta cuestión, realmente, a la cabeza del mundo. Hay que considerar el museo como un medio de información más, como la televisión, la radio, la prensa y, como consecuencia, no sólo ofrecer las obras artísticas, sino todos los elementos auxiliares que le conciernen, para que el público relacione la obra con el contexto cultural y pueda juzgarla adecuadamente. Para ello, junto a cada cuadro existen unas explicaciones claras, con lenguaje sencillo, y limitándonos en estas reseñas didácticas a ofrecer datos sin dar opiniones particulares ni personales; en ellas se ofrecen las fechas de los acontecimientos más importantes y se explica cómo los hechos artísticos están íntimamente ligados a los políticos, científicos y técnicos. El visitante del museo, al conocer todo el contexto que ha provocado esa pintura o esa escultura, podrá elaborar libremente su juicio y evitar el quedarse en la simple contemplación estética. Esta es la característica especial que ofrece este nuevo Museo, pretendemos que con ello sea cada vez mayor el número de aficionados a las nuevas tendencias modernistas y abstractas.»



Portada
de la edición
príncipe
del «Examen».


EXAMEN
De ingenios, para las sciencias.

Donde se muestra la differencia de habilidades que ay en los hombres, y el genero de letras que a cada vno responde en particular.

Es obra donde el que leyere con attencion hallara la manera de su ingenio, y sabra escoger la sciencia en que mas ha de aprovechar: y si por ventura la vuiere ya professado, entendera si atino ala que pedia su habilidad natural.

Compuesta por el Doctor Iuan huarte de sant Iuan, natural de sant Iuan del pie del puerto.

Va dirigido ala Magestad del Rey don Philippe nuestro señor Cuyo ingenio se declara, exemplificando las reglas, y preceptos desta doctrina.

Con preuilegio Real de Castilla, y de Aragon.

Con licencia impresso en Baeça, en casa de Iuan baptista de montoya.

ANTE EL IV CENTENARIO DE LA PUBLICACION DE «EXAMEN DE INGENIOS» DE JUAN DE HUARTE. LO ESPAÑOL Y LO UNIVERSAL EN ESTA OBRA

Por Cecilio BARBERAN

ESTA por hacer el mapa más interesante, acaso, de cuantos pueden dar idea de la facultad de creación del hombre español; facultad que no residió nunca en el vaso de la ciudad centralista, sino que estuvo por igual en todas las zonas del cuerpo geográfico hispano.

Hoy hemos sentido la necesidad de esta singular toponimia al visitar Baeza al cumplirse el IV centenario de que allí se publicó en 1575 el libro primogénito de una de las ciencias de más profundo y universal desarrollo en el mundo científico e intelectual moderno: el «Examen de Ingenios» del doctor Juan de Huarte de San Juan. Esta obra, como es sabido, inicia el estudio de la psicología diferencial.

¿Cuándo se escribió la misma? Según conjeturas, bien basadas en fechas, se escribió en Baeza entre los años 1572 y 1574; primeros, precisamente, en que el doctor Huarte ejerce su profesión de médico en dicha ciudad. ¿Qué contribuyó a escribirla en ella? Diríamos que la propia naturaleza de los valores de que la misma estaba dotada.

Baeza era a la sazón una de las ciudades más importantes de España en virtud de cuanto prestigio acumuló en ella la gesta de la Reconquista. Esto dio lugar, al correr de los tiempos, a que su prestigio se perpetúe, ya en el templo románico y gótico, ya con la casona del noble que se enjoya con el primor renacentista, ya con fábricas de orden civil y religioso como los palacios de los condes de Jabalquinto, la catedral y la Universidad, Casa y arco del Pópulo.

Estas obras fueron, ciertamente, las que dispusieron a tantos hombres de aquellos siglos para las empresas que después afloraron tan espléndidos frutos de orden espiritual y nacional. De ahí esa variedad tan expresiva de arte con que la misma se nos presenta como una de ésas en donde lo español, bien tensado en el arco de la disciplina artística y espiritual puede disparar la flecha de su cultura en todas las direcciones de la rosa de los vientos.

EL HOMBRE ANTE LAS CIUDADES

¿Qué sujetaba al hombre culto del siglo XV al remanso de la apartada ciudad provinciana? Lo único que hoy también lo sujetaría gustoso en tantas ciudades análogas de las que deserta: una formación espiritual y cultural a nivel de la hora actual. Aquellos hombres estaban formados humanísticamente con una densidad de contenidos y conocimientos que no dejaron en sus vidas intersticios para el aburrimiento.

Juan de Huarte, cuando llegó a Baeza a ejercer su profesión de médico era hombre sólidamente formado. De la amplitud de su cultura nos da cabal idea el catálogo bibliográfico que supone también su «Examen de Ingenios».

Juan de Huarte de San Juan pudiera afirmarse que no se sintió solo en ningún sitio ni en hora alguna de su vida. Ya desde que partiera de su pueblo nativo —San Juan de Pie de Puerto— hacia Huesca, ya desde sus primeros tiempos de estudiante en

Alcalá de Henares, ya durante el corto número de años en que se pierde en cierto lugar de la alta Mancha en donde al parecer matrimonió con doña Agueda de Villalba; bien en Linares donde abre su casa principal, crea su familia y asiste a las necesidades de ésta.

Mucho menos pudo sentirse solo en Baeza, pues cuando va a dicha ciudad como médico el cultísimo doctor ha unido a sus profundos conocimientos humanísticos, aquellos otros que la vida, la observación le ha deparado. Conocimientos que poco a poco han ido gestando en su inteligencia la idea de escribir «Examen de Ingenios», obra que no se pudo escribir sin unir en ella un conocimiento realista de la vida como el que él adquirió después y que tan fundamentales le fueron para sus saberes.

LO QUE HAY DE ESPAÑOL Y DE UNIVERSAL EN SU «EXAMEN DE INGENIOS»

Hoy las piedras monumentales de Baeza nos descubren también secretos y nos despiertan emociones que se relacionan estrechamente con el «examen». Estas son de cuando lo estaba escribiendo Juan de Huarte. La ciudad apenas tiene conocimiento de Huarte como médico. Baeza asiste al nacimiento del fruto de la cultura vastísima que Huarte posee. Alumbramiento magníficamente gestado, en el que unas veces vemos aparecer a Demócrito para decirle que el hombre desde que nace hasta que muere es un enfermo perpetuo; luego los episodios de Quinto Fabio Aníbal le sirven para darle amenidad a los relatos que va trazando; las sabias páginas de la Biblia le hacen estar despierto ante la finalidad que tiene el destino postrero del hombre; luego vemos a Hipócrates y a Galeno descubrirle los enlaces de la ciencia médica de su tiempo. Complementa su formación espiritual y científica el dulzor de oro de la mejor cultura de la época. Aquella que representan los nombres máximos de Platón y Aristóteles, Cicerón y Séneca, Pedro Lombardo y Escoto, Demóstenes y Plutarco, Salustio y Justino, Píndaro y Josefo, Horacio y Ovidio, el Tostado, Santo Tomás y Nebrija, entre otros muchos más.

Una vez que conocemos la amplia base cultural de Huarte, aspiramos a conocer también cuanto de concepción genuinamente española hubo en su «Examen de Ingenios». La serenidad de juicio que da el desapasionamiento y la distancia nos dicen todo. Y nos lo dice, en primer término, el Tribunal censor de la Inquisición al aprobar con limitados expurgos esta obra. No importa las revisiones inquisitoriales que las postreras ediciones del «Examen» padecieron. El cuerpo robusto de la doctrina se perfila con trazo original en la hora renacentista inicial aquella en la que se abren tantos cauces nuevos al pensamiento y por los que discurren juntos a la vez tantos contenidos de ortodoxia y herejía.

La Inquisición, suprema guardia que en cuanto a lo espiritual vela constantemente las armas del pensamiento de España, al aprobar en casi su totalidad el «Examen de Ingenios» nos dice cuán de acuerdo está dicha obra con el sentir de la doctrina intelectual española de la época. Este principio es el que revela los contenidos de universalidad de su doctrina acerca de la psicología diferencial.

¿En qué basó Juan de Huarte concepción de tal naturaleza? No existen en su época, ciertamente, antecedentes de teorías análogas. Existe, sí, un humanismo que nos da a conocer primero el primor y la hondura de la obra del filósofo y del poeta, del historiador y del tratadista. Esta cultura en cuanto a su traducción original española, tuvo una importancia excepcional en nuestras letras renacentistas, íntimamente ligadas a los factores espirituales. Es lógico, por tanto, pensar que sí puede llegarse a la concepción de unas ideas como las que Huarte en su tiempo sustentaba por su madurez intelectual.

EL INFORTUNIO QUE TUVO EL LIBRO AL NACER Y DE COMO EL MISMO FUE ACOGIDO POR LA ALTA CULTURA DE SU EPOCA

Otra de las pruebas de la universalidad que aportaban nuestras ciudades la representaba la edición príncipe de «Examen de Ingenios». Esta, como es sabido, sale de las prensas del impresor baezano Juan Montoya el 30 de septiembre de 1574 si bien la obra no es conocida hasta un año después.

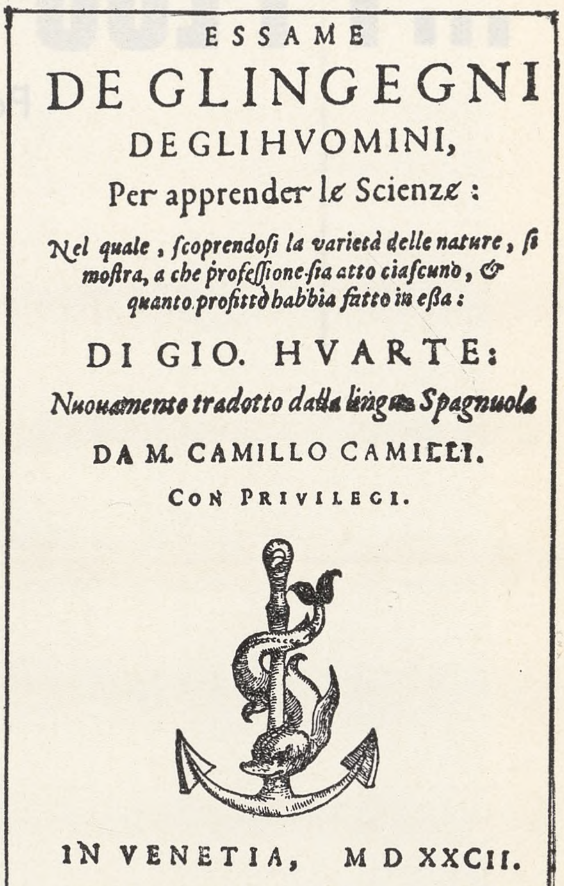
¿Cómo fue acogida cuando se puso a la venta? De una manera harto precaria. Tanto que el primero que dudó del valor de la misma fue su impresor. ¡Era una materia tan nueva de la que trataba! Tanto es así que Montoya obligó a Juan de Huarte a que le abonara cada uno de los ejemplares que retiraba. El «Examen» no se vendía en librería alguna.

Esto venía a afectar más la modestia con que Juan de Huarte vivía, pues éste se veía obligado de asistir como médico en Linares y Baeza, asistencia que le pagaban con escasos caídes de trigo que le ayudaban al sostenimiento de su familia.

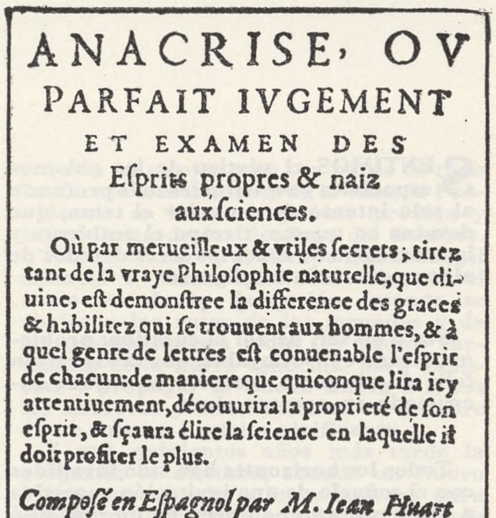
Pero la gloria del libro viene poco después. Y son mensajeros de la misma primeras inteligencias tanto francesas como inglesas, alemanas e italianas las que se prestan a la divulgación de sus ideas sobre la psicología diferencial esa que hoy está a la cabeza de los saberes de los hombres.

Numerosas son las ediciones de «Examen de Ingenios» que pronto se publicaron en todos los pueblos. De una antología de ellas citamos la primera edición francesa que se publicó en 1580; la italiana impresa por Aldo, la inglesa de Adam Flico y la alemana de Epbraim Lfing como cabezas de las numerosas que todos los pueblos de Europa publicaron de ella.

La primera edición de «Examen de Ingenios» de Juan de Huarte ha cumplido cuatro siglos. Hoy vemos que pocas obras como ésta mantienen su interés en los días presentes por cuanto los estudios que abarca son unos de los que mejor prospeccionan en la razón de ser de la psicología de los hombres.


ESSAME
DE GLINGEGNI
DEGLI HVOMINI,
Per apprender le Scienze:
Nel quale, scoprendosi la varietà delle nature, si mostra, a che professione sia atto ciascuno, & quanto profitto habbia fatto in essa:
DI GIO. HVARTE:
Nuouamente tradotto dalla lingua Spagnuola
DA M. CAMILLO CAMILLI.
CON PRIVILEGI.
IN VENETIA, M D XXCII.

Portada de la 1.ª edición del *Examen* en italiano, impresa por Aldo.


ANACRISE, OV
PARFAIT IVGEMENT
ET EXAMEN DES
Esprits propres & naiz aux sciences.
Où par merueilleux & vtiles secrets, tirez tant de la vraye Philosophie naturelle, que diuine, est demonstree la difference des graces & habilitez qui se trouuent aux hommes, & à quel genre de lettres est conuenable l'esprit de chacun: de maniere que quiconque lira icy attentiuement, décourira la proprieté de son esprit, & sçaura élire la science en laquelle il doit proficter le plus.
Composé en Espagnol par M. Iean Huart Docteur, natif de S. Iean du pied du Port, & mis en François, au grand profit de la Republique, par GABRIEL CHAPPVIS *Tourangeau.*
A LYON,
PAR FRANÇOIS DIDIER, à l'enseigne du Fenix.
1580.
Avec Privilege du Roy.

Portada de la primera edición del *Examen* en francés.

Arriba: portada de la primera edición en italiano, y debajo, la primera en francés.

"... Y PLUS ULTRA"

Por Carlos Sanz



SENTIMOS el vértigo de los abismos espaciales y espirituales más profundo al solo intento de enunciar el tema, que domina en nuestro tiempo el ambiente y la conciencia de todos los seres dotados de alguna potencia inteligente.

* * *

Ser o no ser, he ahí la cuestión; problema eterno e insoslayable, que la expresión feliz de un genio literario ha dejado incrustada en nuestra alma.

* * *

Todos los horizontes han sido invadidos con el señuelo de una invitación sugestiva a proseguir en el empeño de un más allá incesante.

* * *

Se han roto los cauces del magisterio docente tradicional, y el módulo y el canon fueron desbordados por el impetuoso torrente de unos conocimientos científicos experimentales, inconcebibles.

* * *

Los cielos y la tierra en sus dimensiones máximas y minúsculas están encadenados al cálculo matemático y a las exigencias de una técnica avasalladora.

* * *

Los principios que dan origen a la vida se desconocen, pero se ensanchan o se disminuyen sus límites, y a voluntad del experimento, se deforman y se neoforman los seres existentes.

* * *

Todo ha sido removido de sus fundamentos, y aun el arte, como supuesta manifestación sublime del espíritu, condena la representación que percibimos de las personas y de las cosas, suplantando las formas visuales, por esquemas de líneas y manchas descarnadas de sustancia sensitiva aparente.

* * *

El espectáculo apocalíptico de un mundo, así soprendido en su constitución interna, y soliviantado por la conmoción de todos sus principios físicos y morales, sería irresistible para la frágil estructura humana, si no fuera porque, a pesar de todo, quedan todavía inmunes las leyes primarias que le dieron ser y lo mantienen.

* * *

Cuestión, pues, importantísima, el no perder contacto con el flujo de savia que vitaliza y contrarresta los excesos sensoriales de un desorden, que se produce bastante más en nuestra manera de concebir que en la realidad existente de lo creado.

* * *

La exigencia mental inexorable que determina en nosotros la disciplina bibliográfica, acaso nos faculte para asomarnos a ese ventanal deslumbrador de un presente desconcertante, sin riesgo a precipitarnos en el desenfreno rítmico de sus planos ininterrumpidamente cambiables.

La interrogante que en primer lugar nos confunde, es la duda que implica la posible existencia de otros mundos habitados por seres, que acaso nos aventajen y vivan una civilización superior o muy superior a la nuestra. Se hacen cálculos basados en la problemática y remotísima existencia de otros cuerpos celestes en los que bien pudiera resplandecer una etapa mucho más adelantada de los conocimientos científicos. En resumen, se admite en principio la pluralidad de mundos y se acepta el tiempo como factor regulador de los progresos técnicos.

El pensamiento expuesto no carece de base lógica para rechazarlo a la ligera, especialmente cuando aún pesa sobre el ánimo de la gente la misma contradicción que sufrían cuantos se permitieron dudar, antes del primer viaje transatlántico de Colón, de la posibilidad de arribar a Oriente navegando hacia Poniente, o sea, la demostración práctica de la esfericidad de la Tierra y de la existencia de los «increíbles» antípodas, a saber: hombres situados en el Globo con los pies en dirección opuesta a la que nosotros ocupamos.

Las posibilidades técnicas de navegación intersideral, y sobre todo, las comunicaciones inmediatas por medio de las ondas radioeléctricas, de sonido y visuales, son problemas científicamente resueltos y ya experimentados, con resultados que autorizan a considerar posible, la conquista definitiva por el hombre del Universo.

En el orden de las dimensiones ínfimas, se han explorado y estudiado regiones tan minúsculas y recónditas como las estructuras nucleares de las partículas atómicas, alumbrándose fuerzas motoras y capacidades explosivas tan asombrosas, que, en verdad, puede decirse que está en la mano del hombre la transformación, supervivencia o destrucción de cuanto existe.

La biología ha puesto al descubierto buena parte de los secretos que regulan las leyes de la vida misma, confiándose en que al fin han de quedar a merced de la ciencia, lo mismo la salud que la enfermedad, la dimensión y la forma de los cuerpos, y quién sabe si también su indefinida duración funcional, con lo que pretendemos sugerir la propia existencia perdurable.

Resumiendo, que nada parece imposible al hombre: el principio, el fin, la mutabilidad y lo eterno de las cosas. En otras palabras: el hombre así concebido sería rey absoluto y emperador de todo lo creado.

* * *

Llegados a tales términos, es cuando se produce el verdadero problema que nos agobia la conciencia. Puesto que hemos considerado al hombre con un poder equivalente al que atribuimos a Dios, ¿dónde queda regulada la omnipotencia del Sumo Hacedor y Padre Nuestro, al que, en virtud de su bondad y de su justicia, nosotros amamos, adoramos, reverenciamos, y tratamos de acatar su ley y cumplir sus mandamientos?

Confesemos que la cuestión ha producido perturbaciones inquietantes en la interpretación de los principios religiosos y morales, y son incontables los hombres que han sufrido la grave crisis espiritual que produce el aparente auge universal de las potencias declaradas abiertamente materialistas o indiferentes al sentido religioso de la vida.

* * *

Pero... ¡con la Iglesia hemos topado, amigo!..., que una vez más y a pesar de todas las convulsiones, da testimonio histórico y heroico de la existencia de un Dios Creador y Padre Nuestro, y de su Hijo Unigénito Jesucristo, Salvador y Redentor del Mundo, y del Espíritu Paráclito, que con el Padre y el Hijo forman la Trinidad Santa, que fue y es, antes y después de toda creación material o espiritual.

Todo se ha perdido, podríamos exclamar con el clásico. Todo, menos... La Verdad. Solamente la Verdad ha prevalecido, porque su celoso Guardián ha perseverado, ya va para dos milenios, en constante vigilancia, para que su virtud no se contaminara con fórmulas acomodaticias de razonamientos humanos.

Y la Verdad... Pero ¿qué es la Verdad?, se preguntan los hombres de todos los tiempos.

¡Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida! —responde Jesucristo—, y quien me sigue no anda en las tinieblas.

Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, el Galileo, es el único vencedor de la Historia, y aunque nosotros no pretendemos hacer la apología de la divinidad de su persona y de su doctrina, sí nos parece conveniente sentar la premisa de esta confesión previa, que ha de ser la constante que ilumine todos nuestros pensamientos.

Porque, aunque otra cosa parezca, todo el apogeo de nuestra civilización occidental, y las posibilidades sin límites que nos ofrece el curso de los acontecimientos científicos, económicos, sociales y espaciales de nuestra época, no son sino manifestaciones del triunfo completo y absoluto de Jesucristo en la tierra.

Porque suya es el alma de esta Humanidad que se ha generado en virtud de su mandato: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado.»

Y suyo es el vínculo que ha establecido la unidad del género humano, que se precia de ser uno y de ser igual en cada uno de sus miembros: los hombres.

Suya también es la universalidad, que abarca toda la Creación, desde la Tierra a los demás astros del firmamento.

Y suyo es el Cielo, que llevamos dentro de nosotros mismos, como realidad palpitante de la presencia y de la omnipotencia de Dios.

Suya es, por fin, la Victoria, que ha derrocado de sus templos a los falsos dioses y arrancado los mitos fabulosos del imperio de la superstición, y suyo es, asimismo, el anhelo de justicia, que se extiende por el mundo y comprende todos y cada uno de los momentos de la vida del hombre, y aun antes de ser éste concebido en el seno de la madre.

Milagro el de la unidad que vivimos, sin apercibirnos suficientemente, y del que se derivan todos los demás bienes, que coronan la Historia de los pueblos existentes.

¡Ay del que se deje cegar por el deslumbrante espectáculo de una ciencia y de una técnica que todo lo inunda con los innegables beneficios de su utilidad provechosa! Los que tal hagan, confundiendo el fin para el que han sido creados los medios de desarrollo práctico, servirán a los nuevos dioses, tan falsos como los que adoraron los gentiles de siempre, y habrán de expiar su engaño con el cruelísimo tributo de su propia dignidad, y más tarde quedarán reducidos a servidumbre irredimible.

Ejemplos dan las páginas de la Historia a quien tenga ojos para ver, cómo en cada momento trascendente de la vida, la Providencia se hace compañera pródiga y benevolente de los destinos del hombre.

Fue en Nazaret, al tiempo que el Angel anunció a María que había llegado el momento de la Redención, cuando se abrieron las rutas de las jornadas y de las navegaciones a todos los puntos cardinales de la tierra conocida, para anunciar y propagar la Buena Nueva a todos los hombres y bautizarles en el nombre de un mismo Espíritu vivificante.

Y mil quinientos años más tarde la geografía se dilataba, cuando un Nuevo Mundo se ofrecía a los cristianos para que se multiplicaran en número, y desde allí enseñorear el Universo con las doctrinas libertadoras y el espíritu divino de su Maestro.

Y es ahora, en nuestros días de triunfos siderales, cuando se funden y se confunden las almas, y todas las colectividades humanas sojuzgadas, solidarizándose en una misma pasión, que casi desborda el cauce de los rectos sentimientos, clamando por la sagrada libertad y la independencia que les confiere su libre personalidad, y la dignidad y el respeto que les corresponde. Pero no sería ocioso recordar, ¿dónde aprendieron tantísimos pueblos y tan innumerables gentes los legítimos derechos, que como hombres les son debidos, y en justicia divina les pertenecen?

Mas no es hora de afligir a nadie con el peso de su propia historia, y mejor será que reduzcamos el testimonio de la verdad, a una sola exclamación:

Ha vencido el amor de los amores, el inocente atribulado con las culpas y los yerros de todos los hombres. Ha vencido el Señor y Dios nuestro, el del Monte Sinaí, el del Calvario, el que ha de juzgar a los vivos y a los muertos.

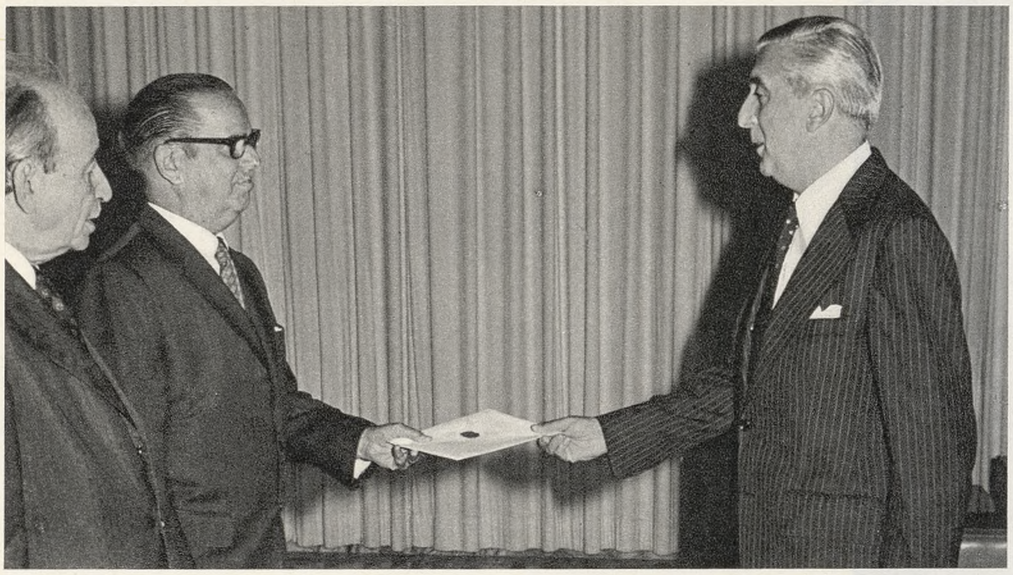
¡HA VENCIDO DIOS!

OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO



MINISTRO DE EDUCACION DE CHILE

El Jefe del Estado español recibió en audiencia especial al contralmirante señor Troncoso, ministro de Educación de Chile, quien firmó en Madrid varios acuerdos de cooperación cultural con su colega el ministro español de Educación don Cruz Martínez Esteruelas. En la foto, el Generalísimo Franco dialoga con el contralmirante, en presencia del señor embajador de Chile en Madrid y del ministro español de Educación.



EMBAJADOR DE ESPAÑA EN CUBA

Don Enrique Suárez de Puga, quien fuera secretario general del Instituto y primer embajador observador permanente de España en la OEA, presentó sus cartas credenciales como embajador en Cuba, al señor presidente de la nación, don Osvaldo Dorticós. Al acto asistió el señor ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, don Raúl Roa. Tras la entrega de las credenciales, el presidente Dorticós y el embajador Suárez de Puga sostuvieron una prolongada conversación.

EN LA REPUBLICA DOMINICANA

Don Javier Oyarzun, quien por mucho tiempo desempeñara la representación de España en Cuba como encargado de negocios, fue designado embajador ante el gobierno de la República Dominicana. En la foto, el embajador dialoga con el señor presidente don Joaquín Balaguer, tras la presentación de sus cartas credenciales.



EMBAJADOR EN VENEZUELA

En el Palacio de Miraflores, Caracas, presentó sus cartas credenciales como embajador de España ante el gobierno venezolano, don Juan Castrillo Pintado. En la foto, el instante en que el presidente de la nación, don Carlos Andrés Pérez, recibe de manos del embajador sus credenciales. Asiste al acto el ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, don Ramón Escovar Salom.



EMBAJADA ESPECIAL EN LA PAZ

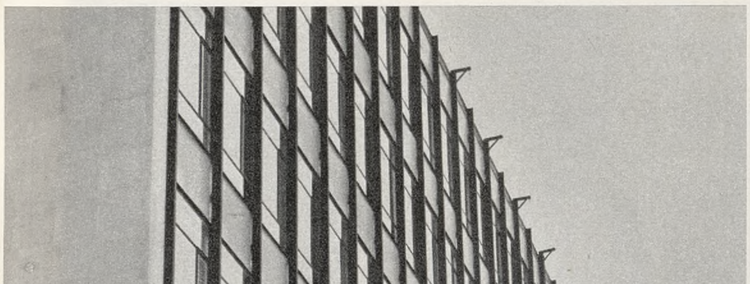
Con motivo de las fiestas por el Sesquicentenario de Bolivia, España envió una embajada especial, que estuvo presidida por el ilustre escritor don Gonzalo Fernández de la Mora. El presidente de Bolivia, general Hugo Banzer Suárez, concedió audiencia especial al embajador Fernández de la Mora. Les acompañan en la foto, el embajador de España en Bolivia don Juan Luis Maestro de León Boletti, y el teniente coronel don Trinidad Fernández Muñoz, agregado aéreo a la embajada española en La Paz.

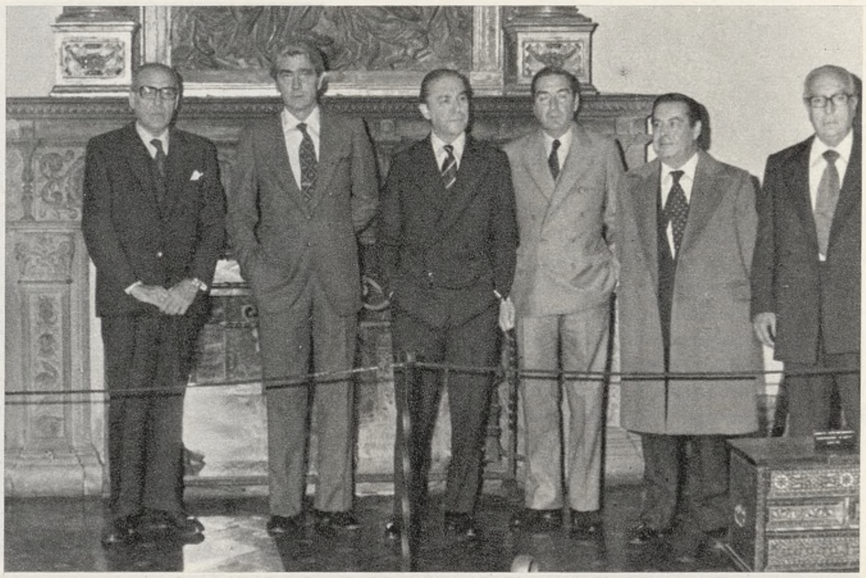


EN EL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

El presidente del Instituto de Cultura Hispánica, S.A.R. don Alfonso de Borbón, ofreció un almuerzo de trabajo al señor ministro de Educación de Chile, contralmirante Troncoso. Aparecen en la foto, con el ministro español de Educación, y el embajador de Chile en España, general Gorigoitia Herrera.







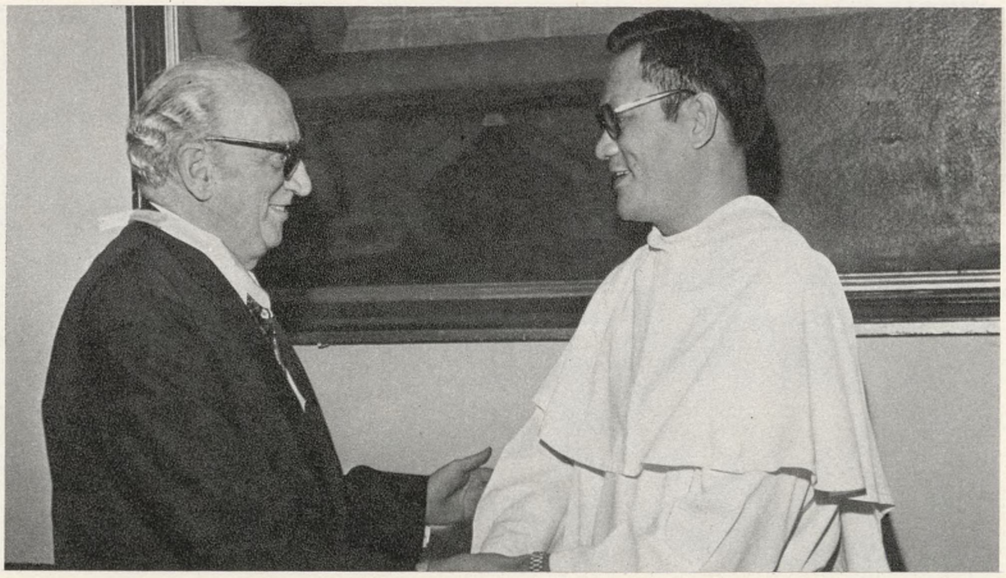
EN LA FUNDACION «PEDRO DE MENDOZA»

Durante la estancia en Buenos Aires del secretario general del Instituto, don Carlos Abella, realizó una visita a la «Fundación Pedro de Mendoza». Fue acompañado por el embajador don Gregorio Marañón, por el jefe de Intercambio y Cooperación don José María Alvarez Romero y por el consejero cultural en Buenos Aires don Enrique Llovet. Aparecen en la foto, en el Museo Larreta, sede de la Fundación, con directivos del organismo.

NUEVA SEDE DE LA OFICINA DE EDUCACION IBEROAMERICANA

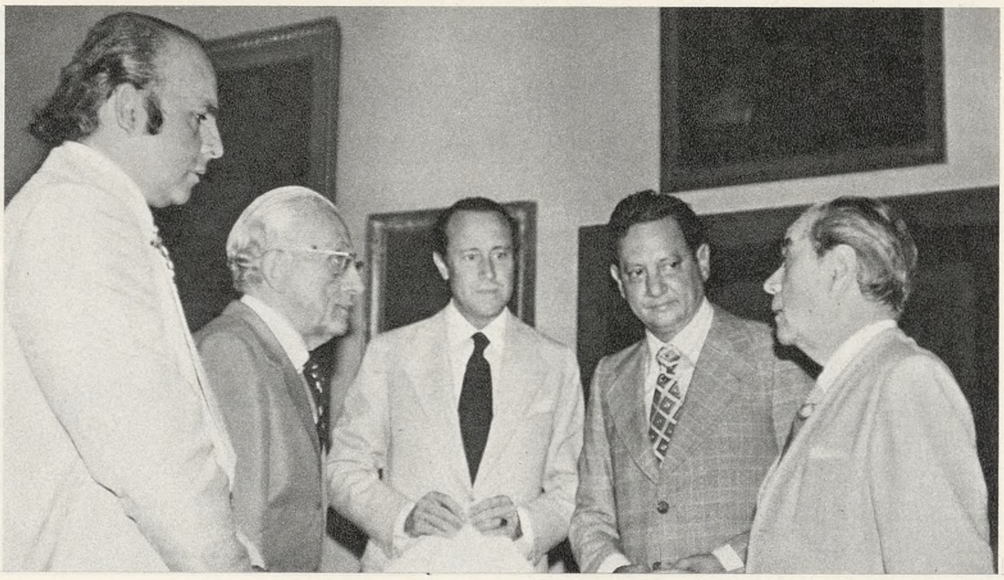
En terrenos de la Ciudad Universitaria de Madrid se levanta este edificio de siete plantas, construido por el gobierno español a un costo de más de millón y medio de dólares, para servir de sede permanente a la Oficina de Educación Iberoamericana. Desde la creación de este organismo, en 1949, tuvo su sede en el Instituto de Cultura Hispánica. El edificio fue entregado por el Gobierno español a los dirigentes de la OEI mediante el Acta de la Rábida por un primer plazo de 33 años, y mediante el pago de un alquiler simbólico. La inauguración oficial se producirá dentro de la XLII Reunión del Consejo Directivo de la OEI.

OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO



DESPEDIDA EN MANILA

Con motivo de su marcha de Filipinas, al haber sido nombrado embajador de España en Suiza, la Universidad de Santo Tomás impuso a don Nicolás Martín Alonso la Gran Cruz de esta prestigiosa institución, preciada distinción que recompensa los méritos contraídos por el que fue durante cinco años nuestro embajador en Filipinas.



LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

La Academia Panameña de la Historia acordó nombrar miembros correspondientes a varios académicos españoles. Para cumplir ese acuerdo, se trasladó a Madrid el secretario de la Academia Panameña, don Miguel Angel Martín. En la foto, el secretario de la Real Academia Española de la Historia, don Dalmiro de la Válgoma, recibe de manos de su colega panameño los diplomas acreditativos de la honrosa designación.

PINTURA ESPAÑOLA EN NUEVA YORK

Presentada por la «International Exhibitions Foundation», fue ofrecida en el Centro Cultural de Nueva York una exposición de 65 cuadros de pintores españoles actuales, seleccionados por James Johnson Sweeney. En la foto, el señor Sweeney, acompañado por la señora de John A. Pope, presidente de la International Foundation de Washington, reciben al señor cónsul general de España en Nueva York, López Herce.



EX BECARIOS DE ESPAÑA EN VALPARAISO

Con motivo de la reorganización de la Asociación de ex becarios de España en la ciudad chilena de Valparaíso, se tomó esta foto, que reúne a los miembros de la Asociación. Aparece con ellos el cónsul general de España don Javier Mateos Alvarez, y la directiva del Instituto Chileno-Hispánico de Cultura de Valparaíso y Viña del Mar.



HOMENAJE A SOR JUANA INES DE LA CRUZ

En el Ateneo de Madrid, y en nombre de su presidente doña Carmen Llorca, Marta Portal, director del Aula de Literatura Hispanoamericana en ese organismo, recibió de manos de Lilia Báez, presidente del Grupo Sor Juana Inés de la Cruz, una estatuilla de la Décima Musa, para que figure en los salones del Ateneo.



EN MEMORIA DE RICARDO GÜIRALDES

En el cementerio de San Antonio de Areco, donde descansan los restos del gran novelista y poeta argentino Ricardo Güiraldes, las autoridades de la Municipalidad, y la Embajada de España, evocaron la memoria del creador de *Don Segundo Sombra*, en el aniversario de su muerte. Con el embajador don Gregorio Marañón, aparecen en la foto el alcalde don Luis Villegas, el inspector general de Asuntos Exteriores de Madrid, y las señoras de Kavalle Cobo y Güiraldes, familiares del novelista.





HOMENAJE A MACHADO EN MANILA

El Centro Cultural de la Embajada de España en Manila inauguró su ciclo de conferencias para el año académico 1975-1976, con un «Homenaje a Antonio Machado». En el acto intervinieron el encargado de Negocios de España don Manuel Piñeiro, el secretario de embajada don Ignacio Masferrer, el doctor Manuel Bayo y la artista Grimi Valenciano.



CONFERENCIA EN BUENOS AIRES

Sobre el tema «El apóstol Santiago en la Tradición Nacional de España», disertó, por invitación de la Asociación Patriótica Española y en el local de la misma, el secretario de Embajada, cónsul adjunto de España en Buenos Aires, don Manuel Pérez del Arco y Segura.

OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO



INAUGURADO EL CENTRO ESPAÑOL DE BAHIA



El gobernador del Estado de Bahía, Brasil, don Roberto Santos, abraza al embajador de España don José Pérez del Arco, durante el acto inaugural del nuevo y espléndido centro español, construido por la colectividad española.

La colectividad española de la ciudad brasileña de Salvador Bahía, ha sabido producir uno de esos hechos que tanto honran a la emigración española en América. Ha construido, para el prestigioso Centro fundado en 1911 por iniciativa de don Manuel Corrales Fernández, un Anexo que servirá de sede al Centro Cultural Recreativo Español. Ocho años de esfuerzos, gastos considerables, y un entusiasmo a prueba de obstáculos y de dificultades, han transcurrido desde que surgió la idea de complementar el Centro con este Anexo, que quedó inaugurado el pasado día de Santiago Apóstol. El embajador de España en Brasil, don José Pérez del Arco, presidió la ceremonia de inauguración, en la que participaron el señor Cardenal Primado del Brasil, S. E. Alvear Brandao, el gobernador del Estado de Bahía señor Roberto Santos, el presidente del Centro, señor Raúl Boulhosa, y el presidente del Consejo Ejecutivo del mismo, señor Armando Pérez Gago. Sobre la actividad y la significación de don Armando Pérez Gago, brasileño, es obligado decir que se trata de alguien que por generosidad y por amor a la institución y a la colectividad española de Salvador-Bahía, echó sobre sus hombros la carga económica de una construcción que habrá consumido más de cuatro millones de dólares cuando esté terminada en su segunda fase. Gracias a la autoridad moral y financiera de don Armando Pérez Gago, fue posible el financiamiento del Anexo.

Más de dos mil personas asistieron a la fiesta inaugural, lo que prueba el justificado júbilo y el orgullo que sienten por su centro los españoles y los brasileños ligados a ellos en Salvador-Bahía.



Momento del corte simbólico de la cinta inaugural. Participaron en la ceremonia la esposa del gobernador del Estado, señora de Santos, y la del embajador, señora de Pérez del Arco, rodeadas por el gran entusiasmo de los dos mil asistentes al acto inaugural.

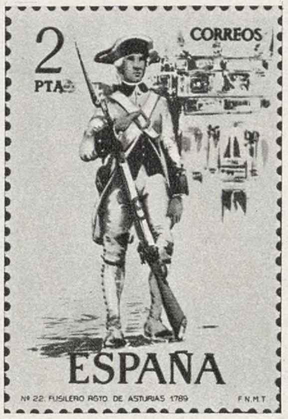
filatelia

LUIS MARIA LORENTE











EN el pasado mes de julio ha tenido lugar en París y convocado por el Ministerio de Correos francés, un coloquio internacional sobre el sello como objeto de arte. Fue un coloquio de mucha más envergadura de lo que en principio se podía presumir y allí nos reunimos, representantes de cuarenta países y se oyeron cuestiones del máximo interés y se puntualizaron temas, que serán de indudable validez para el futuro.

Cuatro fueron las conclusiones finales de este coloquio y en una de ellas se determinó con nitidez cuál es el valor del sello como medio artístico, diferenciándose totalmente, cuándo un sello cumple esta función y cuándo un sello es una simple viñeta... por desgracia hoy tan corrientes y que la gente es atraída por ellas, en razón de su falta de formación artística y su mentalidad demasiado primaria, con la cual ve al sello, como si fuera una estampita.

En relación de cómo un sello es una modalidad del arte, se pueden aducir numerosos postulados y con verdadera satisfacción indicamos el gran número de sellos de los países hispanoamericanos, hecho con este fin: por ejemplo, los de las culturas maya, inca y otras, realizados en diversos países como Colombia, Perú, etc., las magníficas series de Cuba en donde figuran los fondos de sus museos, como el Nacional de La Habana, el de Artes Decorativas, etc.

A este respecto, está aún por hacer una gran serie que se podrían realizar en toda América y es la relativa a las advocaciones de la Virgen en cada país, que es como sigue: Nuestra Señora de Luján (Argentina), Copacabana (Bolivia), Aparecida (Brasil), Cabo de la Magdalena (Canadá), Chiquinquirá (Colombia), Los Angeles (Costa Rica), Caridad del Cobre (Cuba), Carmen (Chile), Altagracia (Dominicana), Quinche (Ecuador), Inmaculada Concepción (Estados Unidos), Rosario (Guatemala), Perpetuo Socorro (Haití), Supaya (Honduras), Guadalupe (México), Concepción (Nicaragua), Rosario (Panamá), Merced (Perú), Paz (El Salvador), Luján (Uruguay) y Coromoto (Venezuela). Ya sé que muchas de estas advocaciones ya disponen de sellos, pero sería atractivo y el filatelista lo agradecería una serie, con igual formato, con todas estas vírgenes más la del Pilar, por España.

* * *

Como recientes emisiones, podemos mencionar:

ARGENTINA.—Un 50 centavos; se refiere a la Basílica de Nuestra Señora de Luján y un 2 pesos, lleva la inscripción de «Estamos vacunados», como propaganda de la vacunación infantil. Hay además dos sellos nuevos de tirada general, un 60 centavos con la efigie de Belgrano y un 7,50 pesos con la de San Martín.

En cuanto al sello conmemorativo de la exposición mundial de filatelia ESPAÑA'75, es un 2,75 pesos y en su dibujo figura Don Quijote de la Mancha, según el dibujo al carbón hecho por Ignacio Zuloaga y que está en su Casa-museo de Zumaya. Este dibujo tuve la satisfacción de proponerlo a través del Agregado cultural argentino en Madrid señor Recondo y este sello hace pareja con el editado en España en 1947.

BOLIVIA.—También ESPAÑA'75 dio lugar a un 4,50 bolivianos y un 30 centavos es para el XXX aniversario de los Lions Clubs.

BRASIL.—Todos los sellos que se mencionan son de carácter conmemorativos y son: 0,70, 1 y 3,30 cruceiros, Protección de la Naturaleza; 3,30 cruceiros, Año Santo; 0,70 y dos 1 cruceiro, Arqueología; cuatro 50 centavos, Peces de agua dulce; 50 centavos, Homenaje a las fuerzas militares brasileñas que lucharon en la Segunda Guerra Mundial.

COLOMBIA.—Para la Cultura Sinú, está una serie de 0,80, 1,20, 2 y 10 pesos (se reproducen objetos del Museo del Oro) y también en 2, 3, 4 y 5 pesos, figuran estos óleos: Bosque, de Román Roncancia; En el mercado, de Miguel Díaz Fargás; El niño de la espina, Gregorio Vázquez; y Anunciación, Siglo XVIII.

COSTA RICA.—La XVI reunión de la Asociación de radioaficionados merece un grupo de: 1, 1,10 y 2 colones.

CUBA.—Una vez más, el Día del Sello se refiere a temas filatélicos de los tiempos españoles. Esto es muy de agradecer a las autoridades postales cubanas, demostrando con ello un perfecto sentido de sus valores históricos. La serie se forma con 3, 13 y 30 centavos y van improntas del Correo marítimo, tanto de la Costa Norte como de la Costa Sur. En cuanto al Museo de Artes Decorativas, en 1, 2, 3, 5, 13 y 30 centavos, se muestra distintos objetos componentes de sus fondos artísticos. Además, un 30 centavos es para el XXX aniversario de la victoria sobre el fascismo y un 3 centavos, para el Día de la Infancia.

CHILE.—En relación con el cincuentenario de la Asociación de salvamentos marítimos, hay cuatro unidades de 150 escudos, cada una.

DOMINICANA.—Otro sello para la exposición ESPAÑA'75 y es de 12 centavos.

ECUADOR.—Emilio Estrada (arqueólogo) y Adolfo H. Simonds (periodista) figuran respectivamente en piezas de 80 centavos y 5 sucres. De este mismo valor está otra para la Conferencia de los países productores de petróleo.

EL SALVADOR.—El edificio de la Central de correos figura en 10 y 25 centavos.

ESPAÑA.—Serie dedicada a la Fauna nacional de: 1, 2, 3, 6 y 7 pesetas, mostrando estas especies: salamandra, tritón, ranita de San Antonio, sapo partero y rana roja. Otra serie es el 5.º grupo de uniformes militares y es de: 1, 2, 3, 4 y 7 pesetas mostrándose éstos: Regimiento de Caballería de Montesa (1788), Fusilero del Regimiento de Infantería de Asturias (1789), Coronel de Infantería (1802), Abanderado del Real Cuerpo de Artillería (1803), y Zapador del Real Regimiento de Ingenieros (1809).

FILIPINAS.—El resto del stock de los sellos antituberculosos han sido sobrecargados de esta forma: 5 centavos, el de 15+5; 60 centavos, el de 70+5; y 1 peso el de 1,10+5.

MEXICO.—La serie general se incrementa con: a) correo ordinario: 0,80, 2, 2,30, 5,20, 50 pesos, b) correo aéreo: 1,60, 1,90, 4,30, 5,20, 5,60, 50 pesos; c) urgentes: 2 y 5 pesos.

En cuanto a sellos conmemorativos están: 80 centavos, centenario de la Cámara de comercio; 1,60 pesos, Festival Cervantino; 1,60 pesos, reunión numismática: 1,60 pesos, Rafael Novo.

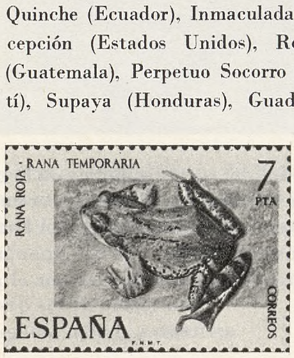
NICARAGUA.—II centenario de la revolución norteamericana, con: 1, 2, 3, 4, 5, 10, 15, 20, 25, 30, 35, 40, 50, centavos, 2 y 5 córdobas, más dos hojas bloque de 7 córdobas cada una.

PANAMA.—Año internacional de la mujer, valor 17 centavos.

PERU.—II conferencia de la ONU para el desarrollo industrial, con precio de 6 soles.

URUGUAY.—ESPAÑA'75, sello de 400 pesos y bloque de 1.000. Centenario de la ciudad de Rosario, 150 pesos.











V JORNADAS CULTURALES DEL ARCHIPIELAGO CANARIO

«TENEMOS, ESPAÑA Y LOS PAISES AMERICANOS, LA OBLIGACION DE REHACER LA ESTRUCTURA QUE SE ROMPIO EN EL PROCESO DE LA INDEPENDENCIA»

Rafael Caldera

(Texto del discurso pronunciado en Garachico, Tenerife, por el ex presidente de Venezuela e ilustre bellista don Rafael Caldera, en su intervención en las «V Jornadas Culturales del Archipiélago Canario». Información en la página 76.)



AUTORIDADES, señoras y señores: Esta ocasión es para mí una bella noche, llena de arte, de alegría y de encantos. Como venezolano me siento profundamente complacido, lleno del más sincero y vivo agradecimiento y portador de un mensaje de pueblo a pueblo. Porque en este acto cultural tan excepcional, en un escenario inimitable, yo no quisiera «estropear» esta noche, de danzas, canciones y poesía terminando con un discurso o una conferencia. Hablando rigurosamente, el acto debió haber concluido con este hermosísimo espectádulo folklórico que acabamos de presenciar.

Había prometido hablar de la presencia de Canarias en Venezuela y hacer algunas consideraciones en torno a la figura de Andrés Bello. Voy a tratar de hacerlo de la forma más considerada para el auditorio. Pienso que cuando alguien trata de manifestarse sobre las islas Canarias y sus gentes va de sorpresa en sorpresa. Es un pueblo fundido siempre con el mar, dispuesto siempre a recorrer grandes distancias. Sin embargo, no es como otros pueblos que también hicieron de la navegación un medio de vida o como otros insulares, dentro de unos modos comerciantes por antonomasia, sino que es un pueblo agricultor. Quienes llevamos en Venezuela sangre isleña en las venas, la tenemos de nuestros laboriosos labriegos que lucharon sobre la tierra para hacerla productiva.

El canario, en mi tierra, es considerado como sinónimo de agricultor serio, rudo, adusto y laborioso. El vocablo isleño, que por una circunstancia histórica es entre nosotros sinónimo de canario, es al mismo tiempo el que pertenece a hombres que trabajan nuestra tierra, de recias tradiciones, de lenguaje rudo y directo y de autoridades indiscutibles e irresistibles.

Y quiero hacer una observación curiosa a esto de que en Venezuela se llame isleño al canario, porque nosotros también tenemos islas, como la de Las Perlas o de Margarita. Y yo pienso que si a un margariteño le preguntan: ¿usted es isleño?, a lo mejor contesta que no. Isleño es entre nosotros el que fue de estas islas a asentarse allí a través de oleadas sucesivas, porque empezó antes que la Compañía Guipuzcoana. Por cierto que el caudillo de la resistencia contra la Guipuzcoana fue un isleño: don Francisco de León. Llegó con la Compañía Guipuz-



El general Francisco de Miranda, hijo de canario.

coana a realizar labores de desarrollo en la agricultura del país.

Desde el siglo pasado, hasta hoy, el isleño ha venido asimilándose siempre, encontrando una tierra propia y cumpliendo allí una labor que nadie se atreve a discutir. Si alguien se pusiera a indagar la presencia del isleño-canario en Venezuela tendría para escribir varios volúmenes.

Creo que es importante resaltar que las figuras más destacadas de la historia de Venezuela, y al mismo tiempo honra del país, tienen ascendencia canaria. Miranda, el Precursor, hijo de don Sebastián de Miranda, —natural del Valle de La Orotava— y de doña Francisca Antonia Rodríguez de Espinosa, que procedía de familias canarias domiciliadas en Caracas por varias generaciones, fue filósofo, pensador, viajero, maestro de Libertadores, estrella del pensamiento y el primer latino-americano de proyección universal.

Y aquí, muy cerca, en la plaza principal de esta Villa de Garachico está la estatua de Simón Bolívar, la figura por excelencia. Ese hombre, en el que se funden las sangres de las distintas regiones de España, descendiente de vizcaínos, de castellanos, de andaluces y de navarros, tiene una ascendencia canaria que nos llena a todos de orgullo y especialmente a Garachico, ya que de aquí partieron los Ponte y los Blanco, que fueron directos antepasados de doña María de la Concepción Palacios y Blanco, madre del Libertador.

Revisando una genealogía escrita por Suárez, me encuentro con que uno de esos Ponte, descendiente de conquistadores, don Gabriel de Ponte y Gutiérrez, natural de Garachico, tuvo por madre a doña Juana Gutiérrez, mujer de nación-guanche, es decir, de las poblaciones indígenas del archipiélago. En las hazañas del Libertador quizás puede contar mucho esta sangre de guanche.

Quiero recordar que José Antonio Páez, el primer presidente de la República de Venezuela, era hijo de Juan Victoria, nieto de Luisa Antonia de Mendoza, que a su vez era hija legítima de don Luis Rodríguez de Mendoza, canario de la isla de Tenerife. Y, por favor no vayan a pensar ustedes que he buscado especialmente a los Rodríguez, porque al fin y al cabo es Rodríguez mi apellido.

Miranda y Páez tuvieron esta sangre canaria tan importante y significativa. Y quiero decir que José Antonio Páez, el hombre cuya figura acostumbramos a ver a caballo, montado en potro salvaje sin estribos y sin montura, realizando hazañas increíbles que aseguraron definitivamente la independencia, se convirtió en un hombre de vasta cultura y grandes conocimientos que supo manejarse con brío en lejanos países.

Y José María Vargas, que nació en La Guaira en 1786, era hijo de don José Antonio Vargas Machuca, natural de la villa de Arucas, en Gran Canaria. José María Vargas, médico que había estudiado en varias Universidades, graduado en Edimburgo, renovador de los estudios médicos en Venezuela, el primer doctor en Medicina que fue Rector de las Universidades, refundador de la Universidad Central de Venezuela, presidente de la República, es una de las figuras más excelsas por su dedicación a las tareas de la inteligencia y del patriotismo.

Y luego, Fermín Torres y Cecilio Acosta también de ascendencia canaria. Para saber quién fue Cecilio Acosta basta decir que al hacer una revisión de sus obras completas, no se encontró en Venezuela más honroso texto para prologarlas que el discurso que en su honor hizo el apóstol de Libertad Cubana, José Martí. En Acosta nos encontramos con uno de los escritores y pensadores más altos que existe en América. Y Fermín Torres, patriota, héroe civil, legislador, filósofo, orador de fama indiscutida, desciende de estas islas Canarias.

Pero yo quiero hacer unas consideraciones sobre una figura que yo amo con auténtica devoción y que al lado de Bolívar constituye la gloria más alta de la vida de las naciones hispanoamericanas. Menéndez y Pelayo escribió que la antigua Capitanía General de Venezuela había tenido la fortuna de haber dado a América del Sur su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello. Y esta frase, emanada de la autoridad de don Marcelino, tal vez sólo puede ser objetada en haber calificado a Simón Bolívar como un hombre de armas, porque si bien es cierto que brilló en el campo de batalla también lo hizo en el campo del pensamiento y como hombre de Estado, fundador de Repúblicas y defensor de la integración latinoamericana.

Andrés Bello nació en Caracas y murió en Santiago de Chile por circunstancias de la época. Al morir había alcanzado su

figura una mayor expresión continental. Desde la nación más septentrional a la más austral de América del Sur, su figura no representó los puntos de vista de uno sólo de nuestros países, sino los puntos de vista de toda nuestra comunidad.

Señoras y señores: un joven investigador ha establecido que todos los bisabuelos de Andrés Bello, paternos y maternos, eran de las islas Canarias, de modo tal que podríamos decir que de las personalidades de nuestra historia es tal vez vez la más canaria de todas. Venía de José Rodríguez Bello y Bello, cuyos padres fueron José Custodio Bello —hijo de José Rodríguez Bello y de B. Martínez, ambos de La Laguna, isla de Tenerife— y de Angela Lorenzo Bello —hija de Manuel Rodríguez Bello y Juana Gutiérrez García, de La Laguna y Granadilla de Abona respectivamente—. Su abuelo materno, Juan Pedro López Rodríguez, del que se ha descubierto que fue el pintor más importante de toda nuestra etapa colonial, era hijo de José Lopez y de María Domínguez Gutiérrez, nacida en Tacoronte. Los otros bisabuelos, Francisco Delgado y doña María de La Cruz, ambos de Tacoronte. Tenemos una verdadera prosapia isleña.

¿Quién fue este Andrés Bello del que tanto hablamos? En unos cuantos planos quisiera indicar su figura. Salió de Caracas con 29 años de edad, había estudiado Derecho Civil y Derecho Canónico, oficial mayor de la Capitanía General, dominaba el latín y aprendió el inglés por sus propios medios, fue enviado como secretario de la misión que encabezaba Bolívar para solicitar el reconocimiento de la Independencia ante el Gobierno inglés y se quedó en Londres durante 19 años, en los cuales pasó muchos sufrimientos, amarguras y miserias, sin poder regresar porque cuando los patriotas perdían la guerra lo consideraban exiliado y cuando los patriotas tomaron el poder lo necesitaban como diplomático. Allí en Londres, se casó dos veces, enviudando de su primer matrimonio, formó una numerosa familia y sus deseos comunes e inquietudes era regresar a su país, aunque no pudo satisfacer ese deseo. El gobierno de Chile lo llamó y se fue a aquel hermano país, donde realizó una obra de fundador y maestro, porque al poco tiempo fundaba la Universidad de Chile, de la que fue su primer Rector, hasta su muerte en 1865. Fue Oficial Mayor y Vice-Ministro de Relaciones Exteriores y dirigió toda la



En su visita a Tenerife, el ex presidente Caldera recibió innumerables muestras de aprecio y simpatía. La Villa de Garachico le nombró Hijo Adoptivo, y en la foto vemos al señor Caldera, acompañado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica señor Tena Ybarra, y por el señor Méndez, del Instituto Canario de Estudios Hispánicos, leyendo el pergamino otorgado por el Ayuntamiento de Garachico.



La obra de Andrés Bello fue el gran tema de la disertación del señor Caldera en las V Jornadas Culturales del Archipiélago. El orador detalló los orígenes directos que tenía Bello en familias canarias.

política extranjera, lo hicieron senador y es fama que escribía a veces el mensaje del Presidente de la República al Senado y la contestación que éste enviaba al presidente. Organizó la Administración Pública en Chile, redactó un Código Civil que todavía subsiste, que nos dio la síntesis maravillosa entre el viejo Derecho Español y el nuevo surgido de la Revolución Hispanoamericana, que fue el que adoptaron Colombia, Nicaragua, y varios países de la América Latina.

Pero este hombre singular escribió versos y los críticos literarios dicen que con él empieza la genuina poesía hispanoamericana. Escribió una filosofía del entendimiento que muchos autores encuentran que sigue siendo el libro más importante que sobre filosofía se haya escrito en Hispanoamérica y encuentran en él impresionantes atisbos de lo que se considera la filosofía moderna. Hizo un estudio sobre el Poema del Cid, que don Ramón Menéndez Pidal consideró de los más valiosos e importantes que existían. Escribió unos libros sobre Principios de Derecho Internacional y se dice que de ellos arranca el Derecho Internacional Hispanoamericano. Pero sobre todo, escribió una gramática y el insigne filólogo Amado Alonso, al prologar una edición de esa gramática, dijo que continúa siendo la más importante que se haya escrito en lengua castellana. Y observa que esa gramática se escribió hace cien años y en esos cien años la Gramática ha surgido como ciencia y que ésta es la mejor, no a falta de otra cualquiera sino por su mérito intrínseco, que la hace de las más valiosas del mundo.

Yo quiero decir en esta breve disertación, que esta gramática la escribió Bello con timidez, con humildad, no dedicada a los españoles. Decía: «No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América, para tratar de recordarles que la unidad del lenguaje es fundamental y que uno de los dramas más graves que podría ocurrirnos es que el idioma se fraccionara, se dividiera, como ocurrió en la Europa de la Edad Media.»

La Real Academia Española, a aquel lejano filólogo lo hizo miembro correspondiente en aquel entonces. Son muy bellos los testimonios que las mayores autoridades de la península escribieron acerca de Andrés Bello. Más tarde, Menéndez Pelayo dijo que era el salvador de la integridad del castellano en América. Cuando se piensa que éste es el instrumento mágico de la integración se puede palpar la significación que Bello tuvo para la sólida unidad y entendimiento.

Su estatua fue inaugurada en la Dehesa de la Villa, en Madrid, y una réplica de esa estatua fue colocada por decisión de la Academia, en el vestíbulo de la entrada principal del Palacio donde se reúne este docto cuerpo, que custodia la marcha y transformación de nuestra lengua.

Por esto, mis queridos amigos de Canarias, yo quisiera esta noche resumir el objetivo de mis palabras para decir: bien está el Libertador, el hombre sin parangón ni paralelo, en la plaza de Garachico; bien está el Precursor Francisco Miranda, el primer americano de contenido universal, en el Puerto de la Cruz; bien está el doctor Vargas, sabio y modesto, repúblico y hombre insigne, en la Villa de Arucas; pero es necesario que la figura en bronce de Andrés Bello, el más isleño de todas las grandes figuras de nuestra Patria y la más excelsa de todas las figuras de la cultura y la inteligencia en el continente latinoamericano, venga también en bronce a las Islas Canarias, y ya que La Laguna, Ciudad Universitaria por excelencia de este Archipiélago, fue cuna de sus mayores, quiero lanzar esta noche la idea de que la estatua de Andrés Bello, en La Laguna, eternice tan valiosos lazos de amistad, fraternidad y cooperación no sólo con Venezuela sino con toda América del Sur.

Queridos amigos, al mirar el mapa mundi y observar la posición de las Canarias se puede deducir que Dios las puso como símbolo, como un faro o una atalaya, pero sobre todo como un índice para obligar a España a mirar hacia el occidente, hacia las tierras que el empuje de la fe de una Reina insigne y la voluntad de un pueblo pusieron en contacto con la humanidad hace casi cinco siglos. España, es cierto, ha jugado y tiene que jugar un gran papel en Europa, pero aquí en las Canarias, más que en cualquier parte, España es principalmente americana.

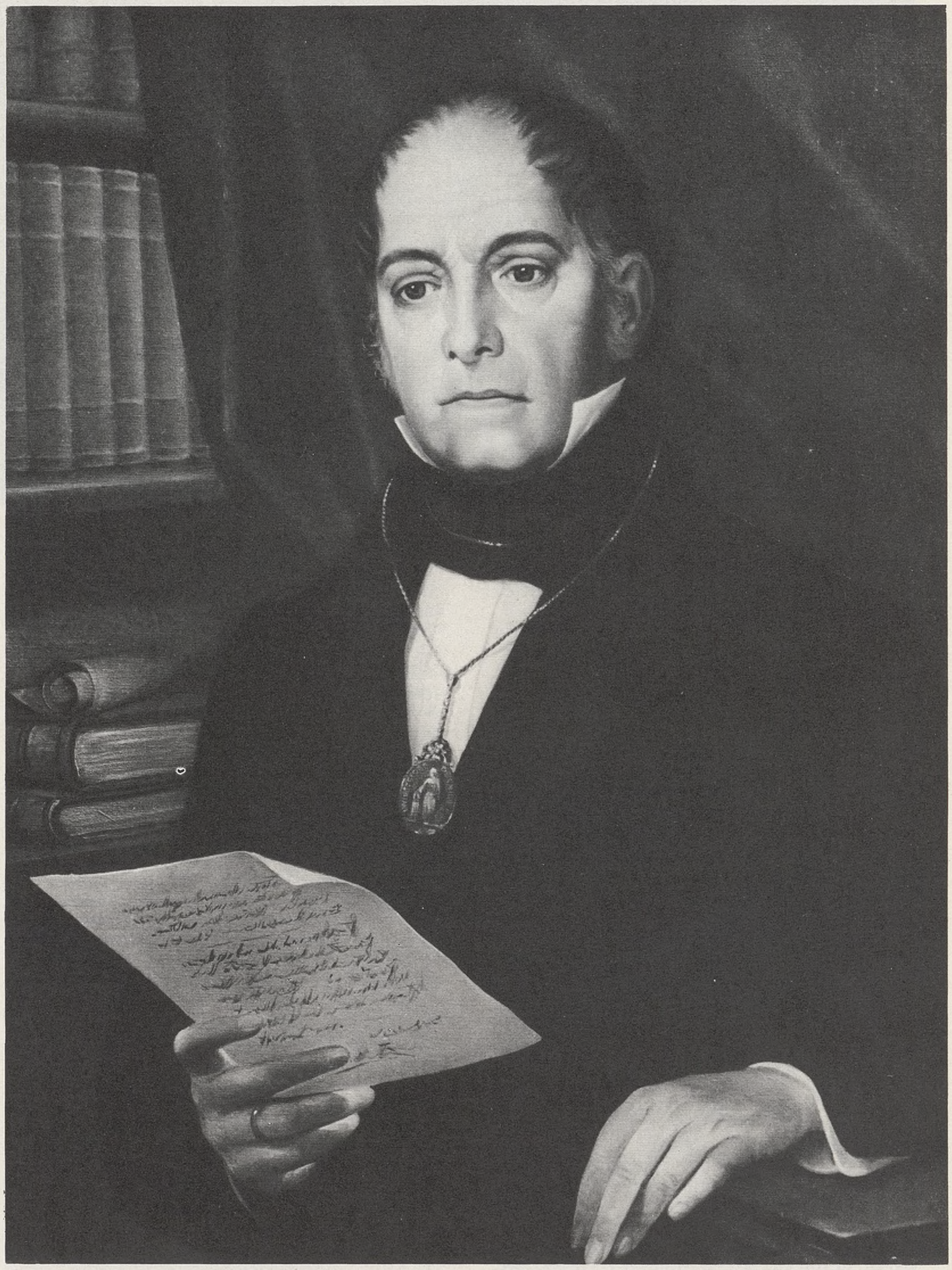
Allí estamos trescientos millones de seres que hemos formado nuestros pensamientos y nuestra cultura, que hemos surgido a la vida y fundido nuestra sangre y nuestra existencia con los más variados contingentes étnicos, siempre con la raíz del abolengo ibérico. Allá estamos unos pueblos que hemos luchado donde

lucha España a través de la mayor parte de su historia por la libertad y por la justicia. Allí están nuestros pueblos, que sentimos que nuestra integración para darnos corpulencia y hacer sonar nuestra voz no puede ser sólo para beneficio nuestro sino para beneficio de la humanidad. Este Archipiélago Canario, parte inseparable de España, marca la ruta de Colón, recuerda que para que en Europa mismo, la voz española sea mirada con respeto y su actitud sea observada con atención es necesario que lo haga no sólo en nombre de las decenas de millones de habitantes de la Península, sino especialmente de los centenares de millones que forman una sola comunidad.

Yo soy un convencido de que nuestra generación no dejará de ser y actuar en la Historia sin que sintamos una unidad fecunda, un intercambio cada vez más estrecho y frecuente, una hermandad cada vez más sólida entre América Latina y España.

A veces las cosas secundarias se han puesto como prioritarias para justificar el entendimiento. Pero es mucho más lo esencial que nos induce a una actitud común que lo accidental que algunas veces ha retardado estos grandes objetivos de la Historia.

Al evocar esta noche, en esta plaza, en este ambiente de amistad, de fraternidad, alegría y optimismo, ante gente que sabe cumplir su palabra y que no le tiene miedo a ninguna empresa por difícil que sea, quiero concluir mi intervención, aparte de agradecer de nuevo todas las inagotables muestras de amistad y de afecto que he recibido, quiero invocar el nombre de Dios, el nombre de Andrés Bello, el nombre de Miranda y el nombre de tantas personalidades que tuvieron ascendencia hispana y especialmente canaria, para que los mejores valores de uno y otro lado del Atlántico no perdamos de vista como obligación fundamental la de realizar esta estructura que tuvo un contenido imperial en los años del descubrimiento y la conquista, que se rompió en el proceso de la Independencia y que no ha llegado a revelarse totalmente como tiene que hacerlo: a través de la unión de pueblos libres e iguales, que están dispuestos a luchar por los valores esenciales de la filosofía y la vida española del Siglo de Oro, de aquellos principios que llenan de orgullo y que marcaron el camino que España tiene el sagrado deber de recorrer.



Retrato al óleo de Andrés Bello, pintado por Francisco Meralles. Este retrato se encuentra en Santiago de Chile, y es el único en el que vemos al humanista como gran fumador de puros, en un rincón de su estudio en la capital chilena.



EL MONUMENTO JESUITICO DE SANTA CATALINA

Por CALIXTO JOSE NUÑEZ

¿QUE documentación existe en relación a la fecha en que se comienza a construir y se termina la iglesia jesuítica de Santa Catalina y sus dependencias?

Hemos comentado ya la documentación relacionada al pleito entre el obispo Mercadillo y la Compañía de Jesús por medio de la cual se asevera que en el año 1701 existía la iglesia de Santa Catalina y se menciona una torre con campanas pesadas pendientes de abrazaderas de fierro y cómo se clavaron las puertas en el umbral de abajo para su clausura. Luego de la expulsión de los jesuitas fueron entregados a Fernando Fabro, delegado en Córdoba de Bucarelli, más de 40 libros (17), entre ellos: «un cuaderno que sirve de borrador del Libro de Cuentas Generales, noviembre de 1663; un Libro de Cuenta del Oficio de la Provincia, año 1655; Libro de Cuentas de los PP. Procuradores que van a Europa, octubre de 1669; Libro de Cuentas del Colegio con la Estancia; Libro de Cuentas de lo que la Estancia de Santa Catalina da a la Provincia, empieza en enero de 1738; Libros de los Conchavados de la Candelaria, Santa Catalina y San Ignacio; del Oficio del P. Procurador de Provincia donde se ponen las entradas y gastos de «Almasen» según el orden del P. Visitador Antonio Garriga por Marzo de 1711;... (18)». En el último, en las partes que me ha sido posible tener a mano, puede leerse en detalle del cual fue el movimiento de la estancia de Santa Catalina en relación, entre otras, a las obras de edificación, a partir de esa fecha de las que enumero las más importantes: compra de grandes cantidades de caña, paja y ladrillos para la sacristía; de tejas y de lajas, las últimas posiblemente para el atrio de la iglesia; de 60 tablas y 22 tablones, elementos de herrería, carpintería y albañilería; ejes y rayos para carretas, la mayor parte de todo esto en 1717. Anteriormente, en 1716, se labran puertas y ventanas, se compran visagras y en varias oportunidades hierro y acero; en 1720 se asienta que funciona el horno de cal; en septiembre de 1721 se compran dos onzas de guarniciones de oro para el frontal; en 1724 y 1738 estaño y plomo. En el mismo Libro, en julio de 1720, en febrero de 1721 y en mayo y en septiembre de 1722 figura el hermano Prímoli, arquitecto, proveyéndosele de borceguíes, zapatos, camisas, sábanas; en noviembre de 1720 el hermano Schmidt, bávaro, constructor; en octubre de 1720 y marzo de 1721 el hermano Claussner, peltrero, estañero y fundidor de campanas en Alta Gracia.

Al mismo tiempo que Prímoli, en julio de 1720, el sobrestante o capataz Antonio Zebrero quien, según el padre Gracia (19) fue sobrestante del hermano Blanqui o Bianchi, con Prímoli arquitectos de la catedral de Córdoba. Zebrero es nombrado, además en septiembre y noviembre de 1720, siempre dirigiendo peones, que en una oportunidad, alcanza el número de 56 en un período de dos meses. Es curioso, también, apuntar el ítem del mismo Libro, de fecha noviembre de 1720 que dice: «Llevé a la Estancia para la fiesta de la Santa el vestido de raso liso con guarniciones de plata mangotes de tafetán carmesí y hechura 74 pesos y el de «Preparativos para la fiesta de la Santa (que es el 25 de noviembre, que sigue celebrándose todos los años), 6 pesos de bizcochuelo, 3 pesos de torta de rosa y 6 pesos de confite y en septiembre de 1722». A la Estancia con Esteban Colorado un espadín con su cinta de raso para la Santa... Por otra parte, la estancia de Santa Catalina había, en marzo de 1716, brindado albergue al ilustrísimo señor obispo diocesano doctor Alonso de Pozo y Silva, significación de que podía ofrecerle alguna comodidad y de que la iglesia se prestaba para la celebración del culto. Es demostrativa de grandes refecciones, la descripción del Provincial José Barrera, citada por A. Lascano González, tomada de la Carta Anua de 1754, dato facilitado por el padre Gracia: «En este tiempo se han hecho varias obras en nuestra estancia y se está trabajando en la composición de la capilla que espero será muy hermosa con su crucero...» Por ese tiempo, también se menciona, en el Libro de Gastos, la compra de fierro, de puertas, rejas, 61 clavos de bronce para la puerta de la iglesia, espejos, oro para el dorado de los altares, dos arañas de plata y en 1763 una lámpara grande de plata, la cual fue sustraída posteriormente por Antonio Bobadilla, jefe de los conductores de las carretas que llevaron a los expulsos a Buenos Aires. El enriquecimiento de la estancia alcanza por esa época su culminación: es dueña de cerca de 500 esclavos, de grandes extensiones de tierra, de ganados numerosos y diversos, participa de un comercio que le rinde pingües beneficios para tratar todo lo cual, dedicaré en otra oportunidad, capítulo aparte. Son explicables, en esas circunstancias, el ritmo acelerado en la fábrica, el alhajar ricamente la iglesia, etc., pero ello no debe hacer caer en la equivocación de asegurar, como lo expresa Furlong (20), que la iniciación de la construcción del templo data de 1750 o 1751, que la iglesia se pudo librar al culto en 1754 como lo sugiere Buschiazzo (21), o como cuando este mismo arquitecto e historiador, escribe: «Basándose en la fecha de iniciación del templo —1754—...» (22). A pesar de la diferencia de 29 años entre las publicaciones de ambos libros de Buschiazzo, el lector puede preguntarse, ¿cómo el templo pudo librarse al culto, cuando en ese mismo año recién comenzaba la edificación? No obstante materializar errores de volumen, han ido propagándose, así Pal Keleman (23) un americano de Connecticut, hace suya la aseveración de la fecha de 1754 para la iniciación de la obra. Esos errores, el de Kronfus y otros escritores (24), han mantenido la creencia, si se quiere popular, de que hubo una primera iglesia en otro sitio que el del actual, localizándola ya en uno de los Percheles, cuyas ruinas quedan cerca del edificio principal, ya en las de los telares en la Ranchería. Una leyenda que cuenta la voluntad de la Santa de que se levantase la iglesia en el lugar en que se halla, cimenta la primera.

En noviembre de 1760, el Provincial padre Nicolás Contucci, escribía: «... se acabó el crucero de la iglesia con su media naranja y se está trabajando en la portada y acabando los aposentos que están pegados a la iglesia» (25) y en 1763, el Provincial padre J. Andreu, después de describir el adelanto de la estancia en sus ganados, en los obrajes..., «da las gracias al Hno. Administrador Diego Millán (quien desempeñaba el cargo desde 1727) por el singular zelo y empeño con que procura el adelantamiento de la Hacienda, la conclusión de la obra de la Iglesia que está muy hermosa, y la de la obra De la azequia de la Toma, que será, volente Deo, obra famosissima y de gran conveniencia. La de la Casa, que es sumamente necesaria, se hará según la planta que dexo firmada y aprovada» (26).

ES IMPORTANTE APUNTAR QUE EN NINGUNO DE LOS DOCUMENTOS PRECEDENTES SE HAYA HECHO MENCION A LA CONSTRUCCION DE TORRES O A MODIFICACIONES en las que ya estaban levantadas, lo que confirma nuestro punto de vista de que las refecciones en la iglesia se hicieron manteniendo las torres primitivas y que no hubo una iglesia en otro lugar. Es presumible que esa planta, aprobada y firmada por el padre Andreu, fuera obtenida o llegara a manos de don Francisco Antonio Díaz, el comprador del monumento y la estancia en 1773-1774, pero si es lógico mirar con escepticismo que ello ocurriera de modo opuesto, no es lícito negar y retacearle el que supo apreciar la belleza y el exacto equilibrio arquitectónico del proyecto referente a los claustros, ya que ningún documento afirma que en 1767 estuviesen comenzados, y que cargó con la magna empresa de su total realización, con el abovedamiento de los aposentos con techos primitivos que daban a aquéllos, así como con el levantamiento de habitaciones y galerías de bóveda de los lados sur y este del patio principal, que quedó de esta suerte separado del que ocupa el extremo al naciente, al cual he conocido siempre por «patio de abajo», y unido a él únicamente por la continuación del corredor del cláustro ubicado al norte. Es penoso que en ese aspecto, custodios vigilantes del fuego sagrado de la religión y el patriotismo —como irónicamente para otros asuntos, los califica Benedetto Croce (27)— hayan pretendido cercenar la obra de un particular por ello destacado, cuando los jesuitas, para el reconocimiento de lo que hicieron, no lo necesitaban.

¿Cuáles fueron los estilos que se siguieron en la obra arquitectónica?

El estilo neoclásico, que en el siglo XVIII surgiera en Europa como una reacción contra el barroco y el rococó, impera en los claustros de bóveda de cañón, en la mayoría de sus cuatro esquinas y de aristas en el resto, que determinan superficies cuadradas, como lo son los altos pilares limitando las arquerías del pórtico, de amplios e iguales paños, en los cuatro lados semejantes del patio. Sobre la cara externa de los pilares van diseñadas pilastras, terminadas en cornisas con repisas que las sostienen, coronada en su parte media, la de la situación al sur, por un amplio reloj de sol. Muestra el todo un conjunto de fina elegancia, de amplitud de ambiente, de prudentes líneas, que encierran un limpio y sereno recogimiento. La impresión que causa el interior de la iglesia de estilo barroco, expresión de la contrarreforma, con algunos toques de rococó en los altares laterales, no es sin embargo, de contraste con el claustro y el resto del edificio: hay algo que atrae poderosamente en el templo, que sumerge en él, elevando lo humano, como si las voces del órgano de Doménico Zipoli, el de Prato, en la Toscana, quien residió en Santa Catalina y que dejara al indio José, su principal discípulo, como maestro de música, nacieran nuevamente en la acústica privilegiada. Podrían repetirse otra vez las palabras del músico: «La belleza... el canto de una privación. Quiero acercarme más al Bien de que estoy privado, ahora que otros bienes han venido a calmar mi sed (28).»

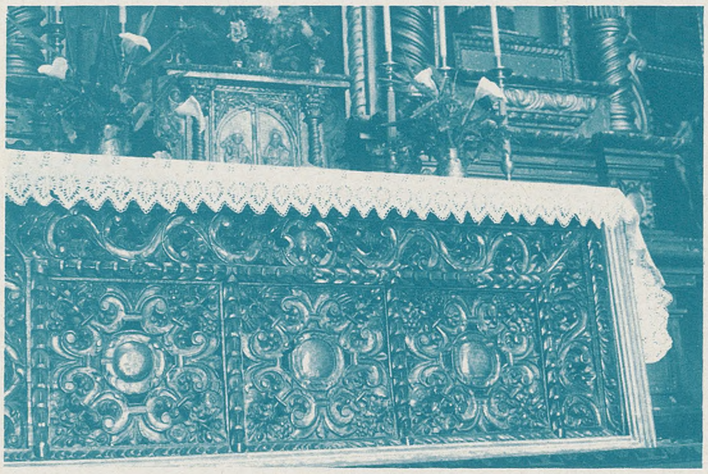
El retablo adosado al muro de la fachada posterior del templo, tallado y finamente dorado con molduras y relieves, presenta en la parte superior y central un frontis semicircular, cortado en su parte media, con el escudo de la Compañía de Jesús debajo de esa abertura. Corona el retablo un nicho longitudinal en la pared, con la imagen de Santa Catalina, en la mano derecha el espadín, la punta del cual asienta sobre la cabeza del emperador Maximino y en la mano izquierda, algo flexionado el antebrazo, una vara de palma. Siguiendo la descripción hacia abajo del frontis, un nicho mixtilíneo y en él un crucifijo, con un Cristo de rostro agónico pero con la serena significación de alcanzar algo superior y a ambos lados dos pequeñas columnas y hacia los dos extremos, nichales cobijando a San Ignacio de Loyola y a San Francisco Javier. En el cuerpo inferior del retablo, las imágenes de San Miguel Arcángel a la derecha y San Rafael y Tobías a la izquierda, en nichos culminados en veneras o conchas de estrías radiales. Enmarcándolos a los últimos, empleando el vocabulario técnico que me diera el arquitecto Rodolfo Gallardo, columnas tritóstilas salomónicas helicoidales en los lados internos y tritóstilas estriadas helicoidales en los externos, todas con capiteles corintios, limitando las primeras, en la parte central, un cuadro al óleo con los desposorios de Santa Catalina.

Sobre la mesa del altar el magnífico sagrario dorado a fuego y las efigies en relieve de San Pedro y San Pablo, respectivamente en cada una de sus puertas.

El frontal o predela, tallado a cuchillo y gubia en madera de algarrobo, de tanta riqueza artística, que hace pensar sea la obra de un verdadero maestro ebanista. A los lados del retablo, telas al óleo con motivos de La Pasión, de valer pero que no parecen corresponder a la influencia de los pintores de Cuzco, en Perú, y más bien de Potosí, en Bolivia. La planta de la iglesia, como ya hemos dicho, es de una nave y cruz latina, con cúpula sobre el crucero, implantada sobre un tambor circular con ventanas en vez de lunetas en la bóveda, diferenciándose de la del Gesú, de Roma, en que la cúpula de Vignola se levanta sobre tambor octogonal de mayor altura. En Santa Catalina la media naranja estriba en cuatro arcos triunfales, apoyados a su vez sobre pilares, interceptados en sus ángulos por bellas pechinas. La nave tiene bóveda alta de cañón, con arcos perpianos, es decir, arcos resaltados a manera de cincho en la parte interior del cañón de la bóveda. Precediendo al crucero, el presbiterio con sillones fraileros, los altos candelabros de algarrobo que son a la manera de «hachones», pero teniendo en su extremo superior la abertura o cubo para gruesas velas y las puertas de la sacristía con delicados relieves y en su interior el techo de bóveda presenta en su centro y descansando sobre pechinas, una pequeña y preciosa cúpula en cuya parte superior está una paloma, representación del Espíritu Santo. En una de sus paredes,

A la derecha, perspectiva general del templo; al lado, en el altar mayor, la maravillosa decoración del ara.





una hornacina, con algunas de las pictografías en miniatura sobre láminas de cobre, que hace unos años, la recuadraban en su totalidad. En otra, una antigua alacena en la que se guardan misales del 1700, viejas casullas y útiles para el culto. Limitan el presbiterio, las rejas de hierro de los comulgatorios que hacen juego con las de las tribunas, frente a los altares laterales de mampostería, con yeso en sus molduras, estilo rococó, acogiendo las imágenes de Nuestro Señor de la Humildad y de la Paciencia y de la Dolorosa respectivamente y sobre estos altares, imágenes antiguas de la Virgen del Pilar, la Inmaculada, el Niño Jesús y San José. Grandes telas al óleo en el crucero y en los costados de la nave, representando el Vía Crucis, el Cristo de singular expresión en un ángulo del primero, el púlpito con relieves en madera de algarrobo al igual que los bancos y los zócalos y cerca de la portada, el coro con su baranda del mismo trabajo que las citadas anteriormente y en su pared, en ciertos segmentos, apareciendo un estucado de muchos años, completan el interior del templo. La fachada de Santa Catalina, mirando al naciente, en plano avanzado la parte central, continuada por las torres con los campanarios, a flor de la línea de edificación, con ligero esviaje, ofrecen dentro de la característica ondulante del barroco, una individualidad muy particular, de gran belleza artística, que revela la capacidad arquitectónica del autor, indudable significación de un mérito propio. Diferenciándose del Gesú romano, que se ha intentado tomar como modelo de las iglesias jesuíticas, constituida por dos entablamentos, el segundo debido a Giacomo della Porta, la fachada de la iglesia de Santa Catalina lo está por uno solo. El plano avanzado de más o menos de 10 metros de ancho, comienza a ambos extremos desde un basamento de 80 centímetros de altura, levantado sobre un amplio umbral de gruesas piedras lajas («el umbral de abajo» ¿del pleito de Mercadillo?). Sobre el primero se eleva un conjunto de columnas de capiteles diferentes, tres de cada lado, alternando con pilastras empotradas en el muro, con caras cóncavas y convexas, formando aristas salientes y ángulos hacia adentro. Las columnas sostienen cornisas quebradas, progresivamente más elevadas hacia la parte interna de cada costado, partiendo de ellas molduras que terminan a escasa distancia de una preciosa clave central de piedra de sapo, la cual asienta sobre otra moldura transversal y por debajo de ésta, un ángel, de rostro humano con relieves y motivos diversos que se adosan, siguiendo la misma línea, a la cara inferior del arco de la portada. Las partes contiguas a la clave, así como el arco y las jambas, están encuadrados en piedra de sapo lisa, de color grisáceo apenas verdoso, llegando por abajo hasta una superficie más alta que el umbral de la portada que se encuentra al mismo nivel que el piso de la iglesia. Forman aquélla dos grandes y sólidas puertas de madera de algarrobo, de tableros con molduras, que el arquitecto Rodolfo Gallardo me hizo recordar a las de San Carlino de las Cuatro Fontanas de Francisco Castelli, llamado el Borromini. Catorce bulas de bronce están simétricamente distribuidas en cada puerta. Por encima de la clave, la ventana del coro enmarca también en piedra de sapo teniendo por arriba un frontis semicircular, continuado por cornisas pequeñas con pináculos en sus extremos y que descansan sobre un juego de columnas y pilastras de corta longitud que, a su vez, se levantan sobre las cornisas principales. Coronando la fachada, el hastial entre dos torres, el primero flanqueado por ménsulas en S inclinada, una cruz y motivos ornamentales y las segundas mostrando los cuatrifolios y los campanarios con sus cúspides que sostienen el escudo jesuítico y los graciosos angelitos de las veletas. Oculta por el hastial, cuando se la busca a corta distancia de la escalera señorial que conduce al atrio, en forma de teatro barroco que contiene el hermosísimo portal del cementerio, está la cúpula con el cimborio, las escalinatas que dan acceso a las linternas y alternando con ellas las columnas pareadas del barroco. Próximos a la cúpula, sobresaliendo sobre el tejado que mira al patio de los claustros, el techo de la sacristía y por el otro costado el parque, dentro de la muralla y el todo con las vistas hacia el tajamar y las sierras, forman un conjunto de grandiosa y grata serenidad. Por último el Noviciado con su corredor de bóveda tan lleno de individual particularidad, refeccionado sin alterar en lo más mínimo su primitiva fábrica y las ruinas de la Ranchería, aún interesantes, con su hermosa portada.

¿Podría señalarnos el nombre de los artífices que intervinieron en la obra arquitectónica de Santa Catalina?

Hace tiempo ha llamado mi atención una circunstancia relacionada con los artífices que habrían actuado en Santa Catalina. Mientras que a Sepp y Zipoli se les puede señalar con seguridad los lugares en que realizaron su carrera musical, es muy difícil encontrar antecedentes de su capacitación arquitectónica en los jesuitas que actuaron en el Río de la Plata, en Córdoba y por consiguiente en Santa Catalina. Pueden considerarse como una excepción los casos de Juan Kraus quien «cursó estudios en las aulas de Ruperto Blank», en Europa y de Blanqui «que había ejercido su arte durante no pocos años en su tierra natal (29)». El padre Furlong (30) y Lascano González (31), con algunos reparos, más firmes los del segundo, aceptan la temeraria conclusión de Buschiazzo de que el arquitecto de Santa Catalina fue el hermano coadjutor Antonio Harls, natural de Baviera, nacido en 1725, quien ingresó en la Compañía en 1747-1748 y viene al Río de la Plata en este último año. Furlong hace referencia a la llamada Relación del padre Lorenzo Casado, uno de los expulsos del Colegio Máximo, cuya copia tomada del original del Archivo de Loyola, dice: «El Hno. Antonio N., alemán, que al presente (1767) se hallaba en Córdoba designó las obras del Colegio y estancia», y añade que el nombre que no recordaba Casado no podía ser otro que el del hermano Harls y en párrafo siguiente: «Aunque en 1767 se hallaba... al frente de las obras de Santa Catalina, es... casi cierto que ni los planos son suyos ni fué él quien inició la construcción...» y a continuación apunta que en 1753 Harls estaba en Santa Fe. Buschiazzo, en 1940 y en 1969 (32), quien hizo el prólogo del libro de Furlong en 1946, escribe lo mismo que este último, cambiando la palabra estancia por estancias, en la Relación de

El retablo del altar mayor coronado por un nicho con la imagen de Catalina de Alejandría, y al lado, lo que queda del viejo claustro.





Casado, pero sosteniendo la tesis de que el arquitecto fue Harls. Ambos historiadores se apoyan en la información del padre Peramás (33), para quien «Los PP. José Guevara, Andrés Bulnes, José Latorre y Diego Millán, administrador; Antonio Harls, arquitecto; José Cobel, obrajero; José Ramos, compañero» se encontraban en Santa Catalina en el acto de desalojo efectuado por los enviados de Fernando Fabro. Sin embargo, esta información puede ser errónea, puesto que en el acta del inventario firmado por Antonio Aldao e Ignacio Alvarez, testigo (34) el 16 de julio de 1767, se especifica: «Procedieron a apuntar los seis jesuitas que se hallaban en ella (Santa Catalina), a saber: P. Andrés Bulnes, P. José Guevara historiador de la Provincia del Paraguay, P. José de la Torre, todos tres sacerdotes; el Hno. Diego Millán, el Hno. José Cobel y el Hno. Pedro Cespedes, novicio.» Francisco Javier Brabo (35), nombra a Arls o Harls entre los expulsos del Colegio Máximo; Andrés Millé (36), no cita a Harls entre los arquitectos, ingenieros, constructores y alarifes actuantes en las Provincias del Río de la Plata hasta el año 1800. Sierra, V. D. (37), da por comprobados la opinión de Buschiazzo y el dato de Peramás y a continuación coloca a Harls entre los expulsados del Colegio Máximo. Para completar este juego de abalorios, don Pedro de Angelis, en el prólogo del libro *La Historia del Paraguay del Padre Guevara* (38) pone al P. Falkner como acompañante de aquel en Santa Catalina donde le sorprendió el R. D. de expulsión. Según Gina Pischel (39) nacida en Milán, educada en su Universidad y profesora de Historia del Arte, el barroco en esa ciudad, especialmente en su estilo académico, fue tardíamente moderado y los arquitectos alemanes barrocos, generalmente construyeron iglesias con triple nave. Si sintetizamos puede asegurarse que la iglesia y la casa de Santa Catalina con sus dependencias, empezaron a construirse antes del 1700 y si nos remitimos al libro de «Almasen» jesuítico, que hemos citado, con los repetidos destinos de prendas de vestir para el hermano Juan B. Prímoli, nacido en Milán y la indiscutible presencia en Santa Catalina, dirigiendo cuadrillas de peones, del sobrestante Antonio Zebrero, que lo fuera de Blanqui, según el padre Gracia, mantienen en mí, la sin embargo tan trabajada sospecha de que con aquellos nació y comenzó a realizarse el gran proyecto arquitectónico del barroco para la iglesia y el esquema del necolásico para los claustros que otros completaron o modificiaron posteriormente, respetando las bellas concepciones primigenias. La declaración del P. Gervasoni (40): «El único que sepa construir una bóveda es ese italiano... un tal Prímoli...» y la participación celosa del hermano administrador Diego Millán en la terminación de la obra de la iglesia, abonan el criterio sustentado hasta que puedan encontrarse pruebas irrefutables. Probablemente la certeza estaría alcanzada por la investigación a realizar sobre la planta que dejó «aprobada y firmada» el Provincial padre Andreu en 1763, en los Libros de Oficio de la Procuraduría, dificultada por la impenetrabilidad o por la distancia, a que se encuentran las instituciones que guardan los documentos jesuíticos.

C. J. N.

BIBLIOGRAFIA

1. *Libro de las Mercedes de Tierras de Córdoba*, 1563-1600. Serie Documental n.º 5, págs. 132-133, Instituto de Estudios Americanistas, Imprenta Universidad de Córdoba, Argentina.

2, 3, 4. Archivo Histórico de Córdoba (Archivo Frías).

5. Archivo Histórico de Córdoba (Archivo Frías). También para los mismos números: Escribanía de Hipotecas, Escribano Nieto, 1621-1622, folio 274. Archivo Histórico de Córdoba.

6. Furt, J. M.: Luis de Tejeda. *Libro de Varios Tratados y Noticias*, 203. Buenos Aires, 1948.

7. Fray Manuel Mercadillo, obispo de Córdoba. *Archivo de la Curia Eclesiástica de Córdoba del Tucumán*, Leg. 22, n.º 10. Auto del 16 de setiembre de 1701. Archivo del Arzobispado de Córdoba.

8. Kronfuss, Juan: *Arquitectura colonial en la Argentina*. Primera forma de la iglesia y habitación para la Reducción en Santa Catalina (Reconstrucción), p. 185.

9. Buschiazzo, Mario J.: *Estancias jesuíticas de Córdoba*, p. 26. Buenos Aires, 1969.

10. Núñez, C. J.: *La Voz del Interior*, miércoles 8 de setiembre de 1971.

11. Legajo 40, Escribanía 2, folios 411 y siguientes, 1771, Archivo Histórico de Córdoba.

12. Legajo 42, Escribanía 2, Expedientes 3 y 4, 1772, Archivo Histórico de Córdoba.

13. Inventario y tasación de la estancia Santa Catalina, 1 de marzo de 1773, Arch. Frías, Carpeta 28,2. Archivo Histórico de Córdoba.

14. División de condominio de los herederos de José Javier Díaz, 1849. Copia de 1849. Tribunales de Córdoba.

15. Lascano González, A.: *Monumentos religiosos de la Historia Colonial*, p. 73, Buenos Aires, 1941.

16. Buschiazzo, Mario J.: *La estancia jesuítica de Santa Catalina*, p. 11. Documentos de Arte Argentino, Cuaderno IX, Buenos Aires, 1940. Ver cita n.º 9, p. 27.

17. Libro 627, Escribanía de Hacienda, Legajo 40, 1771. Archivo Histórico de Córdoba.

18. Libro del Oficio del P. Procurador de Provincia donde se ponen las entradas y gastos de «Almasen» según el orden del P. Visitador Antonio Garriga por marzo de 1711. Archivo de San Miguel. Buenos Aires.

19. Gracia, Joaquín: *Los jesuitas en Córdoba*, p. 395. Buenos Aires, 1940.

20. Furlong, S. J., Guillermo: *Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica*, p. 218. Buenos Aires, 1946.

21. Buschiazzo, M. J.: ya citado.

22. Buschiazzo, M. J.

23. Keleman, Pál: *Baroque and Rococo in Latin America*. New York, 1967.

24. De la Torre, C. A.: «Una reducción jesuítica en Córdoba.» *La Nación*, 24 de julio de 1938.

25, 26. Lascano González, A., ya citado.

27. Croce, Benedetto: *La historia como hazaña de la libertad*, p. 13. México, 1942.

28. Frías, P. J.: *Zipoli*. Córdoba, 1972.

29. Furlong, G.: Ya citado.

30. Furlong, G.: Ya citado.

31. Lascano González, A.: Ya citado.

32. Buschiazzo, M. J.: Ya citado.

33. Furlong, S. J., Guillermo: *José Manuel Peranás y su Diario del Destierro* (1768). Buenos Aires, 1952.

34. Junta de Temporalidades. Legajo 40, Expediente 2, folio 412, 1771. Archivo Histórico de Córdoba.

35. Bravo, Francisco Javier: *Colección de documentos relativos a la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y de Paraguay en el Reinado de Carlos III*. Madrid, 1872.

36. Millé, Andrés: *Derrotero de la Compañía de Jesús en la Conquista del Perú, Tucumán y Paraguay y sus iglesias del antiguo Buenos Aires 1567-1768*. Buenos Aires, 1968.

37. Sierra, V. D.: *Jesuitas germanos en Hispano-América*, 264-265, Buenos Aires, 1944.

38. De Angelis, P.: Prólogo al libro *La Historia del Paraguay* del padre Guevara, p. 506, Buenos Aires, 1836.

39. Pischel, Gina: *A World History of Art*, Golden Press, New York, 1968.

40. Buschiazzo, Mario J.: *Buenos Aires y Córdoba en 1729 según cartas de los PP. C. Cattaneo y Carlos Gervasoni, S.J.*, Buenos Aires, 1941.





FOLKLORE PANAMEÑO EN ESPAÑA

Por ALEXIS COBO

PANAMA, cuya fundación tuvo lugar allá por el 15 de agosto de 1519 bajo la dirección de Pedro Arias Dávila, Gobernador y Capitán General de Castilla del Oro. Luego fue destruida por el pirata inglés Henry Morgan el 28 de enero de 1671. En la actualidad es una de las ciudades de Centro América, más próspera y moderna con un rico y variado folklore de múltiples matices. El producto de esta variación en el arte folklórico panameño, tiene su asiento en la trayectoria histórica establecida desde los albores del nacimiento de la República.

La posición geográfica de Panamá fue prontamente aprovechada por los colonizadores españoles convirtiéndola en una ciudad de paso obligado para un considerable acarreo de mercancías. Luego con el devenir del descubrimiento y apogeo de las tierras del Sur y de América Central, la posición de la ciudad cobraba mayor importancia para el desembarco y salida de los navegantes.

Quizás esta afluencia de buscadores de fortuna ha ido moldeando con el paso de los siglos, la música y los diferentes bailes que hoy se practican en Panamá. Influencia española, e influencia del negro llevado como esclavo, y del elemento autóctono; conservadas de generación a generación con algunas sutiles introducciones de estética, es lo que interpreta el panameño con su música y bailes regionales folklóricos.

Con gran celo cuida el panameño de su folklore. En esta República que aún no llega a los dos millones de habitantes, existen varias academias dedicadas a la enseñanza de los diferentes bailes que configuran la generalidad de este arte nacional. También se dan grupos profesionales que son promovidos por instituciones estatales o autónomas como: el Seguro Social, Instituto Panameño de Turismo, la Contraloría General, la Lotería Nacional de Beneficencia, etc. Estas enseñanzas no sólo se concretan a los jóvenes o mayores, sino que también se dedican a los niños en grado sumo por su fácil asimilación y aprendizaje que resulta para ellos. Una forma enaltecedora de mantener una constante defensa de la pureza del folklore, amenazada por la influencia modernista y comercial de otros países.

El colorido del vestuario llama poderosamente la atención del extranjero que por primera vez asiste a una representación de un conjunto; sobre todo la «pollera», que viste elegantemente la mujer. Esta es constantemente premiada en concursos y eventos internacionales, por su esplendor llamativo, producto de especial trabajo a mano. La tradición por su música es valorada por el panameño aun fuera de la patria. Aquí en España, un grupo de estudiantes mantiene con gran acierto su afición y sentimiento por su folklore que es la viva expresión de su pueblo. El Conjunto Folklórico de Panamá, se encuentra enmarcado dentro de





En la Plaza del Rey, en Barcelona, el pueblo se entusiasmó ante el ritmo y la gracia de los bailes panameños. En esta página, foto superior, vemos cómo los barceloneses no pudieron contener su deseo de bailar, y en una renovación de la sardana, donde todos pueden entrar, entraron ellos a bailar el tamborito. En la foto que sigue, vemos a los estudiantes panameños bailando la Cumbia Chorrerana, en el Centro Gallego de Madrid.

la Asociación de Estudiantes Panameños en España (Madrid) desde hace 25 años. Se han presentado en diversos actos culturales y en competiciones. Desde luego que en el transcurrir de estos años, el Conjunto ha sufrido algunos tropiezos en virtud de que muchos de sus integrantes terminan sus estudios y regresan a la patria. Pero así como unos se van con sus ilusiones cumplidas, otros vienen llenos de ellas. En esta forma, con el corazón henchido de esperanzas el estudiante panameño desinteresadamente contribuye a llevar su alegría a cualesquier rincón de España.

Durante el año 1974 (a pesar de los estudios de que se ocupan sus componentes) el Conjunto Folklórico de Panamá, pudo presentarse en 17 oportunidades y viajar fuera del territorio, con el fin de actuar en Portugal, durante su Carnaval. Se destacan las actuaciones en Málaga, durante la Semana Turística de la Costa del Sol, en la Plaza del Ayuntamiento de Benalmádena, donde fueron declarados hijos predilectos de la localidad, así como en el Palacio de Congresos de Torremolinos. En Barcelona, actuaciones en el barrio Gótico (Plaza del Rey), durante la Semana Panameña organizada en esa ciudad, la Semana Peruana en Madrid, luego en el Colegio Mayor Alfonso el Sabio; en Segovia, etc. En lo que va del año, el Conjunto se ha presentado en Cádiz durante la Semana Hispanoamericana; en el Colegio Mayor Pío XII (Madrid), en competición con otros conjuntos hispanos, y en la XXV Feria Internacional del Campo de Madrid.

Llevan en su repertorio una gama de explosivos números muy bien montados que hacen vibrar al espectador. Como es tradicional, el Conjunto hace su entrada con una tuna, baile popular callejero que se ejecuta con instrumentos de percusión, una «cantalante» y coro de bailadores. Acompañan a todo esto las serpentinas, los confetis y los estampidos de los voladores, para complementar la alegría de tan singular baile. Luego se interpreta el TAMBOR NORTE, que es el baile más conocido internacionalmente. Consta de un paseo alrededor del ruedo que se forma entre los bailadores y tres golpes con seguidillas. Es un baile muy particular de las provincias Centrales de Panamá.

«El Punto», baile de salón, delicado y muy sereno, de carácter individual, que se ejecuta al compás de violines, tambor y caja. «La Danesa»; baile de la región del Tonosí, muy sencillo pero pegajoso, que se ejecuta al compás de acordeón, acompañado de salomas. «Reto de Zapateadores»: lucha por el amor de una chica, duelo de bailadores que al invitarla conjuntamente, crean el dilema de quién será su compañero. «Los Camarones» nos muestra la recogida en el río de estos animalitos, a la vez que es el pretexto para encontrarse, conocerse y conversar. «El San Miguel», baile negroide de la parte norte del país istmeño, que se distingue por su compás y movimiento de caderas. «La Cumbia Chorrerana», danza bajo la luz de las velas, con suaves movimientos y toques de tambor. Otros bailes como el «Diablico» y las «Danzas Cunas», de las islas de San Blas, también forman parte del variado folklore de Panamá.

Todos estos números danzantes son cuidadosamente ensayados una y otra vez por los estudiantes que forman el Conjunto, para obtener una fidedigna representación en sus actuaciones públicas.

Y así, calladamente, añorando la pequeña patria, los estudiantes panameños en Madrid, van llevando un pedazo del crisol de razas y costumbres que en el Panamá de hoy se da a través de su música. El ancestro de ese mestizaje que por la sangre del panameño corre, se valora al son del repique de un tambor, al sonar de una guitarra, acordeón o simplemente al grito de una saloma. Al cumplirse las Bodas de Plata la Asociación de Estudiantes Panameños en España, en noviembre, y de divulgación del rico y múltiple arte folklórico que poseen, hemos de aplaudirles por ese esfuerzo y tesón con que han luchado por la continuidad de su Conjunto.

Ojalá otras colonias de estudiantes del área hispana, valoraran estas concepciones, para que podamos contar con más grupos folklóricos en España, pues en verdad cuentan con un auditorio que les admira y aplaude: es el pueblo español.

HOY Y MAÑANA DE LA HISPANIDAD

ACTUALIDAD • REALIZACIONES • PROYECTOS

EL SELA: UN SISTEMA ECONOMICO PROPIO PARA IBEROAMERICA

EN el esfuerzo realmente admirable de los economistas y hombres de estado de Iberoamérica por afianzar las vías de la liberación económica —la segunda independencia, como se la denomina con total acierto—, ha aparecido al fin una iniciativa que tiene todos los caracteres de lógica, de sencillez, de naturalidad, que acompañan siempre a los hechos decisivos. La idea de que se necesita poner en práctica todo un sistema económico propio, es el abecé de un proceso genuino de liberación. Sin un sistema propio, se está subordinando de antemano al sistema exterior vigente cuanto se haga en favor de una liberación. Por faltar hasta ahora un Sistema iberoamericano, ha ocurrido que muchas de las medidas que normalmente debieron producir desarrollo o aumento de la riqueza, se volvieron contra los países, y lo que crearon fue el aumento de la deuda y la disminución de la producción. ¿Por qué? Porque esas medidas formaban parte en realidad de otro Sistema económico, al cual sí venían a las mil maravillas para aumentar sus ganancias. Los préstamos dirigidos son un ejemplo clarísimo de esta aparente paradoja que consiste en empobrecerse más a medida que se recibe más dinero del exterior.

La iniciativa del Sistema Económico para Iberoamérica, que se ha bautizado como «Sistema Económico Latino-Americano», abundando en la ya gastada equivocación de llamar Latina a una América para diferenciarla de la otra, la sajona, como si aquella no tuviese más que suficientes características diferenciadoras dentro de su origen, está siendo reivindicada por varios gobernantes. Es muy posible que se trate, como es habitual en estos casos de iniciativas que cubren una necesidad muy sentida en diversos sitios, de una coincidencia, de una simultaneidad en el lanzamiento de la idea. El presidente de Méjico, el de Venezuela, el de Perú, el de Colombia, coincidieron casi en cuestión de días en el lanzamiento de la iniciativa, que tomó cuerpo al fin sobre la acción directa de los presidentes de Méjico y Venezuela, en la visita de este último a la capital azteca. Venezuela venía ya invirtiendo capitales en la zona centroamericana, creando multinacionales y financiando exportaciones de productos como el café y el banano. Es obvio que para la creación de un Sistema Económico Propio, Iberoamérica ha de contar con un punto de partida que se llama capital propio, capital iberoamericano. No es concebible, ni acaso recomendable, que un solo país, en este caso Venezuela, eche sobre su economía la carga de financiar todo un Sistema. Aquí como en caso alguno la cooperación general de los países iberoamericanos es esencial, por lo económico en sí, y por la dimensión moral de un sistema nuevo y distinto. No se trata en ningún caso de que un «grande», o un pequeño grupo de «grandes», sustituyan con su dinero a los actuales capitalistas extra-iberoamericanos. El Sistema Económico Iberoamericano tiene que autorizarse con una ética asentada en una justicia distributiva en armonía con la realidad de aquellos países que han padecido más la presión, y la opresión, de un sistema económico desprovisto de preocupaciones morales. Ese mismo sentimiento de reparación de largas injusticias, llevará al Sistema Iberoamericano a darle prioridad a la puesta en nivel de equilibrio con las otras naciones, a aquellas que están hoy por debajo de sus potenciales efectivos en materia de producción, de exportaciones, de comercio y de desarrollo. La búsqueda de un per cápita promedio iberoamericano, de una balanza de pagos equilibrada en todo el escenario del área, de una moneda y de una liquidación de deuda exterior que tengan sello común para toda la región, es el «desideratum» del programa inicial de un Sistema que de veras aspire a presentarse, y a ser, el propio de Iberoamérica.

A nadie se le oculta la tremenda complejidad de un Sistema Económico. Los políticos, con toda seguridad, pondrán en manos de los técnicos la iniciativa, que ha recibido ya el respaldo de todos los gobiernos. El Presidente de Colombia, en su visita a Quito, hizo del SELA el eje de sus conversaciones con el general Rodríguez Lara. En Panamá, todo el continente aprobó la creación del Sistema. Y en estos momentos, es de pensarlo, estarán los expertos de cada país preparándose para aportar en un Congreso específico sobre el SELA, las iniciativas, recomendaciones, experiencias y necesidades de cada nación y de los organismos de integración subregional americana. Con los aportes de ese carácter, prepararán también las declaraciones sobre las posibilidades de cooperar al financiamiento del Sistema. Puede adoptarse para este aspecto tan difícil de la cuestión, procedimiento semejante al aplicado, por ejemplo, dentro del Acuerdo de Cartagena para los miembros de menor nivel económico. Ecuador y Bolivia disfrutan dentro de ese organismo de una consideración especial a la hora de contribuir al presupuesto, y a la hora de obligarse a ciertas desgravaciones. Esta misma consideración ha de hacerse al pensar en las contribuciones financieras al Sistema Económico Iberoamericano. Si tiene razón moral la concesión de un voto a cada país, sea cual sea su extensión territorial, su población, su nivel económico, etc., como ocurre actualmente dentro de la OEA, no tendría en cambio base alguna pretender fijarle una contribución igual a economías tan diversas como las de Méjico, Barbados, Brasil, Haití, Venezuela, Costa Rica, etc. Cabría, inclusive, pensar en un sistema de pago aplazado de cuotas para aquellas naciones que hoy no pueden contribuir sustancialmente, pero que acaso, gracias precisamente al nuevo Sistema, estarían en condiciones de hacerlo dentro de poco tiempo.

La iniciativa tiene una importancia totalmente excepcional. Significaría la más profunda y fecunda de las revoluciones permanentes iberoamericanas, porque sería ella, y sólo ella, la que libraría a cualquier otro tipo de revolución de subordinaciones con un nuevo signo. Iberoamérica no hace nada con sustituir colonialismos de una bandera por colonialismos de otra. La real soberanía es no depender forzosamente de nadie. Unas naciones liberadas en lo económico, que se reúnan por propia e integérrima voluntad para integrar un conglomerado, una mancomunidad, son el basamento granítico de un Sistema Económico propio.

HOY Y MAÑANA DE LA HISPANIDAD

CUMPLE CIEN AÑOS LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA: SU PARTIDA DE NACIMIENTO

LA Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Española, ha cumplido, y celebrado jubilosamente, sus primeros cien años de existencia.



Agustín Yáñez

Puede decirse que se está celebrando también el centenario de una vinculación directa y mutuamente querida entre la Academia Mexicana y la Academia Española.

Nacida ésta en 3 de octubre de 1714, por Cédula expedida por Su Majestad el Rey Felipe V, representó el mundo general de la lengua y de su literatura a lo largo de los siglos de unión política de España y el Nuevo Mundo. Emancipados políticamente los territorios americanos, llegó a su tiempo la idea de revincular la Academia Española con las personalidades y los organismos que en las nuevas naciones tuviesen idéntica preocupación por la lengua y por las letras, que la sentida por los españoles de la Península. El 24 de noviembre de 1870, el director de la Real Academia Española, don Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, don Patricio de la Escosura, don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Fermín de la Fuente y Apezechea, y algunos otros académicos, votaron favorablemente la iniciativa en virtud de la cual se creaban en América ocho centros que tendrían la misión de realizar en sus respectivas sedes una tarea de cooperación estrecha con la Academia Española. Las ocho Academias Correspondientes debían fundarse en Colombia, en Venezuela, en Ecuador, en Centro América con residencia en San Salvador, en Perú, en Bolivia, en Chile, en la República Argentina (que comprendería el Uruguay), y en México.

En el extenso e interesantísimo documento aprobado por la Española ese día 24 de noviembre de 1870, se hace mención de que ya pertenecen, como correspondientes, personalidades de distintos países americanos, «muy dignos y muy celosos por cierto», pero se reconocía que eso no era suficiente, porque «en Prusia, como en Inglaterra, la lengua de Cervantes no parará nunca de ser estudio para sabios y literatos, mientras que en el Perú y en el antiguo imperio de Moctezuma, es, y no puede menos de ser, objeto forzoso de enseñanza, desde las escuelas de primeras letras hasta las aulas universitarias». Y tras una serie de valiosas consideraciones, quedaba justificada muy cumplidamente la creación.

Por distintos motivos, la comunicación oficial española a las personalidades mexicanas encargadas de crear la Correspondiente en su país, expedida el 31 de mayo de 1873 por el Marqués de Molins, por don Antonio Ríos y Rosas, y por el académico correspondiente mexicano don Fermín de la Puente y Apezechea, no llegó a manos de don José María Bassoco, designado presidente, hasta el 29 de agosto de 1874. Dícese que la demora fue debida a que los académicos españoles no advirtieron que don Sebastián Lerdo de Tejada, a quien se incluía en el grupo de primeros académicos como uno más de ellos, era el presidente de la República. Y molesto el Jefe del Estado por lo que se consideró desconocimiento de su jerarquía, retuvo la comunicación todo ese tiempo. El hecho histórico es que tras una serie de preparativos, sólo vino a quedar definitivamente creada la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española el día 27 de junio de 1875, fecha de la comunicación, firmada por don Manuel Tamayo y Baus como secretario perpetuo de la Española, ratificadora de la designación de los académicos mexicanos.

Es esa carta la que sirvió para la convocatoria histórica de fundación. Se efectuó esta el día 11 de septiembre de 1875, en el domicilio del académico don Alejandro Arango y Escandón, en la antigua calle de Medina 6, hoy Cuarta de la República de Cuba, 80. Dirigida a los señores don José María de Bassoco, don Joaquín García Icazbalceta, don Alejandro Arango y Escandón, don Casimiro del Collado, y don José Sebastián Segura, esa carta de Tamayo y Baus, debe ser considerada como la partida de nacimiento de la Academia Mexicana.

TEXTO DE LA PARTIDA DE NACIMIENTO

Decía el secretario perpetuo de la Real Academia Española:

«Muy señores míos de todo mi respeto:

»Enterada con particular complacencia la Academia Española de la atenta carta escrita por ustedes a 27 de abril último y dirigida al Ilmo. Sr. D. Fermín de la Puente y Apezechea, autoriza muy gustosa la fundación de una Academia correspondiente de ésta en la República de México. Se compondrá de ustedes y de los Sres. D. Sebastián Lerdo de Tejada, D. Juan Bautista Ormaechea, Obispo de Tulancingo y D. Joaquín Cardoso, ya académicos de igual clase, y además de los señores D. Francisco Pimentel, D. José María Roa Bárcena, D. Rafael Angel de la Peña, D. Manuel Peredo y D. Manuel Orozco y Berra, al efecto propuestos por ustedes y solemnemente elegidos por esta Corporación en su junta del día de ayer.

»A favor de estos últimos señores se expiden con fecha de hoy, títulos en que son declarados individuos correspondientes de la Academia Española.

»Tan luego como la Mexicana se haya constituido y provisto en propiedad los cargos de Director y Secretario, se servirá darnos noticia de suceso tan fausto y de tales nombramientos.

»Debo también advertir a uste-

des, que esa Academia podrá elegir libremente sus individuos honorarios.

»Y cúmpleme, por último, hacerles presente el íntimo regocijo y halagüeñas esperanzas que animan a la Corporación de que no por merecimientos sino por dicha soy Secretario perpetuo al ver estrecharse los vínculos literarios de pueblos a quienes hace hermanos una lengua común. Defenderla de insidiosos o violentos ataques, conservarla íntegra y pura en cuanto quepa en lo posible, es sagrado objeto que con igual afán han de procurar la Academia de México y la Española, porque en ello están igualmente interesados la una y la otra. Y de los individuos de que aquélla ha de componerse, todos ilustrados y finos amantes del idioma castellano, puede ésta prometerse fundadamente cooperación activa y fecunda en resultados venturosos para la gloria literaria de ambos pueblos, que es una misma; resultados que aplaudirán sin duda alguna, cuantos así en el antiguo como en el nuevo mundo se ufanan con el *Quijote* y con *La Verdad Sospechosa*.

»Todo lo cual tengo la satisfacción y la honra de decir a ustedes por encargo de la Academia, aprovechando con placer esta ocasión para ponerme a las órdenes de ustedes como ato. y seg.o serv.r q. s. m. b. Manuel Tamayo y Baus.»

PRESENCIA ESPAÑOLA EN EL CENTENARIO

La Real Academia Española estuvo presente en la solemne sesión académica conmemorativa, el 11 de septiembre, de la fundación de la Mexicana. Como representación de ese alto organismo, viajaron a México los académicos don Pedro Laín Entralgo, don Julián Marías, don Antonio Tovar, y don Luis Rosales, quien además llevaba la representación del Instituto de Cultura Hispánica.

LAS V JORNADAS CULTURALES DEL ARCHIPIELAGO CANARIO

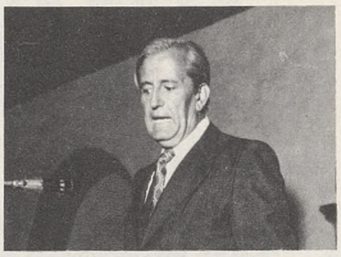
A mediados de agosto último se celebraron en la localidad tinerfeña de Garachico las V Jornadas Culturales del Archipiélago Canario, con un amplio programa que incluía prácticamente todas las manifestaciones de la vida artística y cultural. El acto central de ese programa consistió en una intervención, que resultó magistral, del escritor y estadista venezolano don Rafael Caldera.



Rafael Caldera

El texto íntegro de esa intervención aparece en las páginas 63 y siguientes de esta edición.

El Instituto de Cultura Hispánica participó de manera muy activa en las Jornadas. El propio director del Instituto, Juan Igna-



Juan Ignacio Tena

cio Tena Ybarra asistió a los actos, y pronunció una conferencia en Garachico, en el patio del convento de San Francisco, con el título «Canarias y América». A su llegada a Tenerife, Juan Ignacio Tena fue recibido por el alcalde del Puerto de la Cruz, don Antonio Castro García, el presidente del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, don Isidoro Luz Carpenter, el vicepresidente Méndez Riverol, el secretario del Instituto Jesús Hernández Acosta, los vocales don Telesforo Bravo y doña Carmen Rosa Torrens, y los señores representantes del Ayuntamiento de Garachico y del Puerto de la Cruz.

En declaraciones hechas a solicitud de los periodistas que acudieron a recibirle dijo el director del Instituto:

«Es una ocasión importante acudir a estas Jornadas Culturales de Garachico, por la ineludible vocación americanista del Archipiélago, que se manifiesta en estos días de vivencias con hondo sabor hispánico; este año nos veremos honrados con la presencia del expresidente venezolano don Rafael Caldera, lo que acrecentará aún más si cabe los lazos de amistad y unión de aquel país y el nuestro.»

Y a preguntas en torno al concepto actual de Hispanidad, el director del Instituto de Cultura Hispánica expresó:

«Todo cambia cada día y las cosas accesorias pasan. Incluso el término Hispanidad ha tomado un tono retórico que no creo que sea el más adecuado. Más que nunca, el cambio del mundo actual hace más urgente la necesidad de que cristalice esta idea de la comunidad de los pueblos hispánicos en forma operativa. Creo, sin embargo, que por largo que sea el camino a recorrer, algo se ha hecho en los últimos 15 ó 20 años. El hecho real es que la presencia de España en América es más viva que hace unas décadas.»

Nuestra tarea, la del Instituto de Cultura Hispánica, es antes la de mantener viva la conciencia de que existe un mundo hispanoamericano, que la de hacerles recordar a los hispánicos su progenie española.

«España no está completa sin su proyección americana —concluyó— y el esfuerzo del Instituto es estar continuamente trabajando por estrechar esos lazos. En el caso de Canarias, esa proyección americana tiene un doble significado, por su carácter de puente sobre Hispanoamérica.»

OTROS ACTOS DE LA SEMANA CULTURAL

Entre los numerosos actos efectuados en estas Jornadas, mencionaremos en primer lugar la entrega del título de Hijo Adoptivo de la Villa y Puerto de Garachico al doctor Caldera, con asistencia del gobernador civil don Lázaro Sánchez Pinto, del rector de la Universidad de La Laguna, doctor Fernández Caldas, del alcalde de Garachico don Lorenzo Dorta, del subdirector general de Coordinación Informativa don José A. Castro Fariñas, del presidente del Cabildo de Fuerteventura, señor Hormiga, y representaciones de la Villa de Agaete y Betancuria, así como numerosas autoridades y representantes de organismos; otros actos importantes fueron: la ofrenda ante el monumento al libertador Simón Bolívar, la actuación de grupos folklóricos canarios; la conferencia del profesor de la Complutense don Carlos M. Pérez Reyes sobre la escultura en Canarias; la presentación de los *Episodios Nacionales* de Galdos, en edición para niños, hecha por las Mancomunidades Provinciales de Cabildos y explicada en las Jornadas por don Alfonso de Armas, director de la Casa-Museo Colón y Galdós de Las Palmas de Gran Canaria; la conferencia de don Roberto Roldán Verdejo, juez de Instrucción de La Laguna, sobre el tema «Día de Fuerteventura»; las exposiciones de pintura y escultura, y los conciertos patrocinados por la Comisaria Nacional de la Música, de la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, en los cuales intervinieron el cellista Rafael Ramos, el pianista Emanuel Ferrer, el flautista Pedro González, y la pianista Juana Peñalver, todos nativos de las Islas.

IBEROAMERICA Y LOS PAISES NO-ALINEADOS

Se celebró en Lima la reunión anual de los países no-alineados, con asistencia de numerosos países iberoamericanos junto a las naciones del Tercer Mundo que iniciaron esta modalidad del noalineamiento. En principio, se entendía que se trataba de una equidistancia de las dos grandes potencias, Rusia y Estados Unidos, en la que se situaban naciones conscientes de que en una política mundial polarizada en bloques, lo más beneficioso para las naciones en vías de desarrollo es la neutralidad, y, de ser posible, ser amigas por igual de los grandes en discordia. Política de no alineado era aquella en la que veíamos llegar a una nación un día los técnicos soviéticos para ofrecer dinero y ayuda técnica, y al otro día llegaban los técnicos norteamericanos con idénticas fines. El país necesitado recibía de las dos potencias, y a la postre todo era beneficioso para el débil. Se abandonaba así por parte de los dos grandes la antigua tendencia a obligar ideológicamente a quienes necesitan ayuda. Hubo un momento en el que Norteamérica prohibía a los países que se consideraban amigos suyos, a aceptar ofertas de préstamos soviéticos, y así se vio el caso doloroso de que Haití tuviera que rechazar en cierta ocasión una oferta soviética de 50 millones de dólares, porque Washington le prohibía aceptarlos. Si lo hacia, quedaba de inmediato incluida en la lista de países enemigos, con las peores consecuencias. Rusia por su parte mantenía la misma rigidez en su zona de dominio económico. Fue Yugoslavia primero, y Albania más tarde (ésta ya con respaldo de la China de la República Popular), quienes comenzaron a romper la coyunda económica. Y en cuanto los países africanos comenzaron a ejercer su soberanía, comprendieron que en el juego de las grandes potencias, poco tenían que hacer los débiles. Ni Rusia ni Estados Unidos daban nada por nada. En la primera etapa del desarrollo de la soberanía, los países africanos tuvieron la habilidad de unirse, no a Moscú ni a Washington, sino a la Comunidad Económica Europea. El tratado de Yaoundé advirtió a los dos grandes colosos mundiales que las naciones recién nacidas no querían alinearse en sus frentes dogmáticos, sino que preferían encontrar una tercera vía por la cual encauzar sus destinos económicos y políticos.

Paralelamente, se producía en Iberoamérica el alejamiento de la fuerza hegemónica norteamericana. Hay que reconocerle al general Perón la doctrina de la «tercera posición», y su declaración programática de que no quería que su país viviera «ni detrás de la cortina de hierro, ni detrás de la cortina del dólar». El no-alineamiento genuino comenzó a tomar cuerpo en Iberoamérica. Por genuino, es obvio, se entiende no estar realmente alineado dentro de ninguno de los bloques hegemónicos. Pero en los últimos tiempos, y esto se ha visto abundantemente ilustrado en la conferencia de Lima, el concepto de no-alineado ha sufrido una honda transformación, no entendiéndose ya, en muchos casos, a qué se refiere la denominación.

Pero lo interesante de subrayar, refiriéndonos a la América Hispana, es que el movimiento de no-alineados, ortodoxo o mixtificado, es una oportunidad más que se ofrece a las naciones iberoamericanas para reiterar ante el mundo la independencia que en materia de política internacional se está viviendo en estos tiempos. Antes sólo se hacía lo que resultara grato a Washington, y de una manera tácita se vivió por demasiado tiempo como si fuese un hecho el brutal *dictum* de Cleveland: «Nuestras decisiones son un fiat en el Continente.» Esa actitud ha desaparecido por completo. Naciones tenidas por muy amigas de Washington, estaban presentes en Lima, como naciones tenidas por muy adictas a Moscú, se manifestaron allí. Magnífica señal. El no-alineamiento, o dicho de otra manera, la neutralidad en la lucha entre super-potencias, puede ser la política más oportuna y sagaz para los países en vías de desarrollo.

PRIMER CONGRESO IBEROAMERICANO DEL MEDIO AMBIENTE

Uno de los actos más importantes programados con motivo del aniversario del descubrimiento para el Día de la Hispanidad, es el de la apertura del Primer Congreso Iberoamericano del Medio Ambiente. Durará hasta el día 18 y reunirá en Madrid un nutrido y selecto grupo de investigadores. Los problemas de la polución, del deterioro general del medio ambiente, rural y urbano, la polución de las aguas, y cuantos asuntos preocupan hoy a quienes comprenden la gravedad de lo que está ocurriendo en el mundo de la naturaleza, fuente de materias primas, y en el mundo de la sociedad humana.

Este Primer Congreso Iberoamericano estará presidido por don José Gabriel Catalán Lafuente, una autoridad en la materia. La organización que convoca, y que ha contado con la más amplia cooperación del Instituto de Cultura Hispánica, es Centro de Estudios del Medio Ambiente, CEMA, bajo la dirección del propio especialista Catalán Lafuente. En su carácter de autoridad indiscutible en la materia, ha figurado en los Congresos de Medio Ambiente efectuados en Méjico, Israel, Italia y Francia. Para preparar a fondo este Congreso del día 12, ha recorrido todos los países americanos, y ha ofrecido conferencias en muchos universidades y centros de investigación.

En el curso de una entrevista que hiciera al doctor Catalán Lafuente el periodista José Manuel Soria, expuso el presidente del Congreso algunos aspectos de esta amplísima cuestión, relacionada con la específica situación de Iberoamérica en la problemática mundial del Medio Ambiente. He aquí las palabras del profesor Catalán:

«Nuestros países necesitan tener unas soluciones propias de estos problemas, y el Congreso Iberoamericano del Medio Ambiente tiene, en cierto modo, como uno de sus objetivos éste de buscar soluciones «nuestras». Lo decimos bien claro en la presentación de los objetivos del Congreso: «organizar la común participación en las investigaciones iniciadas en las nuevas líneas que en



Dr. José G. Catalán Lafuente

este campo se plantean, así como fomentar el intercambio de información científica y técnica a todos los niveles». «Iberoamérica, Portugal y España no protagonizan, ciertamente, las primeras fases de la revolución industrial, y por lo mismo son, quizá, más reparables los daños que en otras partes del mundo: pero ya lanzados a nuevos desarrollos, hemos de asimilar a la vez, quemando las etapas, la cultura tecnológica y la cultura ecológica moderna. Se trata de dos grandes procesos de asimilación que deben caminar no sólo paralelos, sino íntimamente fundidos, pues la ecología brinda a la tecnología un rostro humano, una conciencia moral que la ilustra acerca de cuáles son las metas últimas que debe proponer y acerca del escrupuloso respeto que merece, en todas sus dimensiones, la calidad de la vida.» Con esto queremos decir que hemos de reflexionar acerca de los modos de compatibilizar el respeto al Medio Ambiente con la industrialización y la progresiva elevación del nivel de vida de nuestros pueblos. Porque aceptamos una pequeña degradación del Medio Ambiente —sin llegar nunca a una ruptura total de los ecosistemas— a condición de que el desarrollo que se alcance justifique este nivel de degradación.»

Y sobre la problemática del Medio Ambiente en general dice:

«Está orientada desde dos puntos de vista: uno de ellos, analiza la degradación del Medio Ambiente, progresiva, cada vez más intensa, que abarca amplias zonas geográficas debido a una industrialización indiscriminada y mal orientada. Por otra parte, hay una contemplación diríamos «tremendista» del problema «Medio Ambiente». Aludimos al ambiente de terror que difunden ciertos centros de las naciones desarrolladas para así imponer su tecnología anticontaminante, a fin de seguir dominando amplias áreas del universo; o sea, a los países subdesarrollados. Esto, por parte de unos; otros, sin embargo, exportan la otra tecnología, la tecnología contaminante, para que sean las otras naciones las que produzcan con ella. Un caso concreto de esto que exponemos podrían ser los fabricantes de cemento, que exportan contaminación, pero que se quedan con el dominio de los medios de producción al ser ellos los dueños de esas fábricas, a través de las empresas multinacionales. Así, existe hoy la tendencia de trasladar a zonas de países subdesarrollados estas industrias polucionantes para, al mismo tiempo que no se pierde su dominio económico, mantener limpio de contaminación el Medio Ambiente de los países dominadores.»

ISABEL LA CATOLICA ANTE LA MEDICINA ACTUAL

El doctor Fernando Serpa Flórez, distinguido profesional colombiano, ingresó recientemente en la Academia Nacional Colombiana de Medicina. El tema de su discurso despertó grandísimo interés, pues se refería nada menos a un «Estudio psicopatológico de Isabel la Católica».

El señor embajador de España en Colombia, don Fernando Olivé presidió el acto y pronunció al final unas palabras de reconocimiento al brillante trabajo del doctor Serpa Flórez, de quien afirmó que es «un brillante continuador de esa corriente humanística que es patrimonio de la Medicina y de la que en España fue un digno representante el doctor Gregorio Marañón».

Hallándonos en este mes de octubre conmemorando de nuevo los fastos de la Hispanidad, que es como decir los fastos de la reina Isabel, consideramos de interés reproducir el fragmento final del trabajo del doctor Serpa Flórez:

ISABEL LA CATOLICA Y LA MEDICINA

Apartándonos de los aspectos psicológicos de la reina católica, de suyo difíciles de plantear y, por su naturaleza, rebatibles, más aún si se realizan con varios siglos de perspectiva, otros puntos de interés médico hay en la vida de doña Isabel.

El uno, atañe a su previsión de gobernante a la par que guerrera. Y fue la fundación de «los hospitales de la reina» levantados en los reales cuando el sitio de Baza, donde «condoliéndose con entrañas de madre de los que enfermaban por dolencia natural o por las armas de los enemigos, puso en el campo seis grandes tiendas de campaña, que llamaban *el hospital de la reina*, donde tenía muchos médicos y cirujanos, surtidos de cuantos medicamentos conducían para restaurar la salud de los enfermos». De donde podemos concluir que a la medicina militar también dio su aporte la soberana española.



Isabel la Católica

El otro tiene que ver con sus conocimientos anatómicos, de los que nos damos cuenta por la carta que envió a su confesor fray Hernando de Talavera, a la sazón obispo de Granada, informándole de la herida que sufrió su esposo el rey al ser agredido por un loco con un alfanje, herida que le interesó el cuero cabelludo y el cuello: «La herida no era tan grande como el doctor Guadalupe dijo —porque no tuvo valor para mirarla— de que penetraba cuatro pulgadas y tenía doce de largo. (La herida no estaba) en sitio donde fuera mortal, dejando sin tocar los nervios y la espina, quedando pronto evidente que no había peligro de muerte. Después la fiebre y el temor de una hemorragia nos alarmaron; al séptimo día estaba tan bien que os envié una carta por correo, aunque se hallaba muy cansado por falta de sueño. Y después del séptimo día tuvo un acceso de fiebre tan grande que sufrió los mayores tormentos que padeciera. Y eso duró un día y una noche, de la que no diré lo que San Gregorio dice en su oficio de Sábado Santo, sino que fue una noche de infierno.»

PATOLOGIA Y MUERTE

Por los datos que hemos podido allegar, entre los que descuellan las observaciones de ese erudito y ameno historiador-médico que fue don Gregorio Marañón, a cuya amistad generosa durante nuestra permanencia en Madrid queremos hoy rendir tributo, su última enfermedad, la que se la llevó de este mundo a los 53 años de nacida, en 1504, fue un cáncer del útero, enfermedad terrible que hubo de soportar en esa época en que casi no había calmantes ni paliativos para el dolor. Y que le impediría utilizar su medio de transporte predilecto, el caballo, a cuyo lomo recorrió en todas direcciones y tantas veces sus dominios.

Así, un año antes de morir, la reina que ya no podía montar a caballo («tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando») tuvo que verse forzada en pleno invierno a recorrer la gran distancia que hay de Segovia a Medina del Campo, para suplicar a su hija doña Juana que se recluyera en su palacio, del que había huido semidesnuda y se hallaba trepada en las rejas de una de las puertas de la ciudad. La reina, ante la absorta curiosidad de la multitud, logró convencerla, luego de utilizar, adolorida, su autoridad real y materna.

Sus biógrafos, para describir el temple espiritual de doña Isabel —lo que también confirma nuestras suposiciones sobre la afección psico-neurótica que la aquejaba— afirman que en «el sufrimiento fue tan superior a las demás mujeres, que ni en los dolores del parto se quejaba. Cubría el rostro para no desairar con algún dolor la majestad. Lance hubo de caminar acelerada de una a otra ciudad y no suspender las marchas, sin embargo de malparir en el camino...» Recordemos que doña Isabel tuvo cinco hijos. La mayor, Isabel, nacida un año después del matrimonio, quien murió siendo reina de Portugal. Ocho años después de ella, el príncipe don Juan, el que «murió de amor» a los seis meses de casado y antes de cumplir los veinte años. Doña Juana «la loca». Doña María, que fue también reina de Portugal y, la menor, doña Catalina, quien tan desgraciada fue como reina de Inglaterra, al casarse, después de enviudar de Artus, príncipe de Gales, con su cuñado Enrique VIII.

En el último verano tanto ella como don Fernando adquirieron «unas fiebres que infestaban la región». Se recogió en Medina del Campo, para concluir su vida, agobiada por la ascitis y los dolores tenebrantes del cáncer, mientras, como lo dijo Próspero Colonna, desde su lecho de enferma gobernaba al mundo.

Y cuando moría «su modestia era tanta —escribió en anónimo manuscrito un criado suyo— que, aun debilitada a la hora de la muerte de sus fuerzas corporales, no quiso descubrir el pie para la Santa Unción, haciendo que la ungiesen cubierta».

En América Española conservaremos siempre el recuerdo de la mujer prodigiosa, como en España su memoria se mantiene preclara: en Alcalá de Henares está la Universidad que por su inspiración fundó el cardenal Cisneros. En Barcelona, en cuyo barrio gótico está la pequeña plaza de los reyes, donde fue recibido Colón al regreso de su primer viaje. En Toledo, la imperial, su catedral guarda trofeos de los combates ganados por los monarcas. En Sevilla, cuyo palacio del Consejo de Indias es monumento a la legisladora sabia y su Torre del Oro, en las riberas del Guadalquivir, evoca las riquezas que se llevaron del Nuevo Mundo. En Segovia. En Salamanca. En Medina del Campo... Pero, especialmente es el paisaje de Castilla el que parece reflejar, eternamente, el carácter de la reina.

Así fue Isabel la Católica, femenina y fuerte. Carácter firme. Reina poderosa, por cuanto fue mujer excepcional. Mujer genial que logró estar a la altura de su misión histórica, sosteniendo su cuerpo por medio de una voluntad heróica. Y sublimando su alma, asediada por la angustia, en el cumplimiento de la misión alta y gloriosa que se fijó y llevó a cabo en forma valerosa, admirable y completa. Terminó la época feudal española. Realizó la unidad contra el infiel. Halló un motivo para unir los corazones: la fe católica. Y, con el descubrimiento de América, dio dimensiones ecuménicas a la hispanidad.

(viene de la pág. 30)

puramente fantástica, le sirve al Almirante para colocar en la costa de Veragua las famosas minas del rey Salomón, situadas por Josefo en la Aurea, o sea, el Oriente de la India.

Poco importa si alguna forma descomunal o contrahecha parece a veces querer perturbar el espectáculo incomparable. No serán sólo primores o deleites lo que se ha de ofrecer aquí al descubridor. De vez en cuando en ese mágico escenario comienza a entrever espantos y peligros. Lado a lado con aquella gente suave y sin malicia, lo pueblan entes misteriosos y ciertamente nocivos: cinocéfalos, «monoculi», hombres con rabo, sirenas, amazonas, que pueden embarazar su camino.

Todavía en Cuba, subyugado por una naturaleza que le ofrece todas las galas del Paraíso, recibe la primera noticia de aquellos horrores: «Hombres de un ojo y otros con hocicos de perro que comían hombres y que tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre y le cortaban su natura.»

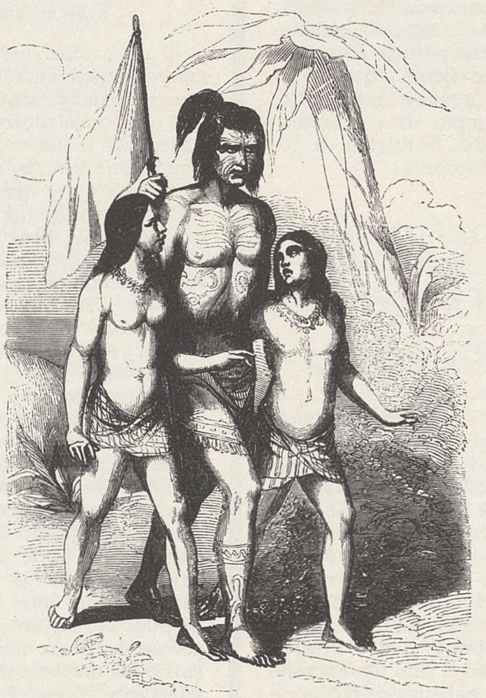
Es interesante notar cómo en estos casos, no menos de que en los motivos claramente edénicos, se muestra Colón aún tributario de viejas convicciones eruditas forjadas y desarrolladas por innumerables teólogos, historiadores, poetas, viajeros, geógrafos y hasta cartógrafos. Y convicciones, por poco que lo parezca, enlazadas al propio tema del Paraíso Terrenal. Casi se puede decir de todas las descripciones medievales del Edén que son inconcebibles sin la presencia de una extraordinaria fauna más o menos antropomórfica. Al genovés no le costaría traducir según su gusto y certeza (la certeza de que se encontraba en el Extremo Oriente) los gestos y mímicas de los indios que interpelaba. Y así como se convenciera de situar en el Oriente, donde la tradición colocara también el Paraíso, un terreno de elección para esa fauna fantástica, se hacía necesario encontrarlo en las tierras descubiertas. De suerte que los cinocéfalos, por ejemplo, a que parecieron aludir los indios de Cuba, no deberían ser distintos de aquellos habitantes de la Isla Agama, tal vez los andamaneses de hoy, a que se refiriera Marco Polo, hombres que tenían todos «cabeza de perro y hocico semejante al de los grandes mastines». De hombres caudados también tratara el veneciano, localizándolos en el reino de Lambi, rico en árboles de palo-brasil.

El Paraíso Terrenal no se incluye en el itinerario de Marco Polo; otros, sin embargo, que presumen haberlo visto o conocido por noticias fidedignas, no dejaron de decir que era un jardín rodeado de figuras monstruosas que nada tenían que envidiar a cinocéfalos y caudados. En 1436, el mapa de Andrea Bianco, probablemente conocido por Colón, muestra al lado del Paraíso, en una península proyectada del Oriente de Asia, hombres sin cabeza y con los ojos y la boca en el pecho.

La India, la verdadera India Mayor como le llamaban antiguos geógrafos y que el Almirante suponía haber alcanzado, tanto que todavía le escribirá en 1503 a los Reyes Católicos que cierta región por él descubierta quedaba a diez jornadas del Ganges, era, dada la notoriedad de sus tesoros y misterios, uno de los lugares favoritos para la colocación del Edén. Pero no era éste el único lugar de la tierra donde el Paraíso era situado, aunque común a todos ellos fuera la idea de que para alcanzarlos había que vencer mil peligros y dificultades. En la historia de San Brandán, originada en antiguas leyendas célticas, la Isla de los Santos, meta de los navegantes irlandeses, sólo es alcanzada después de dilatado viaje sobre un mar infestado de dragones y gigantes, poblado de islas sagradas o malditas. Ni siquiera falta en la Isla de Pablo, el eremita visitado por Brandán y sus compañeros, una réplica de la fuente Juventa que aparece casi obligatoriamente en las descripciones medievales del Paraíso Terrenal. En el texto de la célebre carta del Preste Juan, se precisa que la misma fuente quedaba situada a la distancia de tres días del jardín de donde Adán fuera expulsado.

Era de esperar que después de las desvariadas especulaciones de Colón y otros navegantes, que también la fuente Juventa, constante apéndice del Paraíso, tuviese algún medio de introducirse en la geografía visionaria del Nuevo Mundo. A uno de los compañeros del Almirante en su segundo viaje, hombre aparentemente práctico, circunspecto y experimentado, tocó la aventura extraordinaria de salir en busca de aquellas aguas. Juan Ponce de León, algunos años después, sería el encargado de fijar en Florida la situación geográfica de las aguas de la eterna juventud.

Junto al mito de la fuente Juventa, ligado indisolublemente a la existencia del Edén, aparece otra larga serie de mitos que derivan de la tradición grecolatina más que de la estrictamente bíblica. Uno de los de mayor fortuna literaria fue el de las Amazonas con el que Colón tropezó cuando en Cuba oye hablar de la isla Matininó, hoy Martinica, donde vivían únicamente mujeres. Que Colón interpreta aquí a su modo un mito erudito que muy bien podría venir de su lectura de Marco Polo, está fuera de dudas. Pero entre la versión del



genovés y la del veneciano, hay sustanciales diferencias. Las mujeres de Marco Polo son cristianas nestorianas dependientes del Arzobispo de Socotora y viven separadas de sus maridos por la escasez de víveres que sufrían sus áreas de residencia. Por su parte Colón que tratara de interpretar lo que oía de los indios según ideas legadas por la *Ilíada*, llegó a subrayar en su ejemplar de la *Historia Rerum Ubique Gestarum* de Pío II, el pasaje donde se dice que la tierra de las amazonas no es continente sino isla. Cuando se desencanta por fin la misteriosa Matininó, el mito no desaparece, se limita a cambiar de escenario hacia tierras continentales. En el segundo decenio del siglo XVI cuando Juan de Grijalva prepara su expedición al Yucatán, se dice de esa región que está habitada por un pueblo de amazonas. Pero donde tendrá más éxito el mito será durante la aventura de Orellana que se valdrá de él para bautizar al río-mar de América del Sur. Tan grande será la longevidad de ese viejo mito en el nuevo cuadro geográfico donde por fin se instaló, que sabios ilustres no se cansarán todavía a fines del siglo XVIII de indagar en sus andanzas entre las tribus comarcales del paradero de las animosas guerreras.

En la historia de la conquista de América el tema de las Amazonas es generalmente inseparable de otro no menos popular y que, a su modo ya vislumbrara Colón en sus viajes de descubrimiento, el mito de El Dorado. Su origen remoto parece estar en el caso referido a los hombres de Sebastián de Benalcázar, cuando éste emprendió en 1533 la conquista de Quito, de un jefe indígena de cierto lugar más al Norte el cual se bañaba todas las mañanas en una laguna después de cubierto el cuerpo desnudo de polvo de oro. La base real de la fábula, que no le faltaba ciertamente, estaba en los inmensos tesoros que, según voz corriente, se acumularían en las tierras de los Chibchas. Como frecuentemente sucede con los llamados «secretos de Indias», el lado fabuloso vino sin embargo a destacarse y a absorber rápidamente al verídico. El propio sitio donde inicialmente se supusiera existir el «Príncipe Dorado» y el mito paralelo de la Montaña de Oro que a tantas expediciones movió entre los bandeirantes paulistas, pasa a dislocarse sucesivamente a cada nuevo desengaño. Se busca El Dorado en Santa Marta de Nueva Granada, en el Valle del Cauca, en la Guayana, y finalmente en el país de los Omagua donde más largamente perduró. Tan obstinada fue la creencia en el mito que se llegó al nombramiento en documento con sello oficial de Pedro de Orsúa para Gobernador y Capitán General de El Dorado y al envío en diversas ocasiones de poderosos contingentes militares para descubrir aquel país encantado.

La presencia de todos estos mitos en lo que podríamos denominar superestructura ideológica de la Conquista nos lleva a pensar que la creencia en la realidad física y actual del Edén parecía por entonces inamovible. Por otra parte nada militaba fuertemente contra la entidad material y presente de aquel jardín que Dios plantó para el primer hombre. Humanistas como Brunetto Latini, Pico della Mirandola o Eneas Silvio Piccolomini, defendían su existencia tangible en algún lugar de la tierra y la existencia de creencias semejantes entre los antiguos paganos sería una invitación para amalgamar las diferentes tradiciones con un fortalecimiento mutuo. La versión poética de la leyenda del huerto de las Hespérides tiende a situarlo como se sabe en una o más islas perdidas en el medio del océano. Surgida primeramente a lo que parece entre pueblos navegantes de la Antigüedad, sería la forma inicial y tal vez el lejano modelo de aquel romanticismo insular que invadirá toda Europa a partir de la era de los grandes descubrimientos marítimos. Durante la Edad Media ambos mitos entrecruzados cobran vida en la leyenda del Preste Juan para trasladarse a escenarios atlánticos en el siglo XV cuando se descubren las Canarias, Islas Afortunadas, tenidas por el propio Jardín de las Hespérides en un primer momento.

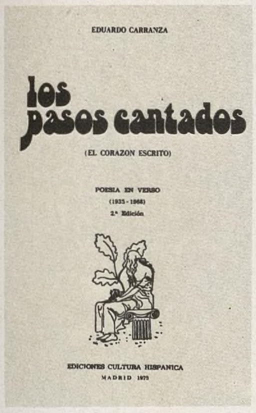
A lo largo de toda la Edad Moderna las «visiones del Paraíso» como acertadamente las denomina el profesor Buarque de Holanda no cesarán por mucho tiempo de enriquecerse con atributos nuevos a través de una inagotable corriente de aportaciones literarias de toda clase: el libro de Alexandre, las novelas de caballería, el Guzmán de Alfarache o la Conversión de la Magdalena de Malón de Chaide y siempre con los mismos elementos que durante toda la Edad Media se habían presentado como distintivos del paisaje del Edén o que parecían denunciar su proximidad inmediata.

Tal vez a la luz de todos estos hechos perennemente presentes en la mente de conquistadores y descubridores entendamos la real significación de aquella famosa dedicatoria a Carlos V que Gómara escribe en 1552 en el pórtico de su Historia General de las Indias en que se define la significación de la aventura colombina: «La mayor cosa después de la Creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias.»

También para Gómara Colón había llegado al perdido Edén.

CARLOS GIGIREY PAREDES

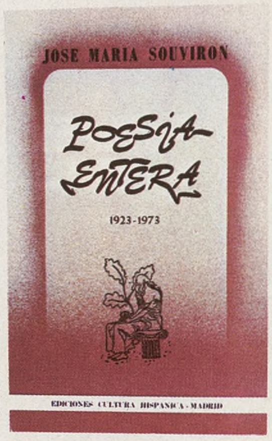
EDICIONES CULTURA HISPANICA



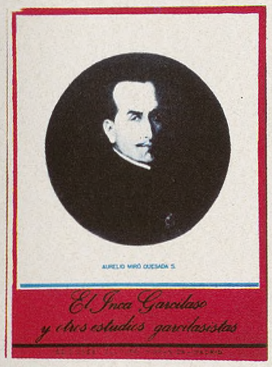
LOS PASOS CANTADOS
Eduardo Carranza
Precio: **270 ptas.**



PRESENCIA ESPAÑOLA EN LOS ESTADOS UNIDOS
Carlos Fernández-Shaw
Precio: **700 ptas.**



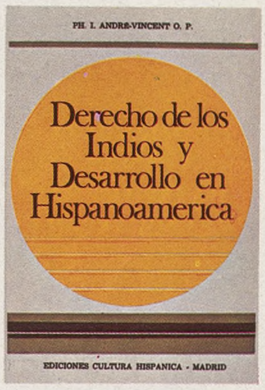
POESIA ENTERA
José María Souvirón
Precio: **350 ptas.**



EL INCA GARCILASO
Y OTROS ESTUDIOS GARCILASISTAS
Aurelio Miró Quesada
Precio: **325 ptas.**



LAS CARTAS DESCONOCIDAS DE GALDOS
EN LA PRENSA DE BUENOS AIRES
William H. Shoemaker
Precio: **500 ptas.**



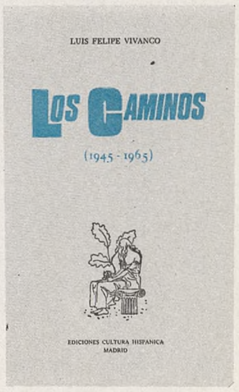
DERECHO DE LOS INDIOS
Y DESARROLLO EN HISPANOAMERICA
P. André Vincent
Precio: **185 ptas.**



UN ESCRITO DESCONOCIDO DE CRISTOBAL
COLON: EL MEMORIAL DE LA MEJORADA
Antonio Rumeu de Armas
Precio: **375 ptas.**



LAS EXPEDICIONES CIENTIFICAS ESPAÑOLAS
DURANTE EL SIGLO XVIII
Juan Carlos Arias Divito
Precio: **375 ptas.**



LOS CAMINOS
Luis Felipe Vivanco
Precio: **300 ptas.**

PEDIDOS
INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
Distribución de Publicaciones.
Av. de los Reyes Católicos, s/n. - Madrid - 3.



SALAMANCA

Esta ciudad es una fiesta inagotable de belleza arquitectónica y de evocaciones históricas. «Nunca se acaba de conocer el catálogo de maravillas de Salamanca», dicen los admiradores de esta ciudad tan vinculada por la cultura y por la historia al desarrollo del Nuevo Mundo.